



EL BARCO DE VAPOR

Carol Drinkwater  
La escuela  
encantada.



se

La vida no es fácil para Fanny, una maestra inglesa de treinta años, por lo que decide emigrar a Australia. Allí, en un pequeño pueblo sin escuela, luchará para conseguir un local donde dar clases. Pero todo se complica cuando entre los vecinos empieza a correr la voz de que Fanny es una bruja y que la escuela está encantada.

**A partir de 12 años**



Carol Drinkwater

# **La escuela encantada**

**Serie Roja - 50 (El Barco de Vapor)**

ePub r1.0

nalass 13.10.13

Título original: *The haunted School*

Carol Drinkwater, 1986

Traducción: Pedro Barbadillo

Ilustraciones: Fuencisla del Amo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



A

PHYLLIS McCORMACK, MICHEL NOLL

Y, POR SUPUESTO, A AUSTRALIA

*Mi agradecimiento más sincero  
a Jean Diamond y Julie Watts  
por su constante apoyo*

La acción de *La escuela encantada* se desarrolla en Nueva Gales del Sur, Australia, en 1863, tres años antes de promulgarse la Ley sobre Escuelas Públicas de Nueva Gales del Sur.

FANNY Crowe abrió lentamente los ojos. Permaneció quieta, escuchando los ruidos matutinos de las jóvenes que bajaban a desayunar. Incorporó un poco la cabeza y paseó la vista por el austero dormitorio. Era la única que dormía allí. Las otras cinco camas estaban vacías, cuidadosamente hechas. Era la habitación más pequeña y estrecha y la última en ocuparse. Aún seguía silenciosa y desierta.

En el pasillo, por el contrario, se abrían y cerraban puertas y resonaban pisadas, mientras se escuchaban las voces de las jóvenes que, en perfecto inglés, decían: «¡Espérame, Cissie, aún no he terminado de hacer la cama! ¡Debías levantarte antes, perezosa! ¡Te guardaré un sitio!».

Fanny dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y siguió con el oído atento a las pisadas que bajaban por las escaleras. Por la luz que entraba por la ventana, calculó que debían de ser alrededor de las siete. Normalmente se levantaba antes de las seis y era la primera en bajar, cuando aún estaban preparando afanosamente las mesas en el comedor. Sin embargo, su entusiasmo por vivir en aquel nuevo país se había esfumado durante los dos o tres últimos días. Como cualquier otra cosa, levantarse requería demasiado esfuerzo.

«Catorce de septiembre», pensó Fanny tristemente. «Principios de primavera. Llevo aquí tres meses». Sus pensamientos retrocedieron a su país, un atrevimiento que raramente se permitía. «Allí, ahora, estarán a finales de verano. Bastante caluroso aún para pasear por el parque. Probablemente, las hojas se estarán volviendo rojas y doradas».

—¡Oh, Inglaterra! —suspiró.

No era que no le gustara Sidney. Claro que no. Durante aquellos meses solitarios había paseado muchas tardes de cálido invierno por playas recién descubiertas en los alrededores del magnífico puerto y contemplado las enormes olas blancas que rompían contra las relucientes rocas pardas. Ése era un placer que no había conocido jamás en Inglaterra. Fanny era una muchacha nacida en Londres, que raramente había tenido la oportunidad de pasear por la orilla del mar. Nunca había visto un mar tan encrespado ni una arena tan blanca y suave como aquélla, excepto durante el viaje.

Cuando era niña y aún vivían sus padres, la llevaron una vez a Brighton. Por lo que recordaba, aquello era muy distinto, con pacíficas olas grises que rompían mansamente en una playa de guijarros. «Aquí pasamos tu madre y yo nuestra luna de miel», le contó su padre una tarde mientras caminaban por el paseo marítimo. Cómo había disfrutado contemplando a las elegantes señoras que paseaban por la avenida de Brighton... Llevaban miriñaques y sombreros de variados



colores y sombrillas de encajes y volantes.

—¡Verano en Inglaterra! —suspiró anhelantemente. No quedaba nada de aquel último verano. Sus lazos con aquella isla distante estaban ahora rotos. Las únicas noticias que recibía eran los frívolos chismorreos de las recién llegadas.

Estaba la tía Alice, claro está, pero por alguna razón Fanny no se atrevía a escribirle otra carta, especialmente por la incertidumbre de sus actuales circunstancias. Le había escrito, contándole que había realizado la interminable travesía de noventa días sin novedad, aunque de forma no totalmente confortable. Había evitado describirle en su carta las auténticas incomodidades de viajar en segunda clase. Tía Alice se habría horrorizado al enterarse del estado del estrecho camarote de Fanny, su falta de comida nutritiva y el número de pasajeros que su sobrina había visto enfermar durante el largo viaje. Recordó que incluso uno de ellos había muerto de disentería.

Su tía le había contestado una carta de unas pocas líneas, en la que manifestaba su desaprobación a que jóvenes decentes, de buenas familias, se fueran de su casa y empezaran una nueva vida. ¡Cuántas veces había estado Fanny en el soberbio piso de su tía en Londres y había escuchado el mismo sermón! Esta vez, afortunadamente, se había evitado la humillación. Apartó con los pies la colcha raída y remendada.

¿Qué diría la querida tía Alice si pudiera verla ahora? Sintió un escalofrío al pensarlo y saltó resueltamente del lecho.

—¡Fanny, tienes que olvidarte de esas tontas ilusiones al instante! No sirven para nada. Vístete y prepárate para tu cita de esta mañana —se reprendió a sí misma, mientras vertía un poco de agua para lavarse, de una jarra de porcelana rosa y blanca que había en un viejo aparador cercano a la cama—. ¡Hay que afrontar la realidad! ¡Hay que hacer algo! ¡Incluso, si tuviera suerte, habría que hacerlo hoy mismo! —se echó el agua fría por la cara.

El día antes había contado sus últimas veinte libras. ¿Cuánto tiempo le durarían?

«Esta residencia», pensó enfurruñada mientras se secaba la cara, «no es lo que se dice barata. Quizá mi primer acto de economía podría ser encontrar un sitio donde vivir». Pero la cuestión era, como siempre que pensaba en ello, dónde podría vivir sola una joven de buena familia, en una ciudad como Sidney, sin comprometerse.

La respuesta era siempre la misma: en ningún sitio. No podía ni pensar en mudarse a una pensión barata, donde estaría rodeada de empleadas domésticas o, peor aún, de mujeres de mala reputación. Puesto que no había encontrado un puesto de trabajo con alojamiento, se veía obligada a vivir en aquella residencia anglicana para mujeres inglesas de buena familia. ¡Eso, o perder la reputación!

—¡Es inevitable! —suspiró, se sentó en el borde de la cama y desanudó descuidadamente el lazo blanco del cuello de su rizado camisón de algodón.

Fanny calculó que, incluyendo el viaje, hacía casi ocho meses que había salido de Inglaterra bajo los auspicios de la FMCES<sup>[1]</sup>.

—¡Oh, sí, la FMCES! —murmuró enfadada—. ¡La respuesta a mis sueños! —dobló el camisón y se rió desdeñosamente de las promesas de la FMCES. Como a tantas institutrices antes que a ella, le habían hecho creer que para jóvenes de buenas familias había muchas más



perspectivas de trabajo y matrimonio en las antípodas.

Nunca se había considerado falta de atractivos, aun cuando había cumplido los treinta sin una sola propuesta de matrimonio. Cuando murió su padre, hacía casi un año, se encontró con una pequeña suma de dinero y muy negras perspectivas de futuro. Había leído, por casualidad, un artículo en el periódico *The Times*, en el que se exponían los resultados del primer año de trabajo de un grupo denominado Sociedad para la Emigración de Mujeres inglesas de Clase Media: *En Australia son muy solicitadas las profesoras e institutrices cualificadas, y los salarios superan con mucho los de Inglaterra.*

—Esto es exactamente lo que necesito —había exclamado Fanny—. ¡Una nueva oportunidad de vivir!

«Una nueva oportunidad de vivir, ¿eh?», pensó ahora, mientras se aseaba, haciendo inventario de sí misma y reflexionando en aquel aciago día.

En aquella radiante mañana de primavera en Sidney, tenía que admitir que su aspecto era más que aceptable. ¡Aunque acabara de cumplir los treinta!

Fanny extendió la mano hacia el cajón donde guardaba las medias. Desgraciadamente, no había mucho donde elegir. Ahora no tenía dinero para tales lujos. Sin embargo, se tomó su tiempo para pensar qué par sería más apropiado para la importante cita que tenía aquella mañana; la cita que tanto le había costado concertar.

—Nada que pueda ofender el decoro, Fanny —se aconsejó a sí misma—. Al fin y al cabo, es la mujer del obispo.

Sólo había visto a aquella mujer una vez, durante un té anglicano a beneficio de los pobres y necesitados. A ella y a otras jóvenes institutrices les habían solicitado su colaboración para servir el té. El acto lo había organizado la señora Trippery, la mujer del obispo.



Tras otro momento de duda, eligió un sencillo par negro. El calor de principios de primavera aconsejaba un color más claro, pero era importante que aquella mañana diera la impresión adecuada. Mientras enfundaba sus bonitas piernas en las medias, se rió nerviosamente. Su estado de nerviosismo le recordó aquella otra entrevista con su ilustre tía, meses atrás, en Inglaterra.

Una vez que hubo recibido la pequeña herencia que le había dejado su padre, Fanny calculó que, con un préstamo de la FMCES para el pasaje a Australia, podría establecerse en Sidney y conseguir un trabajo conveniente como institutriz en una familia adinerada. Sólo había, como descubrió, un impedimento: la Sociedad para la Emigración de Mujeres de Clase Media no estaba dispuesta a dejar dinero ni ofrecer ayuda para el pasaje a alguna de las colonias sin una garantía por escrito de un miembro solvente de la sociedad británica. Fanny sólo tenía un pariente vivo: la rica tía solterona de su difunta madre. Alice, una refinada y obstinada dama, cuya familia le había legado una decorosa fortuna, era considerada por todos los que la conocían como «muy apegada a su dinero». Sin embargo, Fanny no tenía otra elección. Tenía que abordar a su acaudalada tía Alice.

Ese encuentro la inquietó. El día que llegó, hacía ya casi un año, a la puerta elegantemente barnizada de la casa de tía Alice, sabía que iba a librar una batalla, una batalla que estaba firmemente decidida a ganar.

—¿Qué clase de documento es éste? —pregunto su tía, ojeando por encima de sus lentes el papel blanco que le tendía Fanny.

La doncella acababa de salir de la habitación. Tía Alice le había encargado que sirviera el té.

—Es un contrato, tía Alice. Un contrato que garantiza el préstamo de mi pasaje a Australia, por si no lo pago dentro de los treinta meses estipulados.

—¡Australia! —Alice dejó caer sus lentes horrorizada—. Mi querida sobrina, ¿has perdido el juicio? —chilló, bastante ramplonamente, mientras sus lentes golpeaban el precioso broche de oro que llevaba—. Lo único que puedo decir —prosiguió— es que me consuela que tu pobre madre descansa en su tumba y no esté aquí para presenciar a su única hija en los horrores de una locura precoz.

Fanny no se acobardó por aquel desagradable estallido. Conocía demasiado bien a su tía. Era lo que esperaba. Así pues, se mantuvo en sus trece y la llevó diestramente al convencimiento de que, en cualquier caso, ella tendría que ser financieramente responsable de su sobrina, incluso si se quedaba en Londres.

—¿Te das cuenta, tía Alice, de lo que pasaría si yo no lograra salir adelante aquí? En Inglaterra hay pocas oportunidades buenas para institutrices jóvenes, incluso para las que pueden enseñar francés y música, como yo. ¿Y qué pasaría si no encontrara un empleo? Yo no podría seguir haciendo frente a los gastos de la casa. Como tú sabes, el testamento de mi padre no me permite venderla. Estos últimos quince años me he dedicado a mi padre y a sus necesidades. No he tenido vida social ni he conocido ningún buen partido. No he encontrado marido y me figuro que ahora tengo muy pocas posibilidades de encontrarlo, en el supuesto de que lo quisiera, lo que no es cierto. Así que ya ves que dependo de ti, tía. Si las cosas van mal, ¿quién me ayudará?

A Alice, una solterona de edad bastante avanzada, le gustó oír que su sobrina admitía que la

vida no dependía necesariamente de tener marido. Aquel comentario dijo mucho en su favor. Era lo que Fanny había pretendido. Alice comprendió lo limitadas que eran en realidad las posibilidades de Fanny. Además, podría acabar siendo la responsable de su sobrina; así que cogió a regañadientes su elegante pluma de ave y firmó los papeles.

—¡Fue toda una victoria!, recordó Fanny mientras se vestía. Se puso con esmero el elegante vestido de tafetán, lo abrochó, se lo ajustó al cuerpo e hizo una pausa para mirarse al espejo. «¡Si al menos la cita de esta mañana terminara bien!», pensó.

Su estómago empezaba a alborotarse. ¿Tendría hambre porque era más tarde de lo normal para desayunar, o sería a causa de los nervios? Le horrorizaba la perspectiva de tener que solicitar la ayuda de la mujer del obispo. No recordaba claramente a aquella mujer. Sin embargo, el pensamiento vago de la mujer del obispo, presidiendo el té con un sombrero grande y ostentoso, la puso aún más nerviosa. ¡Tenía que controlarse! No quedaba otra opción. Debía encontrar ayuda en alguna parte. Evidentemente, no podía regresar a Londres, aun en el supuesto de que pudiera pagar el pasaje, tras las últimas palabras que le dirigió tía Alice mientras se encaminaba a la puerta del cuarto de estar.

—Toma tu contrato, Fanny, pero procura no volver por aquí si eso va a traer más disgustos para tu familia, lo que indudablemente harás. ¡Australia!

Fanny sintió un escalofrío y comenzó a sujetarse con unas horquillas sus desgredados rizos castaños. Forzada como se veía ahora a pedir ayuda a una mujer a la que apenas conocía, con la que el único lazo que tenía consistía en que era la patrocinadora de la FMCES, tuvo que admitir que las cosas no le habían ido como había previsto. Igual hasta tenía que pedir dinero a la mujer del obispo, aunque no quería pensar en ello. Era su último recurso. No podía soportar pensar en la desgracia que arrojaría sobre su familia. ¿Qué habría dicho su tía si hubiera sabido que estaba sólo a veinte libras de aceptar un trabajo doméstico?

Cogió el bolso de terciopelo burdeos que hacía juego con el vestido y respiró profundamente. Estaba lista para afrontar su destino. Tras un vistazo final en el espejo, se dirigió a la puerta, salió al oscuro pasillo y descendió por las desnudas escaleras de madera hasta el vestíbulo. Como de costumbre, se acercó primero al tablón de anuncios. Aunque aún era demasiado temprano, cruzó los dedos y musitó para sus adentros una plegaria: «¡Ojalá haya puesto alguien una nota solicitando una institutriz!». Habría aceptado cualquier puesto aunque no tuviera que enseñar música. Se dio la vuelta desilusionada. El tablón estaba casi vacío, como lo había estado durante las últimas semanas. Sólo había una nota escrita a mano que indicaba las horas de las misas y una solicitud pidiendo ayudantes para las próximas vacaciones veraniegas.

No se percató de que la encargada la miraba desde el mostrador situado junto a la puerta principal. La buena mujer, con el pelo castaño mate, recogido austeramente, tenía siempre una frase de aliento para Fanny.

—Algo se presentará pronto, señorita Crowe. Ya verá cómo tengo razón.

Fanny se volvió rápidamente, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, eso espero —respondió cortésmente, y se dirigió con desánimo al comedor.

La gran habitación retumbaba con el estrépito de tazas y platos. Fanny se sentó en una mesa

junto a la ventana. Decidió no unirse a ninguno de los pequeños grupos que formaban las jóvenes, y comenzó a desayunar malhumoradamente. Desde hacía poco se había impuesto tomar huevos y un bollo, tuviera hambre o no, ya que eso le ahorraría tener que pagar luego un almuerzo. Mientras se servía el té de una gran jarra esmaltada que había en el centro de la habitación, le llamó la atención un estallido de risas.

Levantó la vista y divisó un nuevo grupo de jóvenes que hablaban inclinadas sobre la mesa. Reconoció al grupo que acababa de llegar unos días antes de Inglaterra. Al regresar a su sitio con la taza de té caliente, las observó mientras comentaban sucesos del viaje. No pudo escuchar exactamente lo que decían, pero una chica muy bonita, regordeta y rubia, de unos dieciocho años, contaba a sus atentas compañeras los detalles de algún enredo amoroso que le había sucedido en el barco. La cautivada audiencia, con los ojos abiertos de par en par, respondía con suspiros y risitas traviesas. La alegría y vivacidad de las chicas contrarió a Fanny. Percibió también lo jóvenes que parecían. A sus treinta años, debía de ser la mayor de la residencia. Ese funesto detalle no aumentaría sus posibilidades de encontrar empleo. Comió de buena gana, diciéndose a sí misma que su visita a la mujer del obispo era una decisión muy sensata. No había motivos para sentirse nerviosa.

RICHARD BLACKBURN se despertó sobresaltado. Creyó haber escuchado un grito. Estaba empapado en sudor, casi febril.

—Debe de haber sido una pesadilla —murmuró, frotándose el humedecido torso con la mano. Se sentía molesto y notaba una sensación nerviosa y dolorosa en la boca del estómago. Giró el cuerpo y miró más allá de la ventana—. Ni siquiera ha amanecido —volvió a darse la vuelta para intentar dormir de nuevo.

Algo le inquietó. El ruido del golpe producido al cerrar la puerta de un armario atrajo su atención. Incorporó la cabeza de la almohada de lino. Alguien andaba en la cocina. Por la luz que entraba por la ventana dedujo que era temprano, incluso para su padre. Permaneció echado un rato, intentando en su estado de somnolencia dar forma a los ruidos que escuchaba. Oyó verter agua, una silla que resbalaba sobre el suelo de piedra, unas pisadas y, luego, nada. El silencio reinó de nuevo en la gran cocina de *Rosewood*.

—Tiene que ser padre —se dijo Richard—. ¿Quién iba a ser si no?

El delgado chico de pelo oscuro se deslizó silenciosamente fuera de la cama. Quería estar seguro. Cruzó de puntillas la habitación, traspuso la puerta abierta y luego el rellano, procurando evitar las zonas más crujientes del suelo de madera para no despertar a sus hermanas. Al llegar al pie de la escalera, se asomó por la barandilla y miró más allá del vestíbulo. Vio la figura alta y corpulenta de su padre, de espaldas a la puerta, con una taza de té en la mano. Contemplaba frente a la ventana la pálida luz del amanecer que se extendía por el valle. Richard se acercó silenciosamente a él.

—Padre —dijo en voz baja—, ¿estás bien?

Henry Blackburn no se volvió ni respondió a su hijo. Siguió mirando a través de la ventana,

con la mano que sostenía la taza de té apoyada en la robusta mesa de madera de cedro y la otra sujeta a la solapa. Richard permaneció detrás de él, sintiendo bajo sus pies desnudos el frío suelo de piedra. Vio que su padre estaba ya vestido, pero no llevaba sus habituales ropas de granjero. Vestía su traje negro. Uno que Richard le había visto los escasos domingos que Henry acompañaba a su familia a la iglesia. El desgastado sombrero negro descansaba sobre la mesa.

—Padre —repitió Richard, un poco más fuerte—, aún es muy temprano. ¿Quieres que haga algo?

Henry continuó mirando por la ventana. Richard deseó poder decir en aquel momento algo sobre el accidente. Quería que su padre supiera que comprendía lo que sentía y que él también echaba de menos a su madre, pero no pudo articular palabra alguna. Tenía la boca seca.

—Vuelve a la cama —dijo el padre finalmente con su marcado acento escocés—. Más tarde necesitaré que te ocupes de tus hermanas. Ve ahora a dormir un poco. Yo estoy bien aquí.

Sin decir nada más, Richard volvió a subir las escaleras y se metió en la cama, aunque, al igual que su padre, no pudo dormir. Permaneció acostado, escuchando el silencio de la cocina. De pronto se echó a llorar. ¿Por qué le pasaban esas cosas a él? ¿Por qué había perdido a su madre, a quien tanto quería? Se odió por llorar. Su padre le había enseñado que era un signo de debilidad. Se sintió avergonzado. Se mordió el labio para contener los sollozos y, finalmente, se quedó dormido.

Una hora más o menos después le despertó su padre.

—Levántate, chico, y ayuda a tus hermanas a vestirse.

Abrió los ojos legañosos y saltó de la cama mientras su padre salía de la habitación.

Richard se vistió en un santiamén, sin lavarse ni peinarse, y se dirigió apresuradamente por el descansillo al cuarto de sus hermanas. La puerta estaba abierta. Dio uno o dos pasos vacilantes y entró a disgusto en el desordenado dormitorio de las niñas. Miró con gesto impaciente a Vanessa y Clarissa.

—¡Vamos! ¿Aún no estáis listas? —estaba harto. Le molestaba tener que ocuparse de ellas, porque eran muy lentas—. ¡Date prisa, Clarissa, y ponte las botas! —se apoyó en la pared y en ese momento oyó que llamaban a la puerta principal. Salió al crujiente descansillo alfombrado, dejando que sus hermanas terminaran de vestirse.

Era el reverendo Dalton. El muchacho sacó medio cuerpo fuera de la barandilla para escuchar la conversación. Su padre y el reverendo Dalton hablaban en voz baja en el vestíbulo, camino de la sala. Era casi imposible oír lo que decían. La culpa era de Vanessa, la mayor de sus hermanas, que se había puesto a llorar.

—¡Chiss! —siseó Richard. Regresó enfadado y la vio sentada en el bonito cofre de madera que había junto a la cama, herencia de la familia de su madre. Tenía a medio poner su vestido nuevo gris oscuro, sin abrochar aún los corchetes. Se estaba sonando la nariz con el dobladillo y se secaba los ojos con una manga. Clarissa, con su bonita cabellera rubia despeinada, estaba a su lado, haciendo equilibrios sobre los bordes de sus botas ya acordonadas. Miraba en silencio y con gesto preocupado a su hermana. Volvió los preciosos ojos grises hacia Richard y le indicó por señas que hiciera algo.



Tras dudarle un poco, Richard aceptó su ruego silencioso y se dirigió a las dos chicas. Colocó torpemente la mano en el pelo claro y ensortijado de Vanessa.

—¿Por qué no dejas de llorar? —dijo con más brusquedad que compasión—. Ya sabes que padre y yo cuidaremos de vosotras.

—¡Eso está bien para ti! ¡Tú eres un chico! —dijo enfadada—. Oí que padre decía que te va a llevar con él. Pero ¿qué va a pasar con nosotras? Ya nunca será lo mismo para Clarissa y para mí. No tenemos a nadie con quien jugar o que cuide de nosotras. ¿Por qué tuvo que morirse madre? ¡La odio por habernos dejado solas! —su enfado creció y el rostro se le enrojeció mientras sollozaba desconsoladamente.

Richard pensó lo fea que se ponía cuando lloraba, con el pelo desgreñado torpemente anudado en trenzas. Le molestó su genio.

—¡Cállate, Vanessa! —dijo impacientemente—. Además, es pecado odiar a los padres. Voy abajo. El reverendo Dalton ya está aquí; así que será mejor que te quedes aquí arriba hasta que dejes de llorar, y ¡ya puedes darte prisa!

—¡Yo no estoy llorando! —dijo Clarissa, a la defensiva y un poco altaneramente.

No le hizo caso y salió de la habitación, contento de poder irse. Le molestaba ver a alguien llorando. Bajó silenciosamente las escaleras por segunda vez esa mañana, deseoso de escuchar lo que decían pero preocupado por interferir en la conversación. Se detuvo junto al aparador francés de roble del vestíbulo, cerca de la puerta entreabierta de la sala. Desde allí podía escuchar sin que notaran su presencia. Acercó el rostro al marco de madera de la puerta, lo que le permitía mirar dentro de la habitación.

El reverendo Dalton, vestido ya para el servicio, estaba sentado en el taburete del piano. Hablaba con voz suave y conspiratoria.

—Créame, Blackburn, es lo mejor para todos. Envíelos a la ciudad. Al menos durante unos meses, hasta que arregle usted las cosas. A un internado o algo así. En situaciones como ésta es mejor mandar a los niños fuera. Hasta que encuentre ayuda.

Richard hizo un esfuerzo para permanecer callado. ¡Mandarlos fuera! ¿Qué era lo que estaba escuchando? Él no quería que lo mandaran fuera. ¿Por qué se entrometía el reverendo Dalton? Asomó un poco más la cabeza para ver la reacción de su padre.

Henry Blackburn no dijo nada. Richard supuso que estaría meditando la sugerencia. Lentamente, el hombre levantó la cabeza y miró a Dalton. Habló con rabia, fría y tajantemente.

—Vivirán aquí conmigo. No hay más que hablar. Una de las mujeres del pueblo puede venir a cocinar y limpiar. Aparte de eso —prosiguió Henry—, las cosas seguirán como siempre.

—Pero, Blackburn, seguramente mi otra sugerencia, una institutriz o... —comenzó a decir Dalton.

—No quiero oír una palabra más sobre ello, reverendo. Además, fue su condenado estímulo el que condujo a mi mujer a ese maldito hotel. Así que hágame el favor de cerrar la boca ahora.

Sin darse cuenta, Richard se había metido poco a poco en la habitación. Estaba junto a la puerta abierta, detrás del respaldo del sofá, escuchando aliviado que su padre no iba a mandarlos fuera. De todas formas, ¿adónde habrían ido? No tenían ningún pariente en la ciudad.

Dalton repiqueteó nerviosamente con los dedos sobre la tapa cerrada del piano. Se sentía contrariado y vencido ante la fría tranquilidad de Blackburn. En ese momento se dio cuenta de la presencia de Richard y dijo, en tono ocurrente y algo irritado:

—¡Bien, Richard! ¿Dónde están tus preciosas hermanas? Creo que debemos pensar en irnos.

—Arriba, señor. Aún no están listas.

—Entonces, ¿por qué no te vienes a la iglesia conmigo? Las chicas pueden ir luego con tu padre en el carro.

Richard corrió escaleras arriba. Había olvidado la gorra. Al pasar por delante de la habitación de sus hermanas las vio sentadas en la cama de Clarissa, cuchicheando. Levantaron la vista expectantes. Vanessa tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Yo voy delante con el reverendo Dalton —dijo—. Vosotras iréis con padre. Os está esperando, así que será mejor que dejéis de llorar —no esperó su respuesta y se dirigió apresuradamente a su habitación, contento de salir de casa. Bajó corriendo, salió al aire fresco de la mañana y se reunió con el reverendo Dalton, que le esperaba pacientemente en su carro.

Los dos, ambos vestidos de negro, se sentaron uno al lado del otro. Sus cuerpos se rozaban al desequilibrarse por el traqueteo del carro. Sólo el restallar del látigo y el clip-clop de los cascos de los caballos resonaba en el escasamente arbolado valle. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Richard contempló ante él los dos animales castaños que subían trabajosamente la colina. Miró de reojo al pastor, que iba sumido en profundas meditaciones. Normalmente, no le desagradaba el alegre y afable pastor. María, la madre de Richard, había pasado mucho tiempo en su compañía. ¿Por qué trataba de convencer a Henry de que mandara a sus hijos fuera? Ella no hubiera hecho nunca una cosa así.

Incapaz de encontrar una respuesta, el chico dirigió su vista a las acacias y eucaliptos que iban dejando atrás. Escuchó encima de él el chillido de los pájaros y miró el límpido cielo azul cobalto. Dos cacatúas de cresta azulada jugueteaban en una rama de un crecido eucalipto. Las había visto unos días antes en el mismo árbol. «Deben de estar haciendo un nido», pensó. Los caballos avanzaban rápidamente, camino de lo alto de la colina.

—Es un momento difícil para ti, Richard, lo sé —dijo de repente Dalton, rompiendo el silencio—. Pero no sirve de nada pensar en ello. Tienes que afrontarlo como un hombre. Tu padre va a necesitar que le ayudes con tus hermanas. Tendrá que contar contigo.

—¿Por eso quería usted que papá nos enviara fuera? —dijo Richard, bastante más secamente de lo que quería.

Un nudo le atenazaba la garganta a causa de la rabia que sentía, mezclaba con la pena por la pérdida sufrida. Lanzó otra mirada a Dalton, pero el clérigo estaba ocupado en dirigir sus jacas por la empinada curva del extremo del valle hasta el camino de polvo amarillento que llevaba a Moogaloo. El pastor no era un cochero experimentado y la tarea le exigía máxima concentración. Mientras el carruaje avanzaba dando tumbos, Richard creyó observar en el rostro de Dalton un destello de satisfacción, quizá de alivio. Las gotas de sudor de las sienes de Dalton brillaban como diamantes a la sombra de un sombrero negro.

El muchacho volvió la vista hacia el valle, buscando alguna señal de su padre y sus hermanas.

Aún no habían salido de *Rosewood*. Sólo unas cuantas ovejas salpicaban el paisaje. Contempló la gran casa de dos plantas, asentada en la cuenca del valle y rodeada de su propio terreno hasta donde alcanzaba la vista. Era una casa bonita, con tejado a dos aguas y amplias galerías de cedro pintadas de verde claro. «Verde manzano en flor» lo había descrito su madre. Richard pensó que siempre había sido feliz allí. Desde que tenía uso de razón, ése siempre había sido su hogar. Sus hermanas habían nacido allí. No recordaba ninguna época en su casa sin el sonido de la risa contagiosa de su madre. Ya no volvería a ser lo mismo.

Volvió la vista al camino y al trayecto que había ante él, las dos millas que les quedaban para llegar a Moogaloo. De pronto tuvo miedo de lo que le esperaba. No creía que pudiera soportar la pérdida definitiva de su madre ni la cara sombría de su padre mirando enojada y enigmáticamente al frente, con todo Moogaloo presente.

Le resultaría más fácil estar con su amigo que con su familia.

—Reverendo, cuando lleguemos al pueblo, ¿puedo quedarme a esperar en casa de Patrick?

—Muy bien, si así lo quieres, pero procura no retrasarnos.

—¡MI QUERIDA FANNY, qué sorpresa! ¡Entre!

Una tímida y nerviosa doncella le había abierto la puerta y conducido a una sala confortable, con un tresillo de terciopelo del que una señora gruesa se había levantado para recibirla. Pero Fanny Crowe no estaba obteniendo la respuesta que esperaba a su petición. Sentada en el sofá *chesterfield* de la señora Trippery, se dio cuenta de que había sido una estupidez pensar que la esposa del obispo se compadecería de su situación.

«¿Por qué habría de hacerlo?», pensó Fanny mirando a la voluminosa mujer. «Debe de tener peticiones de ayuda todos los días. ¿Por qué iba a tratarme a mí de forma diferente?».

—¿Qué hacen las otras jóvenes que están en su situación, querida Fanny?

—Francamente, no lo sé —respondió cortésmente. Aún se sentía bastante nerviosa. Dejó con cuidado la taza de porcelana sobre la lustrosa mesa ovalada. Las manos le temblaron ligeramente al hacerlo—. Creo que soy la única que queda del grupo que llegamos en el mismo barco. Una o dos se han casado, algunas han encontrado trabajo y otras se han ido a otros sitios. Realmente no sé de ninguna que esté en la misma situación que yo.

—Así es, querida Fanny, han hecho algo. Como debe hacerlo usted. No puede quedarse sentada en ese horrible hotel, compadeciéndose de usted misma. Tiene que tomar una decisión y actuar en consecuencia.

—No la comprendo. ¿Qué clase de decisión? No puedo regresar a Inglaterra, si es eso a lo que usted se refiere. Aún no he empezado a pagar el pasaje del viaje —la resuelta, terca y obstinada Fanny comprendió que aquella rolliza y complaciente señora Trippery estaba a punto de hacerla llorar. Había ido tan lejos de su país, se había enfrentado sola a aquella nueva vida, había pasado muchos días sin compañía y nunca había llorado. Ahora, esa mañana que había iniciado tan decididamente, estaba a punto de hacerlo.

«¿Por qué habré confiado en ella?», se preguntó enfadada mientras abría el bolso de terciopelo

en busca de un pañuelo de encaje.

—No le estoy sugiriendo que regrese a casa. No se disguste, por favor. Eso me pone nerviosa. Le digo, simplemente, que si ha venido hasta tan lejos, no es el momento de dejarse vencer, tontina —la señora Trippery, estirada en su ajustado y discreto miriñaque verde, removió el té por segunda vez y colocó la taza sobre la mesa en el lado opuesto a Fanny. Ésta notó el nerviosismo de la mujer—. ¿Cree usted que las cosas siempre han sido fáciles para el obispo y para mí? ¿No cree que hemos tenido también nuestros problemas? Pero él me ha enseñado que siempre hay otro camino. Encuéntrelo. Ése es el consejo que le doy.

—¿Cómo? —preguntó Fanny, completamente desconcertada.

—Puede poner un anuncio en los periódicos o irse a Victoria o a Australia occidental, o bien a las tierras vírgenes y montar su propia escuela. Eso es lo que han hecho muchas jóvenes institutrices que no encontraron puestos de trabajo.

—¿Montar mi propia escuela? ¿Sin dinero? ¿Dónde? ¿Cómo podría hacerlo?

—Busque un lugar en las tierras vírgenes, algún pueblo pequeño donde no haya escuela. Asegúrese sólo de que haya alguna iglesia cristiana. Todo irá bien. Confío en usted, Fanny. Ahora —dijo preparando su gran humanidad para levantarse— tengo que arreglarme para el almuerzo. No deje de decirnos cómo le va. Al obispo Trippery y a mí nos encanta saber de nuestras jóvenes —se levantó—. Ya sabe que nosotros fuimos los primeros en alentar a la Sociedad a que enviaran jóvenes decentes de Inglaterra —dijo orgullosamente, meciéndose por la sala como un barco y apoyando su mano regordeta en el hombro de Fanny—. Si necesita algo más, no dude en escribirnos. Siempre estamos deseosos de ayudar.

Dicho esto, se volvió resueltamente y se dirigió a la puerta, que abrió con gesto magnánimo. Luego, desapareció. La pobre Fanny se quedó sola en medio de la adornada sala, más confusa que cuando llegó.

ERA una espléndida mañana de primavera en el pueblecito de montaña de Moogalloo. La atmósfera era pura y clara y no había ninguna nube ni resto de niebla que amortiguara los alegres cantos de los pájaros, el ladrido de los perros, el rechinar de las ruedas de los carros ni el martilleo de un herrero, que resonaba a través de las espesas colinas monte abajo.

En su fragua, Joseph McCormack dejó el martillo junto al yunque, se limpió la frente con el antebrazo y se alejó del hogar abrasador para salir a la cálida luz del sol. Estiró los brazos, bostezó y aspiró profundamente el aroma limpio y fresco de los eucaliptos. Era hora de lavarse. Se acercó a la galería y llamó a su hermano menor Patrick, que estaba en el corral cepillando la bonita yegua castaña.

—¡Pat! —Su alegre acento irlandés resonó en el corral—. Creo que debemos arreglarnos. No me gustaría llegar tarde.

Se acercó a una gran barrica de madera situada en una esquina de la galería, a la sombra, llena hasta el borde de agua limpia y fría de montaña. Su hermano llevó el poderoso animal por delante de la cuadra contigua a la herrería, más allá de la galería de su modesta vivienda, y lo amarró a un poste. Joseph se frotó el cuerpo tiznado y sudoroso con agua fría. Se sintió bien cuando le salpicó la espalda, al agacharse para coger un trapo con el que secarse.

—No la dejes ahí, a pleno sol. Vuelve a llevarla a la parte de atrás. ¿Dónde tienes el cerebro, muchacho?

Mientras el pecosito muchacho de quince años obedecía, Joseph sonrió y pensó, no sin cierto orgullo, lo bien que había educado al chico él solo. «Es un buen chaval», pensó, y se volvió para alejarse del calor, limpio y refrescado.

—Prometí que llegaríamos los primeros a la iglesia. Necesitarán ayuda para llevar el féretro —dijo, dirigiendo la voz hacia el corral.

Una vez dentro, Joseph se puso su único traje, uno negro que usaba muy poco. Se abotonó la única camisa blanca en buen estado que tenía. La guardaba para las «ocasiones», como consideraba aquella circunstancia. Había fabricado el féretro que él y su hermano, junto con otros, iban a transportar al cementerio. ¡Ah, María! ¡Qué desgracia! Lo sentía sinceramente. La había adorado en secreto y nunca llegó a entender qué había visto en Blackburn. ¡Y los bobos le van a echar la culpa a ese fantasma!

Entró Patrick.

—Jo, está aquí Richard. Acaba de llegar con el reverendo. Dice que no quiere quedarse sentado

con él en la sala de su casa. Prefiere quedarse con nosotros hasta que llegue su padre.

Media hora después, todo el pueblo, que no era más que un puñado de habitantes, se reunía en el cementerio para el entierro de María Blackburn, esposa del colono más rico de toda aquella zona montañosa. Había sido una persona muy estimada en aquella diminuta comunidad. Su ausencia iba a ser muy sentida, más aún porque la forma en que había muerto agravaba esa pérdida.

Todo el mundo coincidía en que aquel pueblo llamado Moogaloo, que era parada de postas, estaba hechizado. Se contaba con frecuencia la historia del fantasma que deambulaba por el viejo hotel. Nadie lo ponía en duda, aunque nadie lo había visto. Pero la primera prueba real fue el accidente mortal de María, del que todos los lugareños habían sido testigos. Es decir, excepto Jeremiah Johnson.

Jeremiah Johnson era la única persona que no estaba presente en aquella triste mañana. Era discutible que aquel hombrecillo mustio que vivía en una choza en la cima de una colina de las afueras de Moogaloo fuera realmente un lugareño. Nadie esperaba verle en el entierro. Procuraba no ser visto y se mantenía alejado de la vida del pueblo. No apreciaba a nadie. Cuando se mencionaba su nombre o, dicho con más propiedad, cuando se susurraba, no había nadie que pudiera decir que le conociera de verdad y, menos aún, que entendiera su solitaria y misteriosa forma de vivir.

Jeremiah Johnson era un viejo buscador de oro, ya retirado. Él y su difunto hermano Amos fueron los primeros colonizadores de Moogaloo, allá por 1854. Se suponía que la muerte del hermano, en el viejo hotel, lo había trastornado. Algunas personas sentían lástima por él. Pensaban que ya nunca podría volver a formar parte de una comunidad. Aunque, a decir verdad, siempre había sido un hombre solitario, con la única compañía de su hermano, durante los años que habían pasado juntos, buscando oro en las montañas. Nadie le había oído decir nunca que tuviera esposa o familia. Nadie, por la misma razón, sabía siquiera cuándo había salido de Inglaterra. ¿Habría sido para intentar hacer fortuna en los yacimientos de oro?, se preguntaban. ¿O habría llegado antes, en alguno de los barcos atestados de criminales? Algunos creían que tenía más de cien años. Otros pensaban que había logrado hacer fortuna y que ahora vivía junto a ella, enterrada en algún rincón de su vieja y sucia choza. Había muchas opiniones distintas y muchas teorías sobre el asunto. Lo único en que coincidían todos era que ninguno de ellos conocía la verdadera historia de su pasado.

En cambio, todos creían a pies juntillas en la historia del fantasma, el espíritu de Amos, el buscador de oro hermano de Jeremiah, que deambulaba por el viejo hotel en busca de venganza. Esa terrible historia se cernía sobre el pueblo como una nube de tormenta. Para muchos, ésa era la causa por la que no prosperaba el pueblo. Blackburn no constituía una excepción a tales creencias, al contrario que su hermosa y difunta esposa, María, que juzgaba que eran absurdas supersticiones. «¡Yo no creo que el hotel esté embrujado! ¡Nadie ha visto el fantasma de Amos Johnson, excepto él mismo!», solía decir en broma con su encantador acento francés.

—¡Pero, mirad! —murmuraban todos—. ¡Miradlo que le ha pasado a María! Si hubiera prestado más atención a la historia del infortunado pasado de Jeremiah y no hubiera refutado la opinión de su marido, no reposaría ahora en su ataúd.



Y, ciertamente, tampoco estarían reunidos los aldeanos junto a su tumba para tributarle una condolida despedida.

FANNY ESTABA en una deslucida y oscura oficina del centro de Sidney y sacó diez libras del bolso. Le acercó desconfiadamente el dinero al hombrecillo calvo y descortés que estaba sentado a una mesa, entre montones de libros de contabilidad. Era la mitad de todo lo que poseía en el mundo.

—¿Está usted seguro de que la diligencia no saldrá antes de las tres? —preguntó por segunda vez, con voz algo más elevada, como si el hombre al que se dirigía no hablara inglés.

El empleado miró a Fanny, se ajustó las gafas en la nariz, la contempló y volvió los ojos a la mesa. Fanny estaba exasperada. No comprendía que, como representante de la compañía de diligencias Cobb y Cía., fuera tan poco colaborador. Dudaba cada vez más de que supiera realmente el horario de la compañía.

Un viejo bigotudo, tocado con un sucio sombrero de campesino, que la había estado observando desde un rincón de la oficina mientras se mecía hacia delante y hacia atrás en una silla bastante desvencijada, escupió un poco de tabaco en el suelo y contestó en lugar del empleado:

—No es bueno preguntar dos veces, señora. Saldrá a las tres. Saldrá a las tres porque la conduzco yo. Aunque, por mi vida, que no me imagino para qué quiere ir usted a ese sitio.

El poco locuaz empleado acabó de rellenar el billete de Fanny y lo dejó caer al otro lado de la mesa, como si despreciara el papel sobre el que había escrito. Luego reanudó su trabajo de pasar cifras de un libro de contabilidad a otro idéntico.

—Gracias —dijo Fanny, guardando su valioso billete en el bolso—. Estaré esperando en la puerta a las tres —dijo con orgullo y miró al conductor, decidida a que al menos él la entendiera. Después salió de la pequeña y mal ventilada oficina y cerró la puerta tras ella.

—Toda una señora, ¿eh? Espero que sepa que el viaje dura cuatro días y que es duro —murmuró divertido el bigotudo conductor, y sacó más tabaco del bolsillo de su andrajosa chaqueta.

«¡Moogaloo!», pensó Fanny mientras subía las empedradas cuestas que llevaban a la residencia. De vez en cuando se detenía para tomar aliento y disfrutar de la espléndida vista de los barcos que surcaban atareados el mar. «¡Qué nombre más extraño!».

El conductor la había prevenido expresamente de que allí no había absolutamente nada, salvo un almacén, una iglesia, unas cuantas granjas y algunos extraños montañeses.

—¿Está usted seguro de que no hay ninguna escuela en la vecindad? —le había preguntado al tipo de los bigotes.

—¿Escuela? —exclamó en tono de burla—. ¿Escuela? En aquellas tierras no hay ninguna escuela. Esos tipos están demasiado locos para pensar en aprender nada. Además, creen en fantasmas.

Fanny se sintió satisfecha. Moogaloo iba a ser su destino. Le preocupó un poco enterarse de que la población era bastante escasa, aunque no sus extrañas creencias. Escasos habitantes. Un

inconveniente para los ingresos de la escuela. Sin embargo, tenía que empezar en algún sitio. De las pocas elecciones posibles, Moogalloo le ofrecía un lugar en las tierras toscas y duras del interior, al que, por lo menos, podía ir sola con una mínima oportunidad de supervivencia.

Mientras recorría las calles de Sidney, probablemente por última vez, se detuvo a mirar el escaparate de una pequeña pañería. Acercó la cara al cristal y contempló ansiosamente los géneros expuestos. «¡Qué estupendo sería», pensó, «poderme llevar una o dos de esas bonitas telas! ¡Cuando haya triunfado con mi escuela, quizá pueda volver en un carruaje elegante y comprarlas todas!».

Se apresuró. El tiempo corría. Tuvo que reconocer que sentía cierta tristeza por tener que dejar la ciudad, con su gran puerto, aunque allí no tenía amigos y, hasta entonces, todos los días los había pasado dominada por la preocupación. Para ser sincera consigo misma, tenía también un mal presentimiento.

¡Vivir en tierra inculta! ¡Las remotas tierras incultas de Australia! Pensó que, seguramente, una señora de clase y bien educada se merecía algo mejor que una vida en los remotos montes azules. Puede que no lo soportara, pero no tenía otra elección.

Las últimas notas del cántico siguieron resonando por los montes, segundos después de que el grupo de aldeanos hubiera terminado de cantar. El reverendo Dalton pronunció las palabras finales del acto y se quedó quieto un momento. A su alrededor se oyó musitar el amén. Se santiguó y comenzó a alejarse de la tumba. Respetuosamente, el pueblo entero se alejó también. Henry Blackburn permaneció allí con la cabeza inclinada. Una señora rolliza de rostro encarnado, Liza Roundway, alejó discretamente a los pequeños Blackburn de la tumba y de su padre.

—Dejadle solo unos minutos —les dijo en voz baja. A Richard le molestó su interferencia, pero no era momento oportuno para protestar.

Desde la muerte de María Blackburn, Liza Roundway se había impuesto, entre sus tareas diarias, la de visitar el desolado hogar. Dos días antes, sentada en la terraza de su casa, le había expuesto a su marido su intención de echarle una mano a la familia. Adam le había respondido secamente que haría mejor en ocuparse de su propia familia y mantenerse al margen de los asuntos de los demás.

—Especialmente de los de los Blackburn —había añadido—, que seguramente no te agradecerán tus desvelos.

—¿Y esos pobres niños, Adam? Tú te llamas cristiano. Estoy avergonzada. ¿No te agradaría ver que se ocupaban de los nuestros si a mí me ocurriera algo?

Adam dudaba seriamente que a Liza pudiera ocurrirle algo, pero se lo calló para sí. Sabía que estaba decidida a hacerlo. Todo lo que dijera para tratar de evitar que se entrometiera en lo que no le concernía, sólo serviría para reafirmar su convencimiento de que se había casado con un hombre egoísta. Se quedó callado, como solía hacer, sabiendo que ella haría lo que se había propuesto, fuera como fuese, y que el tiempo que iba a perder en intentar conocerla, lo aprovecharía mejor dedicándose a ganar el pan de su familia.

A Adam también le agradaba María y no tenía nada contra Richard y sus dos hermanas pequeñas. Era cierto, pensó. ¿Por qué iban a sufrir ellos por culpa del despreciable carácter frío de

su padre? Así que se resignó a los planes de Liza. Ella se ocuparía de los tres niños huérfanos de madre y él no volvería a hablar del asunto.

UNA VEZ EN EL DORMITORIO de la residencia, Fanny empezó a guardar cosas en su bolsa de viaje. Metió los libros y sus pocas valiosas pertenencias, entre las que había un medallón que había sido de su madre, una fotografía de sus padres, elegantemente enmarcada en plata, y un frasquito de sales perfumadas que le había regalado su padre. Era todo lo que había traído consigo desde Londres. Sus vestidos volvieron al baúl, que cerró amorosamente, dispuestos para el nuevo viaje. Ese acto fue como una señal para ella.

—¡Otra vez de viaje, Fanny Crowe! ¡Estás empezando una nueva vida!

Mientras bajaba su pesado equipaje por las escaleras, notó en su interior un destello de excitación. Volvió a sentir la sed de aventuras y el deseo que le habían llevado diez mil millas a través del mundo. No sintió tristeza ni emoción alguna al despedirse de las otras jóvenes que, a salvo en una de las residencias de Sidney para damas inglesas acomodadas, aguardaban aún sus puestos de trabajo. Fanny salió decididamente a la luz radiante de la calle empedrada, y las jóvenes la despidieron agitando las manos y diciendo adiós cariñosamente.

En ese momento, la encargada se abrió paso entre el grupo y subió el baúl de Fanny al cabriolé que aguardaba para llevarla a las oficinas de Cobb y Cía.

—Tenga cuidado, señorita Crowe. Donde va hay muchos fugitivos, negros y gente de toda clase. No es lugar para una señora —dijo mientras ayudaba a entrar en el cabriolé a Fanny y su bolsa de viaje.

Fanny lanzó un fuerte suspiro cuando el cochero arreó el caballo. Estaba en camino. Ya nada le haría retroceder. Tenía puestas todas sus esperanzas cerca del punto final de la línea de postas, en el pueblecito llamado Moogaloo.

TRAS cuatro días de viaje agotador, Fanny, apretujada entre un cargamento de mineros ebrios y ambulantes, fue despertada por los gritos del cochero bigotudo, que dirigió sus fatigados caballos hacia un polvoriento poblado de montaña.

—¡Ya hemos llegado, señora! ¡Ahí está! ¡Moogaloo!

La diligencia se detuvo ante el almacén general y el cochero colocó el valioso equipaje de Fanny en el suelo. Se inclinó sobre la ventanilla para mirar afuera. Aún tenía revuelto el estómago a causa del espantoso viaje. Se sentía débil, enferma y sucia. Su elegante vestido de viaje malva claro estaba salpicado de barro.

Atrajo su atención un reducido grupo de niños apiñado junto a la diligencia. Tenían aspecto harapiento y andrajoso. Descendió de la diligencia al suelo polvoriento, y el grupo de chiquillos retrocedió atemorizado. Una señora vestida con ropas de viaje, aunque fueran arrugadas y sucias, era un espectáculo extraño para aquellos pobres chiquillos desaliñados. Sonrió, pero ellos se limitaron a mirarla recelosamente en silencio. Fanny se dio cuenta de que apenas podía mover los miembros. Tenía entumecido todo el cuerpo. El cochero se despidió de ella bruscamente y se dirigió al almacén en busca de una bien ganada comida, antes de proseguir su camino, a través de la accidentada zona, hacia Benningee.

Fanny miró a su alrededor. El tipo del bigote no había mentido. Moogaloo era, más que un villorrio dormido, escasamente un puñado de edificios y unas cuantas tiendas blancas de buscadores de oro diseminadas por las colinas colindantes. Recorrió con la vista el pueblo en busca de la iglesia. Allí, al otro lado de la calle medio desierta, estaba el lugar de culto más pequeño que había visto en su vida.

El reverendo Dalton estaba escribiendo en la mesa de la sacristía cuando le distrajo el estrépito ocasionado por la llegada de la vieja diligencia. Si esperaba alguna carta o paquete, salía a la calle principal, la única calle, para saludar al conductor. Esa semana no esperaba nada, por lo que continuó trabajando. Tan sólo levantó un instante la vista para observar la llegada. Por eso le sorprendió ver a una desgreñada aunque elegante dama joven dirigiéndose trabajosamente hacia la iglesia. Llevaba o, mejor dicho, arrastraba una carga considerable. Se puso de pie y aguardó junto a la puerta, sabiendo que ella no se dirigiría a ningún otro sitio más que allí. Tras un momento, se dio cuenta de su descortesía y salió a la calle polvorienta para ayudarla a llevar el equipaje.

Fanny vio al hombre con levita que se acercaba en su ayuda. Inmediatamente dejó caer su bolsa de viaje y se derrumbó sobre el baúl, secándose la frente con un pañuelo de encaje.

—¡Oh, reverendo, gracias a Dios! —exclamó, jadeando—. ¡Estoy agotada! ¡No puedo dar un paso más!

El pobre Dalton cargó con el equipaje de vuelta a su diminuta iglesia de madera. ¡Ya era un poco mayor para ese esfuerzo! Depositó agradecidamente en la escalinata las pertenencias de Fanny.

Después de haberse tomado ambos un momento de respiro, Dalton invitó a la joven a entrar en la reducida sacristía.

—Difícilmente puede llamársele así, pero de todas formas sea usted bienvenida —dijo a modo de disculpa, aún jadeando y resollando.

Fanny se dejó caer en la única silla cómoda y se presentó al tiempo que se quitaba su mugriento sombrero de plumas. Luego, le explicó la magnitud de su problema y solicitó su ayuda.

—Ya ve usted, no conozco un alma en Moogaloo —concluyó—. El conductor de la diligencia me dijo que, probablemente, usted podría ayudarme a instalar aquí mi escuela. Sólo hasta que pueda arreglármelas sola, claro está.





Dalton jugueteaba con los botones de su levita. Se encontraba ligeramente desconcertado. Aquella joven estaba muy segura de que él podía ayudarla. Sin embargo, los muchos años de experiencia como presbítero y su sangre fría refrenaron el desconcierto. Carraspeó.

—Creo, señorita Crowe, que quizá la han informado mal. Aquí no hay nada de nada. Haría mejor en irse en la diligencia y pensar en otro destino.

—No puedo, reverendo. No me queda dinero. Tengo que establecerme en Moogaloo. Tengo que empezar aquí con mi escuela —exclamó Fanny.

Estaba irritada por su sugerencia. No se le había ocurrido pensar que aquel párroco no deseara una escuela. No tenía ninguna. Así pues, necesitaba una, ¿no? Dalton no estaba tan convencido.

—No tenemos edificio alguno para alojar la escuela, señorita Crowe. ¿O piensa construirla usted? Seguramente no pensará dar sus clases a la sombra de un árbol en esta tierra seca y cálida...

Fanny estaba asombrada. No se le había pasado por la imaginación que no hubiera allí esperándola algún edificio, una escuela pequeña y bonita. Estrujó el empapado pañuelo de encaje entre las palmas de sus manos y respiró profundamente. Lo cierto era que no tenía adonde ir. ¿Cómo iba a regresar? Sentada allí, en la reducida sacristía de la capilla, sabía que tenía que quedarse. Sólo le quedaban diez libras, que tintineaban en su bolso de terciopelo.

—Querido reverendo, piénselo de nuevo, por favor. Me doy cuenta de que ésta es una comunidad pequeña e inculta, pero, seguramente, debe de haber un edificio abandonado en algún sitio. Algo que yo pudiera transformar en hogar y escuela. Después de todo, los aldeanos deben querer que se eduquen sus hijos, ¿no?

Dalton admitió finalmente que entre la docena más o menos de edificios que componían el núcleo del pueblo estaba, en efecto, el viejo hotel.

—Pero —añadió inmediatamente— usted no puede vivir allí. ¡Está encantado!

Fanny, un poco más animada al ver atendidas sus súplicas, se echó a reír. Recordó la descripción de los lugareños que le había hecho el conductor de la diligencia. «Esos tipos locos de las montañas creen en fantasmas», había dicho.

—¡Vaya! ¡Una escuela encantada! Es una idea original. Enséñemela, por favor. Puedo trasladarme a ella inmediatamente. Aunque he de decirle que tengo muy poco dinero para pagar el alquiler. La arreglaré yo misma, y luego, cuando abra la escuela, podré pagar el alquiler vencido. Daré una parte de mis ganancias.

El pobre reverendo Dalton estaba completamente desconcertado.

—No parece entenderlo, señorita Crowe —dijo con impaciencia—. Hace sólo unos días que hemos enterrado a uno de los miembros más queridos de nuestra comunidad. Ella, como usted y confieso que también como yo, se reía de la sola idea del fantasma. Estaba decidida a convertir el viejo hotel en algo útil para el pueblo. La semana pasada fue una tarde sola al edificio, probablemente para decidir cuál sería el mejor destino que se le podía dar. Nadie sabía que estaba allí. De repente, todos escuchamos un alarido sobrecogedor y corrimos para ver qué había sucedido. Se había derrumbado una pared del edificio y comprobamos que había atrapado a alguien. El carpintero del pueblo, un tipo valiente, se aventuró a entrar. Reconozco que todos

estábamos asustados. Era muy tarde, señorita Crowe. Joseph McCormack la sacó fuera. Ya estaba muerta. ¿Ve usted? No había hecho caso al fantasma. Al fantasma, que ha prometido vengarse de todo el que se atreva a entrar en el edificio. ¡Se vengó en ella!

Hizo una pausa para que Fanny comprendiera la gravedad de sus palabras y para serenar su creciente agitación.

—Ya ve, señorita Crowe. Le resultaría imposible vivir en el hotel y, desde luego, es imposible instalar allí una escuela.

Fanny contuvo una risita.

—Mire, reverendo, permíteme si digo lo que pienso. ¡Lo que dice no tiene sentido! Usted sabe, tan bien como yo, que los fantasmas no existen. Ahora, por favor, dígame quién es el dueño del edificio; quisiera alquilárselo.

El reverendo Dalton también creía, en su fuero interno, que no existían los fantasmas. María Blackburn tampoco había creído en ellos. «Es la realidad», pensó. «Esta joven está en lo cierto». Sin embargo, María Blackburn estaba muerta. Su razón le decía que aquello no tenía sentido, pero la experiencia le había demostrado lo contrario.

—¡RICHARD! —GRITÓ PATRICK, atravesando el matorral de helecho para reunirse con su amigo, que estaba agachado junto al borde de la laguna—. ¿Dónde te has metido? Te he buscado por todas partes. Estuve en *Rosewood* y tus hermanas me dijeron que habías ido al campo con tu padre, y luego, en el almacén, el viejo Joshua Burnley me dijo que habías estado allí para comprar una lata para los cangrejos.

El joven pecoso, jadeante por la carrera, se sentó en una roca pequeña al borde de la laguna, junto a su amigo.

—Sí, pensaba pescar algo —dijo Richard sombríamente—. Padre quería que fuera a trabajar, así que me largué.

Patrick observó a su amigo, que lanzaba piedrecitas a la laguna con gesto malhumorado. Miró a su alrededor. No había rastro alguno de pesca, ni latas para los cangrejos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Richard no contestó. Una gran rana dorada, parcialmente oculta por la vegetación circundante, croaba alegremente—. ¿Estás disgustado por lo de tu madre? Joseph dice que no hay ningún fantasma y que fue un accidente. Dice que, desde dentro, se ve claro por qué se cayó la pared. Estaba toda podrida. Tu madre no debería haber ido allí.

—¿Qué sabes tú de eso? —dijo Richard con tono enfadado.

—Se te pasará. Te irás acostumbrando.

—Para ti es diferente. Tú nunca has tenido madre.

Se quedaron callados un rato. Para Patrick era duro. Su amigo estaba, incluso, menos comunicativo que de costumbre. Nunca había visto tan enfadado a Richard.

—¡Eh! ¿Te apetece un baño? —normalmente, la idea le hubiera encantado a Richard. Era en lo único que siempre vencía a su amigo—. ¡Te echo una carrera! —le desafió, incorporándose dispuesto a despojarse de sus ropas y lanzarse a las aguas frías y oscuras. Richard no respondió. Se

levantó lentamente y se alejó. Patrick observó cómo andaba cabizbajo por la orilla y desaparecía entre los árboles.

Decepcionado, Patrick se agachó y cogió una rama que había en el barro. La lanzó al agua y se quedó mirando las ondas circulares.

—¡Maldita sea! —murmuró para sus adentros, y se alejó con las manos en los bolsillos de sus andrajosos pantalones, que le llegaban a las rodillas.

¡EL VIEJO HOTEL no pertenecía a nadie! Mientras caminaba por el pueblo con el reverendo, Fanny se sintió entusiasmada ante la perspectiva de ver su nueva escuela. Por fin había convencido a Dalton para que le enseñara el edificio. Sonreía con timidez a los habitantes con los que se cruzaban, que saludaban deferentemente al reverendo. El rostro serio y las piernas larguiruchas del hombre le hacían gracia a Fanny. A pesar del cansancio por el largo viaje, se sentía de un humor excelente. «¡Qué pueblo de montaña más bonito!», pensó.

—¿Qué es ese repiqueteo? —preguntó, al tiempo que Dalton saludaba a una señora que pasó junto a ellos, tocada con un sombrero andrajoso y envuelta en un chal de lana.

—¿Eso? Pájaros campaneros. Son muy corrientes por aquí.

Mientras andaban, Fanny volvió la cabeza para observar más detenidamente las colinas circundantes y contemplar los altísimos eucaliptos de tronco blanquecino que se elevaban hacia un cielo de mediodía puro y sin nube alguna. «Un sitio ideal para establecer mi escuela y crear mi hogar», decidió alegremente.

Eso fue antes de volverse y ver el viejo hotel. Mientras recorrían los últimos metros que los separaban del edificio, se le cayó el alma a los pies. Aquel amable pastor no había exagerado. En efecto, el edificio estaba seriamente estropeado y en un estado mucho más lamentable de lo que había imaginado. Su aspecto era lastimoso, totalmente cubierto de yedra y maleza. Las pocas ventanas que existían estaban destrozadas. La pared de un lado y toda la parte posterior se habían derrumbado y las habían vuelto a colocar provisionalmente, sujetas por unos maderos que se veía que habían clavado con posterioridad. Fanny retrocedió un paso y levantó la vista al tejado del edificio. Divisó las palabras *Hotel Moogaloo* escritas en los maderos; varios años de fuerte sol y lluvias copiosas las habían borrado casi del todo. Un rótulo de madera que colgaba en el porche, con la misma inscripción, se balanceaba descuidadamente y crujía a impulsos de la suave brisa. Producía un sonido horripilante. El edificio era una fantasmagórica ruina abandonada, que requería mucho más trabajo y recursos financieros de lo que la pobre y desilusionada Fanny podía aportar.

Dalton vio reflejado el desaliento en los ojos de la joven inglesa.

—¿Lo comprende ahora, señorita Crowe? —preguntó amablemente.

No pudo contestarle. No se atrevía a hablar por miedo a echarse a llorar. Sus ilusiones se habían evaporado.

—¿Qué voy a hacer, reverendo? —dijo finalmente—. Había puesto mi esperanza en ello.

Dalton la observó un momento. Era un hombre cauto, aunque inquieto y compasivo, un ser

solitario, cuya aliada más leal había sido la hermosa María Blackburn. En vida, María, francesa y católica, había sido enérgica y vivaracha. Observando la desilusión que embargaba a Fanny, pensó: «Quizá esta excéntrica inglesa pueda conseguir lo que María sólo había imaginado, el sueño por el que ha muerto. Puede que yo, junto con los pocos que niegan la existencia de ese maldito fantasma de Johnson, pueda ayudarla a construir una escuela y transformar este maldito edificio en algo útil, algo de lo que Moogalloo se sienta orgulloso». Le volvía el valor que la muerte de María le había quitado temporalmente.

—Señorita Crowe —dijo a Fanny, que aún seguía mirando desconsoladamente la casa deshecha—, si realmente significa tanto para usted, si de verdad se siente con fuerzas para hacerlo, yo la ayudaré en todo lo que pueda. Puede quedarse en mi casa, en mi reducido alojamiento, hasta que este edificio sea habitable. Le diré un secreto... Me encantaría ver enterrado al fantasma. Ahora le sugiero que siga ese sendero y en la quinta casa pregunte por Joseph McCormack. Es el carpintero y herrero de nuestro pueblo, un tipo no muy refinado. Creo que la ayudará. Dígale que la envío yo. La veré más tarde en la iglesia. Ahora debo darme prisa para terminar de preparar mi sermón.

Se llevó la mano al sombrero y se alejó por la calle polvorienta. Fanny le vio entrar en la sacristía, donde ella había dejado todas sus pertenencias. Afortunadamente, dispondría de una cama.

Se quedó inmóvil durante un momento contemplando el abandonado edificio; el silbido del viento se escuchaba entre sus grietas y tablones. El corazón le latía violentamente.

—¡Qué lejos de Inglaterra estoy! ¡Querida tía Alice, ya tengo mi escuela encantada!

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, Fanny terminaba su tazón de té en la desvencijada cocina de Joseph McCormack mientras aguardaba impacientemente su respuesta. Joseph reparó en su turbación al dejar el tazón sobre la mesa y en lo inquieta que estaba, sentada bien erguida en el banco de madera, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Bien, señorita Crowe —comenzó a decir—. Desde luego se ha propuesto una gran tarea —le sonrió afectuosamente, esperando que se tranquilizara un poco.

Fanny le vio inclinarse sobre la sencilla mesa de madera, que él mismo había fabricado, y servirle otro tazón de té. Notó su propia respiración. Sonaba fuerte y temblorosa.

—¿Querrá ayudarme, señor McCormack? El reverendo Dalton dijo que lo haría. Como le dije antes, no tengo dinero ahora. Sin embargo, le pagaré en cuanto me sea posible. Le doy mi palabra.

Él siguió sin contestar. Fanny le observó mientras servía cuidadosamente la leche, meditando sobre su propuesta. Se sentía ligeramente nerviosa. No estaba acostumbrada a aquella situación. Se encontraba sentada en la casa pequeña y vulgar de un hombre que —no dejaba de decirse a sí misma— en Inglaterra habría sido socialmente su inferior. Todo aquello le resultaba desconcertante y decepcionante. ¿Por qué no contestaba? Su dignidad no podía tolerarlo. Tenía que conseguir su ayuda. Sin ella no tenía nada que hacer. Normalmente, ella hubiera dominado la situación, le hubiera acusado de insolencia. Pero allí, en aquellas circunstancias, no sabía

exactamente cómo comportarse. Cogió su tazón y comenzó a beber su segundo té. Su instinto la instaba a volverse, a mirar en cualquier dirección, excepto en la del carpintero. No lo hizo. Conocía su posición social y la defendía. Por desagradable que resultara, hizo un esfuerzo para mirarle fijamente.

Joseph, por su parte, estaba bastante tranquilo. Encontraba muy divertido aquel encuentro. Ella le había lanzado un reto que le gustaba. Sabía que la idea de reconstruir aquel horrible hotel y luchar con el fantasma del pueblo era absurda. Originaría fuertes protestas. Eso era lo que le gustaba de la idea. Como cualquier otro ciudadano de Moogaloo, no sabía nada de educación y, sin embargo, pensaba que debía haber una escuela. Aunque él no había aprendido nunca a leer ni escribir, podía ser una oportunidad para Patrick. Se sentiría orgulloso de trabajar en beneficio de su hermano menor. Darle educación al chico sería algo importante.

La observó mientras bebía el té. «Muy elegante esta inglesa llena de encajes». Le recordaba un poco a María Blackburn. Daba la impresión de ser igual de obstinada y resuelta, aunque la francesa había sido más guapa y serena, no como esta mujer, que era bastante nerviosa. «Va muy desaliñada para ser maestra de escuela», pensó. A pesar de sus ropas elegantes, Fanny tenía un aspecto muy descuidado. Sin embargo, le agradaba su apariencia.

—Bien, señor McCormack —preguntó impacientemente Fanny—. ¿Cuál es su respuesta? ¿Me va a ayudar o no?

Miró su rostro serio y preocupado, con sus grandes y curiosos ojos castaños rodeados de rizos claros y desordenados. Ante su seriedad le dieron ganas de reír. «Está ridícula, pero adorable, ahí sentada con sus modales ingleses», pensó.

Transcurrido un momento, que a Fanny le pareció una eternidad, se inclinó hacia ella y le dijo con un susurro y medio en broma:

—Dígame, señorita Crowe, ¿cree usted en fantasmas?

—¡Claro que no! ¡Es una idea ridícula!

—Yo tampoco —dijo él, riéndose, con los ojos brillantes de satisfacción.

Fanny se sintió, de repente, agraviada. ¡Aquel carpintero le había guiñado un ojo!

LOS trabajos de reparación del viejo hotel comenzaron al día siguiente. Todo el pueblo bullía con las noticias. Las ventanas se poblaron de rostros. El almacén de Joshua Burnley, que siempre era un semillero de cotilleos, fue centro de cuchicheos. Los trabajadores temporales, que iban de un lado a otro, encontraban tiempo para conversar del tema. Todos decían lo mismo: «Se va a hacer cargo del hotel. Cree que va a educarnos. Se arrepentirá».

Aquella primera mañana, mientras Fanny se recuperaba de su agotador viaje, los dos hermanos irlandeses salieron al monte y cortaron unos eucaliptos. Lenta y trabajosamente, con la ayuda de su yegua alazana y del caballo negro amablemente cedido por el reverendo Dalton, transportaron la madera al pueblo y la depositaron a un lado del ruinoso edificio, lista para el arduo trabajo de los días siguientes.

Fanny, Joseph y Patrick, cuando podían contar con él, trabajaban todos los minutos del día. Joseph serraba y clavaba los nuevos tablones en las paredes exteriores, mientras Fanny, que los primeros días miraba horrorizada las telarañas, incapaz al parecer de realizar cualquier trabajo manual, acabó limpiando y fregando los suelos y las paredes y cargó y vació carretillas llenas de basura. Encontraba bastante molesto el calor de principios de primavera y suspiraba por las frescas noches. Sin embargo, se esforzó en superar las molestias y en aprender a aceptarlas.

Poco a poco, por primera vez, que recordaran los actuales habitantes de Moogaloo, el viejo hotel comenzó a tener aspecto de edificio habitable. Jeremiah Johnson era el único que recordaba el hotel en su apogeo. Acostumbraba a pasar por allí y caminaba con gesto hosco observando cómo progresaba el trabajo. Daba la impresión de que lamentaba la pérdida de su viejo hotel. Los transeúntes y los mirones ociosos opinaban que iba por allí para que no molestaran y echaran al fantasma de su hermano. Bromeaban, pero temían las consecuencias de que alguien se enfrentara a la maldición. Cuando Fanny escuchaba los chismorreos, se burlaba de aquella superstición. «¡Montañeses!», se reía alegremente para sí.

Joseph demostró ser un amigo cariñoso y generoso. Tuvo que admitir que se había equivocado con él. Aquel herrero, que tanto había menospreciado en su primer encuentro, le estaba prestando toda la ayuda que necesitaba. Su entusiasmo y su fe en la escuela le servían de acicate.

Al cabo de sólo cinco días de trabajo, el optimismo de Fanny estaba en su apogeo. Recogió unos trozos grandes de madera desechados y, ayudada por Patrick, los arrastró dentro del hotel, hizo con ellos un tablero y pintó un gran letrero que colgó en un poste del porche: *Próximamente, inauguración de la escuela. Todos serán bienvenidos.*

Los vecinos de los alrededores conocieron enseguida la noticia. Nadie podía detener los comentarios. La gente que vivía en las laderas venía en gran número, para ver lo que nadie creía. Unos hacían comentarios, otros no decían nada. Todos tenían su opinión sobre la aventura. De vez en cuando, mientras Fanny cargaba y acarreaba maderos y piedras, rompiéndose las uñas, hiriéndose las manos, estropeando alguno de sus preciosos vestidos ingleses y trabajando mucho más de lo que nadie era capaz de imaginar, alcanzaba a oír sus comentarios:

—¡Ningún hijo mío va a ir a una escuela encantada!

Por la noche, mientras permanecía despierta en su diminuta habitación de la iglesia de Dalton, pensaba en las murmuraciones y chismorreos que se propagaban por el pueblo y los alrededores. Poco a poco, comenzó a darse cuenta de lo que tenía en contra. En su insensatez y desesperación, había dado por supuesto que todo el mundo la recibiría con los brazos abiertos y aceptaría la escuela. Ahora comenzaba a comprender que no era verdad. Su tarea no iba a resultar fácil.





UN CALUROSO MEDIODÍA de primavera, impropio de la estación, Fanny, agotada por el calor, se dejó caer en las escaleras del porche y desenvolvió el pan y la fruta que había comprado en el almacén. Patrick se sentó a su lado y comenzó a desanudarse distraídamente los cordones de sus pesadas botas.

—¿Quién es ese chico de pelo oscuro con el que te vi ayer? —le preguntó Fanny mientras partía un trozo del pan recién hecho.

Esperaban la llegada de Joseph allí sentados, uno al lado del otro, a la sombra del porche.

Patrick se encogió de hombros indiferentemente.

—Un amigo. Se llama Richard —cogió una granadilla y la atacó, sediento.

—Le he visto varias veces en la esquina del almacén, mirándonos trabajar —dijo Fanny—. ¿Por qué no le llamas y le invitas a que nos eche una mano? Me gustaría conocerle.

Patrick parecía reacio a contestar.

—Esta mañana me pareció oírle gritándote. ¿Estabais discutiendo? —insistió ella.

—Realmente, no —respondió él, más atento a su comida que a la pregunta de ella.

Fanny comprendió que le preocupaba algo. En el poco tiempo que hacía que le conocía, era raro verle tan reticente. Decidió no apremiarle más y comenzó a comerse su exigua ración.

Joseph se acercó apresuradamente hacia ellos desde la herrería. Llevaba al hombro una gran bañera de estaño, que relucía a la luz del sol.

—Le he tapado los agujeros a esto —gritó, dando una palmada en un costado de la bañera.

Mientras se acercaba, Fanny partió un trozo de pan para él y lo colocó sobre un pañuelo, junto a un tazón con agua.

Joseph dejó la bañera en el porche y se limpió el sudor de la frente.

—Ahora tendrá donde bañarse —dijo alegremente.

Fanny notó cómo resplandecían de orgullo sus ojos sorprendentemente azules. Destacaban sobre las mejillas y la frente, sudorosas y tiznadas, de su rostro tosco y curtido.

—Cuando tenga fuerzas para traer el agua del arroyo sin derramarla —dijo ella riendo.

Él le devolvió la sonrisa, desanudó el andrajoso pañuelo rojo que llevaba al cuello, se secó el rostro y se sentó junto a su hermano.

—Beba un poco de agua —dijo Fanny, tendiéndole el tazón de estaño.

Él sonrió, se inclinó para cogerlo y bebió un largo trago.

—Menos mal que acabaremos pronto —dijo satisfecho, secándose la boca con el dorso de su fuerte mano de trabajador—. Los días se están volviendo muy calurosos para este trabajo —le dio un codazo a Patrick, que comía en silencio, sentado entre ellos—. Esta mañana oí a Richard gritándote. ¿Está enfadado porque trabajas aquí?

—Supongo.

—Es comprensible —murmuró Joseph mientras cogía el trozo de pan—. El pobre chico le echa la culpa de la muerte de su madre a esta casa. La idolatraba.

A LO LARGO DE AQUELLOS interminables y calurosos días de duro trabajo, Joseph se convirtió en el más fiel aliado de Fanny; en realidad, además del reverendo Dalton, su único aliado. Escuchaba sus temores, calmaba sus dudas y le enseñó algunas normas básicas sobre la vida en aquella región salvaje. La joven aprendió a encender hogueras, a hervir agua en cazos, a reconocer las serpientes venenosas, a recoger leña, a cocer manzanas amargas para evitar las picaduras de los mosquitos en su delicada piel y, en general, a prepararse para vivir sola en aquella región inhóspita.

Una semana después pasó algo emocionante. La habitación trasera del edificio había sido afianzada y reconstruida. Fanny ya podía trasladarse a ella. Aquél iba a ser su dormitorio y su cuarto de estar. El reverendo Dalton le cedió amablemente la sencilla cama en la que había estado durmiendo. Joseph le regaló una mesa de madera y una silla, que había fabricado por las tardes. La habitación apenas tenía muebles, pero Fanny estaba encantada. Dijo que su nueva casa era «el hogar más acogedor que hubiera podido soñar».

Esa tarde, una vez sola, deshizo su baúl de cuero por primera vez desde que salió de Sidney y guardó orgullosamente sus escasas pertenencias. Sobre la chimenea descansaban la única botella de agua de lavanda inglesa que le quedaba y un espejito con mango de plata, heredado de su madre. Cubrió la ventana con un chal de flores, que haría de cortina hasta que dispusiera de algo más apropiado. Colocó todos los libros, incluyendo los de texto, en un anaquel que le había construido Joseph.

Le había prometido que posteriormente haría otro para el aula, pero, por ahora, los libros estaban todos juntos. Aquello comenzaba a parecer un hogar. Realmente, su nuevo domicilio era muy rudimentario, pero a Fanny no le preocupaba. La vida, de pronto, resultaba mucho más brillante.

Fanny tomó posesión, encantada, de su pequeño habitáculo. Aguardaba impacientemente la terminación de la habitación principal, el bar del antiguo hotel, que iba a convertirse en el aula. Comenzaba a creer que sus recientes temores y celos habían sido una tontería. ¿Por qué razón iba a dudar de que el pueblo la acogería bien? Los dos amigos que hasta entonces se había ganado en Moogaloo eran completamente leales y desprendidos. ¿Por qué iban a ser diferentes los demás, una vez que el edificio estuviera reparado y fuera abierto? De momento, los aldeanos seguían mirándola con recelo, pero estaba segura de que, cuando la escuela estuviera terminada, irían allí con sus harapientos hijos ansiosos de aprender.

La segunda noche que pasó sola en su nueva casa, mientras limpiaba alegremente y en el fuego hervía una olla de patatas, le sorprendió un fuerte golpe en la puerta del aula. ¿Quién podría ser? El reverendo Dalton se había despedido de ella hacía menos de media hora y Joseph y Patrick se habían pasado todo el día trabajando a su lado, así que no podían ser ellos. Perpleja, se dirigió a su futura aula y abrió la puerta. En la semioscuridad de fuera distinguió a Jeremiah. Fanny no le había visto nunca tan de cerca, por lo que la contemplación de aquel hombrecillo arrugado, de rostro curtido, le produjo cierto desasosiego.

—Supongo que la gente le habrá dicho quién soy —dijo lacónicamente—. Bien, quiero hablar

con usted.

—¡Oh! ¿Por qué no entra entonces, señor Johnson? Sea bienvenido, aunque me temo que aún no estoy bien preparada para recibir visitas —dijo ella cortésmente, escondiendo el plumero tras la espalda.

Jeremiah entró en el aula a medio terminar. Fanny notó que ni siquiera se quitaba el viejo y estropeado sombrero.

—He venido sólo para decirle, puesto que nadie lo ha hecho, que mi hermano se aparece en esta casa y que, si valora en algo su vida, lo mejor que puede hacer es recoger sus cosas y marcharse. A usted no la quieren en el pueblo y a él no le gustará la idea de que aquí haya una escuela. Era un hombre violento y no tenía buena impresión de la educación.

Fanny hizo esfuerzos para que no se notara su regocijo. Sin embargo, la expresión de los ojos fríos de Jeremiah le quitó el buen humor.

—¿Su hermano es el fantasma?

—Sí, murió mientras dormía; yo estaba en Sidney. Se derrumbó una roca sobre la parte de atrás del hotel. Le he visto muchas veces recorriendo este lugar por la noche y le he oído hablar también. Dice que se vengará de cualquiera que se establezca aquí, que esta casa está maldita. Aquí no puede vivir seguro nadie, salvo el diablo. Usted acabará como María Blackburn. Muerta —se quedó mirando a Fanny—. La prevengo.

Ella mantuvo su mirada sin pestañear. Los ojos de Jeremiah relucían de odio. Se dirigió a la puerta, la abrió y se volvió.

—Morirá. Acuérdesse de mis palabras —dijo, y desapareció en la oscuridad del porche.

Fanny temblaba, muy a su pesar. No es que creyera en el fantasma, pero había algo en la cólera de Jeremiah, en su advertencia, que la asustaba. Barruntaba peligro. Regresó a su diminuto cuarto de estar, dejó el plumero sobre la cama, retiró el agua hirviendo del fuego y se sentó. Apoyó los brazos en la cintura y tensó el estómago.

«Mañana debo ir a ver a los aldeanos», se dijo. «No me he preocupado de ellos, y cuanto antes abra la escuela, mejor para todos. Voy a enterrar ese fantasma de una vez por todas. Demostraré que se trata sólo de una invención de ese viejo».

Al agacharse para desatarse los lazos de las botas, los pensamientos que anidaban en su mente sonaban un poco vacíos.

—ES CIERTO QUE ES EL GANADERO más rico del distrito, Fanny —admitió Joseph mientras la guiaba por la empinada cuesta que había detrás de la escuela, desde donde no tendría problemas para encontrar el camino—, pero no hay hombre más frío en esta región —la previno.

—Pero, Joseph —argumentó Fanny resueltamente—, sus hijos necesitan ahora a alguien y yo necesito alumnos. Así que debo empezar por ahí. No le tengo miedo. ¿Por qué se lo iba a tener?

Así pues, Fanny, que no estaba dispuesta a prestar oídos a los celos de Joseph, tomó el sendero de la colina. Espoleada por las amenazas que había proferido Jeremiah la noche anterior, se dirigió a buen paso por el empinado sendero que, entre malezas, rodeaba la colina hasta el valle

de *Rosewood*. En su mente resonaban las palabras de Joseph, mientras subía entre los matorrales. «Desde luego, él puede pagar generosamente la educación de sus hijos y eso sería un ejemplo para los demás», había admitido. Se sintió más optimista mientras subía animadamente la colina. Estaba decidida a que los tres hijos de Blackburn fueran sus primeros alumnos.

Al cabo de veinte minutos llegó a un letrero de madera pintado a mano que decía *a Rosewood* y dejó el empinado sendero de la colina para tomar un camino polvoriento. Se detuvo y desde aquella altura miró hacia abajo, al valle, donde divisó la elegante mansión, rodeada de matorrales y arbustos rosáceos en pleno florecimiento de principios de noviembre.

—Desde luego es una vista magnífica —dijo suspirando, y se arregló un poco el vestido tras la calurosa y polvorienta caminata, antes de iniciar la bajada al valle para dirigirse a la casa.

El largo camino que llevaba hasta la casa era, en todos sus detalles, tan impresionante como se había imaginado. Los terrenos circundantes estaban más y mejor cultivados que los de las montañas que había alrededor de Moogaloo. Se dirigió al paseo central por un estrecho sendero, lleno de baches y multitud de rodadas que evidenciaban las idas y venidas de visitantes y jornaleros. Unos arbustos, sorprendentemente violáceos, se movían a impulsos de la grata brisa. Jamás había visto antes unas flores iguales. Se detuvo para observar las mariposas y pájaros que revoloteaban por encima de ellos y de los zarzales cuajados de flores de color amarillo oro.

Repetidamente, la acobardó aquella quietud. Su corazón comenzó a latir a ritmo acelerado y se detuvo un momento, con las manos sobre su blusa de raso crema, para recobrar el aliento. Necesitaba tranquilizarse antes de la visita. Comprendió por qué los aldeanos consideraban a Blackburn tan frío y distante. Había algo escalofriante en el ambiente.

Pero Fanny estaba dispuesta a conseguir, por lo menos, diez niños para el primer día de clase. La lista que había hecho de las familias que tenía que visitar era larga y eso suponía tener que andar grandes distancias entre unas casas y otras. Si, tras esta visita, podía comenzar las otras anunciando que los hijos de Blackburn estarían entre sus alumnos, otros padres se animarían. Su superstición disminuiría si veían que Blackburn apoyaba la iniciativa.

«Y así lo haré», se prometió a sí misma mientras hacía decididamente los últimos metros que, tras un recodo, llevaban ante la impresionante galería que daba acceso a la puerta principal. Se acercó a ella; el corazón le latía. Llamó al cristal.

Aunque eran casi las once, pensaba que Blackburn estaría en casa. Pero fue Richard el que acudió a la puerta.

—No está aquí. Se ha ido al campo para inspeccionar el ganado.

—¿Estará fuera todo el día? —preguntó amablemente Fanny.

El chico parecía reticente y suspicaz.

—Probablemente.

—Ya —le miró un momento—. Creo que tú eres el amigo de Patrick McCormack. Me ha hablado de ti. He venido para invitarte a ir a mi nueva escuela. Patrick va a ir —Richard permaneció callado, mirándola, lo que hizo que ella se sintiera incómoda—. Creo que tienes dos hermanas pequeñas. ¿Podría conocerlas? —prosiguió Fanny, sonriendo alentadoramente.

Tras un cortísimo momento de duda, Richard llamó a las dos niñas. Al mismo tiempo, Fanny

miró hacia la ventana. Creyó ver una mano que dejaba caer la cortina de encaje. ¿Estaba observándola alguien? ¿Alguien que no deseaba su visita? Durante un fugaz momento cruzó por su mente la idea de que, después de todo, quizá Henry Blackburn no hubiera ido al campo.

Las dos niñas llegaron casi de inmediato y olvidó su idea. Se acercaron tímidamente, vestidas igual, con unos trajecitos de verano de muselina azul claro y medias blancas; desde luego eran las niñas más elegantes que había visto desde que llegó a Moogaloo. Supuso que habrían estado escuchando desde el vestíbulo. Le hizo gracia la idea. Era infantil. Confió en que, a pesar de la hostilidad del muchacho, eso fuera señal de curiosidad.

Fanny se agachó y les preguntó sus nombres. Las dos contestaron al unísono, en voz baja, casi inaudible. Fanny se echó a reír.

—Y yo soy la señorita Crowe. Soy la nueva maestra de Moogaloo. He venido para invitaros a ir a mi escuela. ¿Iréis? —las niñas se limitaron a mirarla, inquietas, demasiado avergonzadas para decir nada—. Tengo entendido que habláis francés. Yo también. ¿*Coment allez vous?*

—Padre dice que no tenemos nada que ver con usted —interrumpió secamente Richard.

Fanny alzó la cabeza para mirarle, ya que él era más alto que sus hermanas.

—¿Y eso por qué, Richard? ¿Puedo saberlo?

—Dice que usted es peligrosa.

Fanny se incorporó.

—¿Que soy... peligrosa?

Richard no se mordió la lengua.

—A nuestra madre la mataron en ese hotel y padre nos tiene prohibido ir allí. Además dice que a nosotros no nos hace falta su educación inglesa. Él nos enseñará todo lo que necesitamos para vivir aquí, en nuestras tierras.

—Ya veo —dijo Fanny. Aquello resultaba algo inesperado. Ese chico era amigo de Patrick y, aunque le había visto gritándole, nunca se le había ocurrido pensar que fuera tan frío y cerrado como decían que era su padre—. ¿Y tú, Richard? ¿Qué piensas tú? ¿Crees que soy peligrosa?

Él no respondió enseguida, confundido. Ella le preguntaba lo que él pensaba. Él simplemente había repetido lo que su padre le había dicho.

—No es cosa mía, es cosa de mi padre —respondió fríamente—. No creo que deba usted venir más por aquí —dicho esto, pasó los brazos con gesto protector por los hombros de sus hermanas y las condujo dentro.

Fanny se quedó en la puerta, incapaz de retenerlos más, viendo descorazonadamente cómo se retiraban. En el momento en que desaparecían por el frío, oscuro y elegante vestíbulo, Vanessa se volvió vergonzosamente y esbozó una sonrisa imperceptible. Luego desaparecieron los tres, y ella tuvo que reemprender, desilusionada, el camino de vuelta por la ladera de la colina.

La sensación de desesperación de Fanny cuando inició el regreso era abrumadora. Se sentía perpleja y ofendida por lo que le había dicho Richard. ¿Por qué la consideraría peligrosa Blackburn? No podía entenderlo. Anduvo un trecho a buen paso, intentado despreocuparse. Aún tenía que visitar a las otras familias y el día se volvía cada vez más caluroso. No debía perder tiempo, pero aquella visita la había preocupado. ¿Por qué razón le importaba tanto la reacción de

Blackburn? ¿Porque era rico e influyente?

Se dijo a sí misma, mientras se secaba el sudor de la frente, que era porque quería que, a pesar del accidente, sus hijos rompieran el fuego, pues entonces nadie tendría miedo a aquel ridículo fantasma. Se detuvo un momento, jadeando, y abrió el bolso de terciopelo para examinar la lista que había escrito tan animadamente durante el desayuno.

—No me dejaré vencer por él —murmuró con decisión mientras rebuscaba en el bolso—. Me enfrentaré a él directamente. Cuando nos encontremos, verá que no soy ningún peligro. Entonces no tendrá motivos para rechazarme. ¡Es una idea ridícula!

Se sintió mucho más animada por la lógica de su razonamiento, desplegó la lista y leyó el siguiente nombre: «Webster. Una hija. Elsie».

Se recogió la falda color vino y las pesadas enaguas, guardó la lista y emprendió de nuevo el camino, recorriendo a buen paso el empinado sendero de regreso al pueblo. Le quedaban dos millas hasta la siguiente familia. Tendría que darse prisa. El tiempo apremiaba.

AQUELLA MISMA TARDE, la rolliza Liza Roundway estaba ocupada en sus tareas domésticas. Adam no había regresado aún de cuidar las ovejas de Blackburn. Los dos hijos de Liza estaban jugando fuera. En su sencilla casa de madera, Liza preparaba la cena mientras trataba de decidir lo que iba a decir si Adam volvía a sacar a relucir el tema.

—He conocido esta mañana a la nueva maestra —le había dicho durante el almuerzo—. Quiere que los chicos den clase con ella. Dice que pueden ir dentro de una semana. Le dije que sería estupendo.

Liza se sorprendió bastante, pero no dijo nada. Se guardó su opinión y decidió pensar en ello. No quería que Adam se enfadara. La verdad es que no se enfadaba nunca por nada.

Liza se pasó la tarde preguntándose por qué querría Adam que fueran a la escuela, especialmente al antiguo hotel. ¿No podían aprender todo lo que quisiesen sin ir a clase? ¿No se habían labrado ella y Adam una vida, modesta pero, sin embargo, cristiana, sin necesidad de clases? Por la mañana había visto a Fanny. Mientras limpiaba en casa de los Blackburn, oyó a los niños hablando con alguien en la puerta. Corrió un poco la cortina y vio que era la nueva maestra. En su opinión parecía una mujer engreída. ¿Para qué necesitaban en el pueblo una mujer así?

Al mediodía había estado en el antiguo hotel, para ver exactamente lo que habían hecho. Fue al almacén y miró desde allí. Vio que Joseph y Patrick fijaban unas traviesas en el tejado y que el viejo Jeremiah daba vueltas por allí, refunfuñando. No le gustaba Jeremiah. Le producía escalofríos. Tuvo que admitir que el viejo edificio estaba bastante transformado y tenía mejor aspecto. Pero eso no importaba. Estaban perdiendo el tiempo. No iría nadie a la escuela. Y menos que nadie, sus hijos. Estaba decidida. Se lo diría a Adam en cuanto llegara. No iba a permitir que sus hijos arriesgaran la vida en aquel lugar maldito, a cambio de un poco de educación. «¡Educación engañosa!», pensó, quemándose la lengua con la sopa hirviente.

Nada más probar la sopa, el ruido del picaporte de la puerta rompió el hilo de sus pensamientos. Era Adam. No dijo nada. Se dirigió a la jarra de agua, se quitó la desgarrada camisa

y permaneció en silencio mientras se lavaba.

«Parece cansado y fatigado», pensó Liza para sí. La vida no era fácil para ellos, allá en las montañas. «No mejor que en Inglaterra», concluyó, no sin cierta amargura.

Permaneció junto al fuego, removiendo la sopa y mirando a su marido por el rabillo del ojo. Siguieron sin hablar, no por ningún motivo concreto, sino porque estaban ocupados en sus propios pensamientos. Cuando juzgó que su marido y la sopa estaban preparados, se acercó a la puerta y llamó a sus hijos.

—Ya está bien por ahora. Venid y sentaos —sin esperar su respuesta, regresó para llenar los platos.

—El pan está caliente —dijo Adam, partiendo un trozo—. Está recién hecho, ¿no?

—Sí, y la sopa —contestó ella, llevando los platos a la mesa.

Los dos hijos, de piel paliducha, cambiaron totalmente. De dos criaturas vivas que gritaban y jugaban, se transformaron en ratones silenciosos. Comieron vorazmente, dando cuenta de la comida sin un murmullo.

—Cuida tus modales, Tom —dijo su madre, que venía de la cocina y se sentó con su familia.

Ésa era la única comida que hacían juntos y habían empezado sin esperarla. La comida desaparecía tan pronto como llegaban los platos a la mesa. Sin formalidades, sin plegarias de acción de gracias, excepto los domingos. No hablaban, salvo para pedir otro plato. Cuando se acababa su sencilla y frugal comida, cada uno volvía a sus ocupaciones.

Aquella tarde, tras dar cuenta de la sopa de conejo y del pan, los chicos volvieron a salir al exterior. Adam se sentó cómodamente en su mecedora de madera, junto al fuego. A pesar del cercano verano, el aire vespertino de la montaña obligaba a los aldeanos a calentar sus casas de madera con el fuego del hogar. Contempló silenciosamente las llamas mientras llenaba su pipa de barro. Luego, la encendió y aspiró profundamente. Liza trajinaba con los platos sucios.

—Esa joven maestra estuvo esta mañana en casa de los Blackburn.

—¡Ah, ya!

—Parecía una verdadera señorita inglesa. A los tres chicos no les gustó mucho. La despidieron enseguida. Blackburn les dijo que lo hicieran.

Adam seguía mirando los colores vacilantes de las llamas y dio otra chupada a su pipa.

—No sé por qué pierdes el tiempo de esa forma. Ya te dije que no te agradecería tus desvelos. Harías mejor en ocuparte de tus propios asuntos —se calló, pensativo, fumando la pipa.

Liza se volvió para mirarle.

—No permitiré que nuestros hijos vayan a ese viejo hotel, Adam. María está muerta. Ésa es la mejor prueba de que el demonio está allí. Esa mujer no nos va a traer nada bueno. Dicen que es una bruja. ¿Y qué nos importa a nosotros la educación? Tendré a los chicos conmigo hasta que tengan edad de trabajar. ¡Leer y escribir! Eso no sirve para nada.

—Yo no veo diferencia entre leer y escribir y mezclarse con los Blackburn. Pensé que les sería útil, que sería beneficioso para los chicos.

—¿Y en qué va a ser bueno para ellos? ¡En meterles ideas fantásticas en la cabeza! ¡Para acabar en Sidney! No, se quedarán aquí —respiró profundamente y volvió a sus platos. Hubo un

gran silencio entre ellos, perdidos ambos de nuevo en sus diferentes mundos.

—Si eso es lo que quieres, que sea así, Liza —concedió Adam.

Liza, viéndole calmado, se trasladó al otro lado del fuego. Cogió la costura y se puso a reparar la ropa de la familia, satisfecha. Sabía que lo había derrotado. Se había salido con la suya. Cogió la camisa desgarrada y se puso a coserla.

—Aunque me parece estúpido llamarla bruja —comentó Adam contemporizadamente.



EL primer día de funcionamiento de la escuela de Fanny era lunes. Después de cinco semanas, había llegado el día por el que había suspirado y por el que había estado trabajando. Hizo su cama, apartó la olla del fuego y cruzó la puerta que la separaba de su elegante aula. Se sentía nerviosa y excitada. Se detuvo un momento en la puerta para contemplar orgullosamente la habitación. Había sufrido una transformación completa. Ya no era un bar en desuso, de olor acre, lleno de botellas rotas, ratas, arañas, tarimas podridas y hierbajos. Ahora, tenía ante ella un aula aseada, que olía a madera, a papel y a barniz. Pupitres de madera, fabricados toscamente a partir de cajas desechadas y clavados unos a otros, ocupaban lo que antes había sido el bar; los libros de texto se alineaban en baldas que originalmente habían contenido botellas llenas de telarañas, y sus lecciones del primer día, amorosamente preparadas, reposaban en el mostrador que le servía de mesa.

—La señora Trippery se sentiría orgullosa de verme esta mañana —se dijo en un arrebatado de entusiasmo—. ¿Y tía Alice? —durante las últimas e interminables semanas, no había tenido un solo pensamiento para ella. Esa noche le escribiría, contándole su buena suerte—. ¿Cómo me lo va a reprochar? Se sentirá orgullosa de mi decisión y de que tengo mi propia escuela. ¡Y hoy es la grandiosa inauguración!

No tenía ni idea de quién vendría. No se atrevía a pensar que el aula podría llenarse, aunque la escuela ya era bien conocida en la comunidad y en los alrededores. Hasta el atento reverendo Dalton lo había anunciado en la iglesia los dos últimos domingos.

Durante unos instantes anduvo entre los pupitres y los bancos, con arreglos de última hora. Cuando no se le ocurrió ninguna otra cosa con la que matar el tiempo, se sentó en su mesa a esperar impacientemente la llegada de los primeros alumnos. Comprendió que necesitaba unos minutos para que se calmara su palpitante corazón. Ocupó el tiempo pensando quién sería el primero en llegar.

¿Richard Blackburn? Puede que hubiera convencido a su padre. Se imaginó al muchacho, acompañado de sus hermanas. ¡Qué calurosamente los iba a recibir!

Por un instante se reprochó no haber ido a ver al propio Blackburn. Reconoció que el encuentro con su hijo la había vuelto un poco precavida. Joseph había aplacado sus dudas, pues le había dicho que Blackburn, de querer ceder, lo haría por sí mismo.

—De nada servirá lo que hagas o digas, Fanny; puedes estar segura.

Eso había tranquilizado un poco su sentimiento de culpabilidad, le había hecho olvidar su lacerante preocupación.

Unos días después, cuando volvió a inquietarle el tema, Joseph la tranquilizó de nuevo.

—Nadie puede hacerle cambiar de idea, Fanny. Sus decisiones se basan en su forma de ser, que es fría. Proviene de una familia escocesa acomodada. Posee la mayor parte de los terrenos de estos alrededores, emplea a la mayor parte del pueblo, pero, que yo sepa, no es amigo de nadie. Es demasiado introvertido, y desde que murió María es peor. La adoraba. Era la única con la que podía discutir, la única que le entendía. Construyeron esa gran casa hace más de ocho años, cuando yo llegué aquí. Creo que, a su manera, se ocupa de esos niños; pero lo mejor que puedes hacer es dejarle que se convenza por sí mismo. A su debido tiempo vendrá a ti. Nadie confía en los demás, especialmente si son extranjeros. Tampoco aprecian a los ingleses.

Esto acabó de decidir a Fanny. Ocuparía su tiempo preparando la escuela y visitando a las familias de los alrededores del valle. Dejaría a los Blackburn a su suerte, y los lugareños, aún recelosos de ella, oirían hablar de la escuela en la iglesia.

«¡Querido Joseph!», pensó Fanny, con la cara entre las manos y latiéndole ilusionadamente el corazón. «¿Qué hubiera hecho sin él?». Mientras se hacía esta pregunta, se levantó el picaporte de la puerta. Fanny se incorporó de su silla, incapaz de contener la excitación.

—¡Oh, Patrick, eres tú! —dijo con voz débil—. Creí que quizá fuera un alumno —añadió, sin preocuparse por disimular la desilusión.

—Pero yo soy un alumno, Fanny. Le prometí que yo sería su primer alumno. Y aquí estoy. ¿Quiere que me siente o prefiere que me quede de pie hasta que lleguen los demás? —el muchacho irlandés dio unos pasos y se apoyó displicentemente en la mesa de Fanny.

—¡Por supuesto que no! —dijo Fanny, un poco indignada—. Ahora no estamos trabajando. Debes sentarte en tu sitio. Y debes llamarme señorita Crowe. Otra cosa, Patrick, no es necesario que lleves la gorra en clase.

Un poco sorprendido, Patrick se quitó la gorra y se dirigió a los bancos de los alumnos. ¿Había sido realmente ayer cuando él y Fanny se habían reído al intentar ella levantar los pupitres, insistiendo en que podía valerse sin su ayuda?

—Eh... lo siento, Fanny; quiero decir, señorita Crowe... ¿Quiere que me siente en algún sitio en especial?

—Tienes que tomarte esto en serio, Patrick. Puedes sentarte donde quieras, pero acuérdate del pupitre que es, porque ése será tu sitio todos los días.

Patrick se sentó en el asiento más cercano. Se pasó la mano por el pelo y se quedó mirando por la ventana, sin atreverse a enfrentarse de nuevo a Fanny. Deseaba impacientemente que llegaran los demás. No había ido nunca a la escuela y no tenía la más mínima idea de cómo debía comportarse. Jamás se le habría ocurrido que Fanny quisiera que la llamara señorita Crowe. «Espero que venga Richard», pensó, con la vista fija en la ventana. Sus ojos escrutaron la calle principal. Salvo algún que otro carromato y algún trabajador que se dirigía a sus ocupaciones, no pasaba nadie.

En la gran habitación había un silencio opresivo. Profesora y alumno estaban sentados, sin mirarse la una al otro, ni aceptar la desagradable realidad que empezaba a hacerse patente: nadie más iba a ir a la escuela.

ESA MISMA TARDE, Vanessa y Clarissa se dirigieron al valle inferior, camino de los terrenos donde habían estado trabajando todo el día su padre y su hermano. Se cruzaron con Adam Roundway, que llevaba un caballo de tiro de regreso al establo. Las saludó con la cabeza y siguió su camino hacia *Rosewood*. El final de otro día agotador. Blackburn había dado órdenes de talar una zona de bosque para alojar el ganado, siempre en aumento. Era también la época en que parían las ovejas. Por eso, mientras las niñas caminaban bajo el sol de la tarde, pasaron a su lado trabajadores cansados, unos llevando herramientas, otros fumando relajadamente, unos solitarios y en silencio y otros en grupos, charlando y bromeando.

Los hombres estaban cansados a causa del excesivo trabajo, y las niñas, apáticas por el aburrimiento. Desde la muerte de su madre, unas semanas antes, se habían sentido solas muy a menudo. De vez en cuando realizaban pequeñas tareas en la casa, después del desayuno. Pero eso no les producía la menor diversión. Además, Liza Roundway había dejado bien claro que si se tomaba la molestia de ir a su casa, prefería hacer las cosas a su manera. Cada día se hacía más evidente que el dolor íntimo que sentía Henry y las responsabilidades de su trabajo no le dejaban tiempo para ocuparse de sus hijas. Por las noches esperaban impacientemente su regreso, para desilusionarse después cuando, al terminar la cena, desaparecía en su despacho para seguir trabajando.

Aquella tarde, con las azuladas jacarandas y las perfumadas madreselvas en flor, los pájaros campaneros cantando y los periquitos chillando, caminaban despreocupadamente por los senderos polvorientos. De vez en cuando se detenían para arrancar una hoja en la que se había posado un escarabajo diminuto o un insecto desconocido, la sujetaban y observaban interesadas.

—Clarissa —dijo Vanessa mientras se inclinaba para observar una lagartija que acababa de descubrir.

—Hum —murmuró su hermana menor, incómoda y al mismo tiempo subyugada por el contoneante animal que tenía ante sí.

—Mañana por la mañana voy a ir a ver a la señorita Crowe. ¿Vendrás conmigo?

Clarissa dejó caer el palo con el que había estado aguijoneando a la lagartija. Se incorporó lentamente y mostró su extrema sorpresa. ¿Se atrevería Vanessa a desobedecer las estrictas órdenes de su padre?

—Sabes muy bien lo que ha dicho padre. La señorita Crowe es horrible. Y vive con el fantasma que mató a madre. No puedes ir.

—Escúchame, Clarissa —Vanessa adoptó un tono de sinceridad—. No me importa lo que diga padre —esta declaración provocó una mirada de horror en el rostro de su preciosa hermana—. Quiero hablar con ella —terca e impetuosa, Vanessa se envalentonó y prosiguió con la pasión de quien ha estado ocultando algo—: Yo quiero ir a la escuela, Clarissa. ¡Estoy harta de esto! Quiero aprender cosas nuevas. No creo que madre nos lo hubiera prohibido. Ella nos daba clases. Fue a esa casa. Estoy segura de que le habría encantado que fuéramos a la escuela.

Hizo una pausa, aliviada por haber dicho lo que pensaba. Clarissa, la más tranquila y obediente

de las dos, miró el rostro resuelto de su hermana y observó que una gran lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Yo no voy. No quiero desobedecer a padre. ¡No vayas, Vanessa, por favor! Conseguirás que se disguste más de lo que está.

—Entonces, iré yo sola. Lo he pensado y voy a ir por la mañana, después del desayuno, cuando padre se vaya a trabajar con Richard. Voy a ir para pedirle que me ayude con el francés y la lectura. Voy a decirle que le pida a padre que nos deje ir a la escuela. ¿Por qué no vamos a ir? La muerte de madre no es culpa de ella —Vanessa se dio la vuelta. Su hermana miró cómo se alejaba.

Clarissa se sentía apenada. Siempre habían sido inseparables. ¿Iba a dejar que Vanessa fuera sin ella? Si Vanessa se pasaba el día en la escuela, ¿qué iba a hacer ella? ¿No estaba ya bastante sola? Quizá no habría peligro si su padre no se enteraba.

En su ciego aturdimiento, Clarissa no veía otra alternativa. «Si no me gusta, si de verdad es una malvada, no volveré a ir a verla».

—¡Espera, Vanessa, espera! Iré contigo. Con una condición: que no se lo digamos a nadie, ni siquiera a Richard. Lo diría.

Vanessa se volvió a su hermana.

—¡Claro que sí, tonta!

Mientras hablaba, vio que Clarissa agitaba la mano frenéticamente. Se volvió y divisó la imagen familiar de su padre y su hermano que regresaban a casa en el carromato. Las dos niñas corrieron alegremente en su dirección. El día había terminado. Se sintieron felices ante la perspectiva de pasar la tarde juntos en familia.

JOSEPH LLAMÓ SUAVEMENTE al cristal de la ventana y aguardó a que Fanny contestara. Transcurrieron unos instantes antes de que ella acudiera a la puerta. Joseph aprovechó ese tiempo para arreglar el tosco ramo de flores mustias que sujetaba con su fuerte mano y apartar su desordenado pelo rubio del cuello de su camisa limpia. Finalmente, Fanny abrió. Joseph observó restos de lágrimas en sus bonitos ojos castaños leonados. Le alargó el ramo de hojas de eucalipto, penachos rosados, pimpollos de pino y flores silvestres que había recogido a primera hora de la tarde, disfrutando del perfume que despedían.

—Te he traído esto. Las recogí en la ladera de la colina por la que paseamos el domingo por la tarde. Pensé que sus colores animarían tu clase.

—¡La clase! —se lamentó Fanny—. No tengo escuela. ¡La voy a cerrar! —volvió a entrar en la casa y Joseph la siguió.

—Fanny Crowe, no quiero oír nada de eso. ¿Me oyes? Una mujer fuerte y valiente como tú, derrumbada sin motivo alguno. Claro que tienes una escuela, una preciosa escuela nueva. Y también tienes a tu primer alumno. ¿O es que eres tan importante y engreída como para no contar con Pat?

—¡Oh, no! ¡Claro que no! Es que esperaba tener más de un alumno. Temía que no vinieran algunos, Joseph; pero es que no ha venido ninguno. ¡Ni uno solo!

—Así pues, la batalla es más dura de lo que esperabas —vio que Fanny dejaba distraídamente las flores sobre la mesa—. ¿Me he pasado tantos días transportando maderas para ayudarte a reconstruir este maldito lugar sólo para que te rindas al primer contratiempo? ¿Dónde está tu empuje, Fanny? —Fanny bajó la cabeza. Se sentía avergonzada, comprendía que el tosco carpintero tenía razón—. Escuche, señorita —dijo avanzando hacia ella—, quiero que mi hermano sepa leer y escribir y que aprenda cosas que yo no tuve la oportunidad de aprender. Ahí tienes un motivo para abrir la escuela. Lucharemos por los otros. Y tendremos que luchar, Fanny. Sabes que estoy a tu lado. Ahora, pon las flores en agua y vete a dormir. Patrick estará aquí mañana temprano y él espera que tú estés aquí también. También yo, Fanny —se encaminó a la puerta y se volvió hacia la joven; le lanzó una sonrisa abierta y cordial y dijo—: Buenas noches, señorita Crowe.

Fanny se fue al dormitorio, pero no siguió inmediatamente el consejo de Joseph. Puso las flores en agua y las colocó amorosamente sobre su mesa del aula. Antes de acostarse se dio cuenta de que no podría dormir. Se tumbó en la cama, se cubrió los pies con una manta e intentó leer *Moby Dick* a la débil luz de la lámpara de petróleo que tenía junto a la cama. No se movía nada, excepto una polilla que volaba silenciosamente, atraída por la luz. Al rato, comenzó a adormilarse.

De repente la sobresaltó un estrépito de vidrios rotos y de algo pesado que golpeaba el suelo. Corrió descalza hasta la vacía y oscura aula y vio, a la luz de la luna, las flores de Joseph en medio de un charco de agua y vidrios rotos por el suelo, cerca de la mesa. Al lado había una piedra que, evidentemente, había sido arrojada a través de la ventana. Se acercó y se agachó para recoger las magulladas y empapadas flores. Al hacerlo, vio que la piedra estaba envuelta en un trozo de papel amarillento y arrugado. Lo cogió rápidamente. Había algo escrito en él que no pudo descifrar en la oscuridad. Llevó el mojado mensaje junto a la lámpara del dormitorio y, con manos temblorosas, leyó lo que decía: *Váyase ahora... Está usted en terreno peligroso... Un amigo sincero.*

¡Y tan sincero! ¡Alguien en Moogaloo sabía escribir! Fanny, enfadada, estrujó el mensaje entre sus manos y lo arrojó al fuego. Regresó resueltamente al aula, cogió un trapo de la pizarra para secar el suelo y llevó amorosamente las valiosas flores a su habitación. Decidió que el vaso roto podía aguardar hasta la mañana siguiente. Ahora tenía que dormir. Retiró la colcha de ganchillo y se metió dentro de su acogedora cama. Había sido un día duro. Al extender el brazo para apagar la lámpara, vio las flores. Estaban en agua otra vez. Se detuvo antes de alcanzar la lámpara y murmuró una promesa:

—Sí, Joseph, lucharemos por los otros —tras eso apagó la lámpara y se dispuso a dormir.

FANNY andaba rápida y decididamente por los caminos polvorientos surcados de rodadas. No tenía tiempo que perder. Si no estaba de vuelta a las nueve para iniciar las clases, Joseph y Patrick creerían que había renunciado de verdad. Puede que hubiera incluso más alumnos esperándola, pero se prohibió el lujo de permitirse tan halagadora perspectiva. Las dos chicas Blackburn iban apresuradamente delante de ella, corriendo más que andando, impacientes por llevarla junto a su padre. Miraban de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que las seguía. Ella veía sus caras ansiosas y bonitas mientras le indicaban el camino.

Esa mañana temprano, poco después de las siete, Fanny encontró a las niñas esperándola en el porche.

—Por favor, convenza a nuestro padre de que nos deje venir a la escuela —le suplicó Vanessa.

Fanny dejó inmediatamente el cubo que llevaba y les pidió que le indicaran el camino. ¿Cómo iba a negarse a su sincero ruego, a pesar de las advertencias de Joseph? «He de darme prisa», pensó. «Tengo que estar de vuelta a la hora de abrir la escuela».

El sol estaba subiendo y Fanny cayó en la cuenta de lo poco preparada que estaba físicamente para aquella dura vida rural. Llegaron finalmente a lo alto de la colina y, al mirar hacia abajo, al gran valle que se extendía a sus pies, vio el carromato de Blackburn, vacío. Más allá, en el sembrado, divisó al propio Blackburn. Se movía despacio entre sus peones y las ovejas. Un poco más allá, su hijo Richard hacía lo mismo. Las dos niñas, que se habían detenido un momento para tomar aliento, se colocaron jadeando una a cada lado de ella.

—¡De acuerdo, jovencitas, vayamos! —Fanny descendió a grandes pasos, como una amazona, hacia el confiado Blackburn, que continuaba trabajando, ajeno al trío que se acercaba. «Que Dios me ayude», murmuró para sí, asustada de repente de tener que enfrentarse a aquel hombre. Las dos niñas se resistían ahora a ir delante de Fanny.

—¡Señor Blackburn! —dijo Fanny decididamente mientras seguía andando. El nombre resonó por el valle, mezclándose con el incesante balido de las ovejas, que la habían obligado a forzar la voz. Varios peones hicieron una pausa en su trabajo para mirar al grupo que se aproximaba. Aprovecharon la oportunidad para descansar un momento, y luego continuaron indiferentemente su trabajo. Algunos de los que estaban más cerca la reconocieron. Fueron los más remisos a reanudar la labor. Se cruzaron miradas entre ellos y se transmitieron en silencio sus pensamientos, disfrutando al adivinar el problema que se avecinaba.

Fanny agitó su pañuelo blanco de encaje, que había usado para secarse el ardiente y húmedo

rostro. Al oír su nombre, Henry se volvió y miró hacia la colina. Se quitó el gran sombrero negro y se limpió la frente con la manga. Fanny notó la sorpresa que le producía su llegada. Se volvió a calar lentamente el sombrero y, tras un momento de duda, dio uno o dos pasos en su dirección.

—Señor Blackburn —Fanny estaba ya a su altura.

—Señorita Crowe. La maestra, supongo.

Fanny percibió el sarcasmo en su acento escocés y prefirió ignorarlo. Le miró al rostro, de cutis pálido y ojos de color gris oscuro.

—Como ve, señor Blackburn, sus hijas vienen conmigo. Estoy aquí para convencerle de que las deje ir a mi escuela. Sé lo que usted les ha dicho y lo que piensa. Sin embargo, tienen interés en aprender. Ya que su esposa ha muerto... —hizo una breve pausa. No quería parecer indiferente ante los sentimientos del hombre—. Ya que María ha muerto, debe comprender, señor Blackburn, que la situación es difícil para estas dos niñas. Usted está todo el día fuera con Richard, y las pobrecillas están solas...





—No están solas. Liza Roundway, una respetable señora del pueblo, se ha ofrecido muy amablemente a dedicarle a mis hijas una o dos horas de su tiempo cada día.

El tono de voz de Blackburn hirió el apasionado razonamiento de Fanny. Joseph estaba en lo cierto cuando dijo que era de carácter frío. Recordó la advertencia del irlandés. Comprendió que Blackburn podía hacer trizas cualquiera de sus ilusiones.

—Señor Blackburn, deme una oportunidad, por favor. Sé que la señora Roundway se ocupa de ellas. Pero es una mujer sin educación. Según tengo entendido, su esposa era una mujer de gran sensibilidad. Seguramente no querrá usted que esas dos niñas olviden lo que les enseñó María. Cuando hablamos esta mañana, Vanessa me explicó algunas de las cosas que habían aprendido de su madre. Creo que sus conocimientos son bastante avanzados. Se lo ruego, no por mí ni por mi escuela, sino por esas niñas. Por favor, no les niegue la oportunidad de convertirse en mujeres bien educadas.

Fanny esperó la respuesta. Él no dijo nada y se limitó a lanzarle una mirada furiosa antes de mirar a sus hijas. Éstas estaban ligeramente detrás de Fanny, como buscando la protección de su larga falda.

—Señor Blackburn, estoy capacitada para enseñar música y francés. No debe desperdiciarse lo que esas niñas han aprendido hasta ahora —no se le ocurría nada más que decir. Su valor comenzaba a flaquear.

—Volved a casa. Hablaré con vosotras más tarde —su acento escocés era marcado y autoritario. Las dos atemorizadas niñas se dieron la vuelta y corrieron hacia lo alto de la colina. Temían que las castigara por lo que habían hecho—. ¡Richard! —gritó Blackburn. El muchacho, atareado con los corderillos recién nacidos, obedeció inmediatamente.

—¿Sí, padre? —dijo, corriendo a su lado.

—Quiero que me digas si alguna vez ves a tus hermanas con esta mujer o si se atreve a ir a nuestra casa. ¿Entendido?

—Sí, padre.

Fanny se sulfuró.

—Es usted un hombre cruel e insensible, señor Blackburn. No tiene derecho a anteponer su pena y sus prejuicios a las oportunidades que la vida ofrece a sus hijas. Y tampoco tiene derecho a alentar a este chico a que las espíe y vaya contándole historias.

Richard, que había regresado junto a las ovejas, se volvió para escuchar.

—¿Qué le hace suponer, señorita Crowe, que usted, con su moral y su presunción inglesa, puede ofrecerles algo mejor? Eso no va con nosotros. Vuélvase al lugar de donde ha venido. Si puede sobrevivir en esa maléfica casa donde mataron a mi mujer, es que usted también lo es —dicho esto, se volvió y se alejó de Fanny. Richard se ocultó de la vista de su padre, aunque deseaba quedarse para escuchar a aquella mujer que le hablaba tan valiente y en tono de desafío.

—Señor Blackburn —dijo ella, elevando la voz—, antepone usted sus ideas confusas y supersticiosas. Lo más grave es que permite que esas ideas perjudiquen a sus hijos. No tiene derecho a eso... Soy inglesa, de acuerdo, y puede que mis preceptos morales sean diferentes. Yo no lo creo así. Pero es todo lo que tengo y lucharé contra usted. Créame, señor Blackburn, está

usted equivocado.

Fanny, con la cara encendida de rabia, dio la vuelta y se dirigió hacia la colina. El corazón le latía con tal fuerza que no se explicaba lo que había hecho. ¿Haría caso de sus palabras o reforzaría su inflexible resistencia? Se detuvo a tomar aliento en la cumbre de la colina y se giró una vez más para mirar hacia el valle. Blackburn, que había estado observándola, se dio la vuelta rápidamente y se dirigió hacia sus peones. Fanny respiró profundamente y comenzó a descender la otra ladera de la colina.

¡Patrick! ¡Se había olvidado de Patrick! No podía llegar tarde. Tampoco deseaba hacerlo. Ya era hora de abrir la escuela.

Patrick la estaba esperando en el porche. A su lado había una niña rubia. Se levantó cuando llegó Fanny, acalorada y llena de polvo.

—Siento llegar tarde —dijo.

—Le he traído una alumna, Fanny. Se llama Mary Rowe. Vive un poco lejos del pueblo, por lo que no vendrá todos los días; pero lo hará cuando pueda. ¿No es verdad, Mary?

Fanny sonrió mirando a la vergonzosa e inocente niña, que llevaba un vestido harapiento, pequeño para su talla.

—Hola Mary. Bienvenida a la escuela.

Mary se encogió azarada y se rascó la nariz.

ESA MISMA TARDE, Vanessa se dirigió de nuevo desde *Rosewood* a Moogaloo. No iba a desanimarse. Había esperado a que Liza se fuera de la casa y luego salió. Al llegar al pueblo, se dirigió directamente al porche de Fanny y llamó con precaución a la puerta del aula. Aguardó a que contestara Fanny. Deseaba que estuviese. Aún hacía mucho calor y el pueblo estaba desierto.

—¡Vanessa! —exclamó sorprendida Fanny al abrir la puerta—. ¿Qué diablos haces aquí?

—No me importa lo que diga padre. Estoy harta. Nos pasamos todo el día solas en casa y quiero venir a la escuela. ¿Querría darnos clases en secreto? No me da miedo venir aquí. Mi madre lo hacía y yo no creo en estúpidos fantasmas.

—Vanessa, ¿te das cuenta de lo que me pides? Desobedeceríamos a tu padre.

—Pero yo quiero aprender, señorita Crowe. Por favor, denos clases.

Fanny suspiró y miró a la turbada niña.

—Está bien. Si de verdad sabes lo que quieres, conozco un sitio donde no nos molestarán —contestó la maestra, aún recelosa.

A pesar de todo lo que había dicho Blackburn, o quizá a causa de ello, accedió a dar clases a las niñas en secreto, tres tardes a la semana, después de la escuela.

La tarde siguiente, mientras se dirigían hacia la fresca y sombreada hondonada cubierta de enormes helechos, reinaba cierto nerviosismo entre ellas.

—Espero que nadie nos vea —dijo Vanessa, andando junto a Fanny, un poco delante de Clarissa—. Anoche padre estaba muy enfadado. Pero, es injusto. No tenemos a nadie con quien hablar.

Clarissa, más reacia, iba rezagada. Se sentía muy molesta con aquel engaño. ¿No les había gritado ya bastante su padre la noche anterior? No se explicaba por qué seguía Vanessa con aquel antojo. Miraba a su hermana, que hablaba alegremente con Fanny mientras se dirigían por el sendero de la montaña.

La hondonada era, efectivamente, tan bonita y escondida como les había prometido Fanny. Las niñas se sentaron con su nueva profesora a la sombra de unos frondosos helechos. Fanny se sentía muy animada. Esa iba a ser su primera clase de francés desde que abandonó Inglaterra. Sacó de su bolso los libros de texto. Había notado que Vanessa estaba deseosa de aprender, pero Clarissa se mostraba algo reacia. Vio que la menor se reclinaba sobre el elevado tronco del helecho, con la mejilla apoyada en la suave corteza. La niña era reservada, incluso introvertida. «Probablemente siente miedo de su padre», dedujo Fanny. Procuró que eso no la inquietara. «Espero ganarme su confianza», pensó. Le preocupaba un poco que los sentimientos de la niña pudieran traicionar su complicidad.

—Veamos lo que habéis aprendido hasta ahora.

—Yo sé que pluma se dice *le plume* —respondió animadamente Vanessa. Clarissa se volvió hacia su hermana. Vio el entusiasmo con que participaba.

—*La*, no *le*. ¿Sabíais que todos los nombres en francés pertenecen a algún género?

—Yo sé cantar en francés, señorita Crowe —Clarissa se decidió por fin a hablar. Y se puso a tararear orgullosamente *La Marsellesa*.

—Tararear no es francés, jovencita. Creo que lo mejor es que empecemos con la primera lección.

Fanny, muy entretenida, cogió su libro de gramática para principiantes. Las tres se sentaron juntas, inclinadas atentamente sobre el libro, rodeadas del perfume de la montaña. Un fresco riachuelo corría cantarín cerca de ellas.

Desde detrás de un enorme peñasco, situado por encima de ellas, Richard observaba a sus hermanas y a la maestra. Aunque no alcanzaba a oír lo que decían, vio que se reían. Fanny debía de estar leyendo algo. Parecían disfrutar enormemente. Siguió observándolas un rato. Se preguntaba qué les estaría contando. Sentía curiosidad por saber de qué se reían.

De repente cayó en la cuenta de que se le había pasado el tiempo sin sentirlo. «Deben de haber pasado varias horas desde que padre me envió al almacén del pueblo. Ahora tendré problemas y me ganaré otra bronca por perder el tiempo —se puso de pie y se sacudió el polvo y las hojas adheridas al pantalón—. Le diré a padre lo que he visto; eso le calmará. O quizá espere, para que esté de buen humor lo que queda de tarde. Y se lo contaré en el carromato, cuando vayamos de regreso a casa».

Richard descendió de su lugar de observación e inició el regreso por el sendero. Unas horas antes, había tenido una discusión con Patrick. Eso le había dejado una sensación molesta y triste. Enfadado, dio un puntapié al polvo del sendero. Estaba hasta la coronilla de todo aquello. Patrick había sido siempre su mejor amigo. Habían pasado juntos gran parte del tiempo. Patrick, dos años mayor que él y el más osado de la pareja, había sido un espléndido maestro, así como una buena excusa para que le dejaran realizar acciones arriesgadas.

Mientras regresaba, arrastrando los pies y sabiendo que debía apresurarse, recordó la vez que habían ido a cazar juntos. Patrick le había salvado la vida...

«¡Demonios, casi me ahoga aquella serpiente! ¡Creí que la había matado!». Recordaba haberse colocado al cuello el animal muerto para llevarlo triunfalmente a casa cuando, de repente, comenzó a moverse, enroscándose cada vez con más fuerza alrededor de su cuello. Estaba sofocado y no podía gritar. Patrick se dio cuenta de lo que sucedía y corrió a ayudarlo. Finalmente, mientras Richard hacía esfuerzos por respirar, Patrick desenroscó el animal y lo mató de un tiro. Desde luego, le había salvado la vida...

¿Por qué eran enemigos ahora? Durante las últimas semanas se habían mantenido alejados uno del otro. Desde que se reconstruyó el maldito hotel. Lo peor de todo había ocurrido esa tarde en el almacén general. Richard lamentaba su comportamiento. No quería pelearse con Pat. Si su padre no le hubiera mandado hacer aquellos estúpidos encargos, no habría sucedido nada. No se explicaba por qué se había puesto de parte de aquellos chicos. Ni siquiera le caían bien. Había llegado al pueblo después de almorzar y los vio insultando a Patrick, llamándole traidor por ir a la escuela. Los observó un rato y luego se unió a ellos para molestar a Pat. ¿Por qué tuvo que insultarle también? Ahora pensaba que no había deseado hacerlo. El chico irlandés había permanecido callado hasta que vio que Richard se unía al grupo. Entonces, saltó, agarró bruscamente a Richard y lo arrojó a la calle polvorienta. Empezaron a pelearse y a insultarse mutuamente. La mayoría de los otros chicos se apartaron. Aquello se convirtió en una pelea entre los dos.

Patrick le llamó gallina. Eso le dolió.

—¡Tú sólo vas a la escuela porque te obliga tu hermano! —le gritó él—. ¡Esa mujer que vive allí es un demonio!

—¡Sí, es una bruja! —gritaron los otros chicos, burlándose de Patrick.

—¡Tú no eres más que un cobarde! ¡Eres débil! —le contestó Pat—. ¡No haces más que lo que te dice tu padre! ¡Nunca decides por ti mismo!

Eso también le dolió. Se sintió demasiado dolido para decir nada. «Quizá sea un cobarde», pensó ahora.

Recordó que, luego, su amigo le había lanzado contra el porche de madera del almacén y había caído de bruces. Se había lastimado y le empezó a sangrar la nariz, pero Pat se fue. Los otros se burlaron de la derrota de Richard. Se levantó y entró en el almacén para recoger las provisiones. Se sentía dolorido por la paliza y mortificado por la humillación.

Ahora se apresuraba por el sendero camino de las tierras, donde su padre le estaría aguardando inquieto. Empezaba a caer la tarde y corrió nerviosamente, resoplando y jadeando, los últimos y agotadores metros.

—¡Cielos, estará furioso! —gimió el muchacho, y se reprendió a sí mismo por la tarde desperdiciada. Con pavor, vio al primer grupo de peones que iniciaba su cansado viaje de regreso a casa.

—Tu padre te está esperando, Richard —le gritó un muchacho desaliñado al cruzarse con él.

Richard comenzó a correr aún más rápidamente hasta que vio acercarse el temido carromato.

Automáticamente, redujo el ritmo. Prefirió aguardar donde estaba, con el fin de tener un poco de tiempo para aclarar su mente y pensar una excusa. El carromato se aproximó. Henry, al ver a su hijo parado en el camino, tiró de las riendas.

—¿Dónde demonios has estado? ¿Pensabas que te iba a estar esperando toda la noche? —gritó, enfadado—. ¡Sube! —El muchacho subió al carromato y colocó las provisiones en la parte trasera—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Tuve que esperar a que el viejo Burnley desempaquetara las cosas —mintió Richard. Se sentía incómodo.

—¡Hum! —murmuró Blackburn.

Prosiguieron en silencio, absortos en su cansancio. Richard estaba contento de que las cosas hubieran ido tan bien. Henry se sentía agobiado por su pena...

—Estás muy callado. ¿En qué piensas? —preguntó Henry al cabo de un tiempo, olvidándose de su enfado anterior.

El muchacho notó un tono más suave en la voz de Blackburn y comprendió que era el momento de contarle a su padre que había visto a sus hermanas y a Fanny juntas en la hondonada.

—Es que he visto algo, nada más.

—¿Qué?

Richard hizo una pausa, a punto de decirle a su padre lo que había visto. Pero, mientras lo pensaba, resonó en su mente la voz de Pat llamándole cobarde. Imaginó a sus hermanas con Fanny, sentadas en la hierba y pasándolo bien.

—Bien, ¿qué es lo que has visto? —le apremió su padre, ligeramente impaciente.

—Al viejo Jeremiah. Fisgoneando por ahí —no era totalmente falso. Había visto al arrugado anciano dando vueltas por las cercanías de la escuela encantada. Era verdad que daba la impresión de que estaba fisgoneando.

—Por nuestra tierra, ¿no? ¡Le he dicho ya que no se acerque por aquí! Si viene otra vez, dile que le pegaré un tiro a sangre fría.

—Sí, padre —dijo Richard, manteniendo su secreto y contento de no ser un cobarde.

DÍAS DESPUÉS, Fanny se encontraba en su lugar favorito, a la sombra de los helechos. Absorta como estaba, enfrascada en su nuevo libro, no oyó el ruido de los cascos de un caballo que se aproximaba.

Joseph tiró de las riendas y la yegua se detuvo obediente. A través de las hojas que se agitaban suavemente con la brisa de la tarde, divisó a la maestra. La observó un rato, viendo cómo pasaba distraídamente las páginas del libro. El cabello castaño rizado de Fanny le caía desordenadamente por la cara. Joseph desmontó. Al dejar las riendas, la yegua se alejó un poco para pastar. Él se aproximó a Fanny, que levantó la vista sobresaltada por las pisadas. Él se sentó a su lado en la hierba, y durante un rato no dijeron nada.

—Hace días que no te veo —dijo finalmente Joseph—. Dice Pat que esta semana tienes cuatro alumnos.

—Sí, así es. Han venido dos hermanos que viven en el otro lado del valle. Se llaman Watkinson.

—Sí, los conozco. Es una buena familia. Ahora debes estar más contenta de la vida —la miró mientras cogía distraídamente una brizna de hierba. Ella continuaba con la cabeza inclinada sobre el libro—. ¿Qué lees, Fanny?

—¿Esto? Se titula *Grandes esperanzas*. Es una novela inglesa, la publicaron poco antes de salir yo de allí. Está escrita por un hombre llamado Charles Dickens. Me encantan sus libros —dijo riéndose y acariciando la portada del libro—. Cuando no estaba muy ocupada con mi padre, me iba a una librería y compraba su último libro. Luego corría a casa, me lo llevaba a mi habitación y me quedaba leyéndolo hasta la hora de la cena —dejó el libro en la hierba—. Es un escritor muy moderno, muy inglés. Ahora me parece que está lejísimo —añadió melancólicamente.

Joseph miró el libro, consciente de que sus páginas encerraban secretos vedados para él. Le hubiera gustado hablar de él con Fanny. Se daba cuenta de lo que a ella le gustaba leer.

—¿Echas de menos Inglaterra, Fanny?

—No. En realidad, no. Aunque a veces pienso en ella y me acuerdo de muchas cosas. No de la gente. Cuando salí de allí, sólo me quedaba un pariente vivo. Una tía feroz, llamada Alice —levantó la vista y le sonrió, haciéndole partícipe de su absurdo secreto—. No le he escrito, excepto para decirle que llegué bien. No aprobaba que viniera —hizo una breve pausa. Él la miró, mientras ella soñaba despierta con su lejano país—. Ayer pensaba que hace casi un año que salí de allí. Fue poco antes de Navidad. Me resultará extraño pasarla aquí, sola, sin nieve —dijo jocosamente—. Supongo que le escribiré una carta a mi tía por Navidad y le hablaré de la escuela —se calló y metió los dedos en el agua fría—. ¿Y tú qué, Joseph? —levantó la vista hacia él—. ¿Echas de menos Irlanda?

—¿Yo? —se rió—. Hace tanto tiempo que salí de allí que apenas la recuerdo. Vine con mis padres cuando era un niño, poco después de la época del hambre. Fue una época terrible. Mi madre murió a bordo, al dar a luz a Pat. Más tarde, murió mi padre en Sidney. Yo aún no había cumplido los veinte años. Pat era un niño. Desde entonces ha estado a mi cuidado. Aquí hemos podido sobrevivir; en Irlanda nos habríamos muerto de hambre —miró las montañas que los rodeaban—. Éste es mi país ahora, Fanny. Esta tierra indomable me ha dado una nueva vida. Me ha enseñado que hay otro camino, una oportunidad para todos nosotros. Ahora soy australiano, Fanny —alzó la mano, le acarició el pelo y dijo bromeando—: Como lo será usted, señorita Crowe, cuando se haya aclarado.

—¿Qué quieres decir con eso de aclarado? Y no es muy correcto tocar a una dama. Haz el favor de recordar tu lugar y no lo vuelvas a hacer —Fanny empezaba a ponerse nerviosa y a sentirse desconcertada, pero no quería que él lo notara. Se levantó ágilmente y dijo—: Ya es hora de que vuelva a la escuela. Tengo mucho que hacer allí. Adiós, Joseph.

Dicho esto, se marchó precipitadamente hacia el pueblo. Joseph se levantó. Deseaba acompañarla o bien ofrecerle la yegua. En ese momento vio su preciado libro en la hierba, totalmente olvidado. Lo recogió y pensó en llamarla; pero, en lugar de hacerlo, lo guardó y se

dirigió a su yegua alazana.

Aunque incapaz de escuchar nada de lo que habían hablado Fanny y Joseph, Richard había presenciado el encuentro. Había estado siguiendo los pasos de Fanny toda la tarde y seguía espiándola cuando llegó Joseph. Vio marcharse a Fanny, pero pensó que sería mejor no ir detrás de ella. Era más seguro aguardar oculto entre los eucaliptos hasta que se hubiera marchado Joseph. No quería ser sorprendido, especialmente por el hermano de Patrick.

Mientras esperaba escondido entre los árboles, se preguntaba por qué se habría marchado Fanny tan bruscamente, ya que no habían discutido entre ellos. Entonces le sobresaltó un ruido. Unas pisadas que se acercaban, quebrando ramillas a su paso. Se agazapó y se quedó quieto como un conejo. Confiaba que quienquiera que fuese el que anduviera por el bosque no pasaría por donde él estaba. No quería que le descubrieran. Tenía un cierto sentimiento de culpabilidad por haber perdido toda la tarde detrás de Fanny. No se explicaba por qué lo había hecho. No lo sabía. Sus hermanas no habían estado con ella. Sólo quería observarla. Quizá así podría descubrir por qué pensaban otras personas que ella era mala.

Los pasos se acercaban. Lo iban a descubrir. Miró a su alrededor. No había ningún escondite mejor. Quizá se lo dijeran a su padre. Quienquiera que fuese estaba detrás de él. Oía su respiración jadeante.

—¡Bien, bien! Si es el joven Richard Blackburn... Espiando, ¿no? ¿Así te diviertes?

El chico se quedó helado. Fue incapaz de volverse. Conocía demasiado bien la voz, aunque raramente había mantenido una conversación con el dueño de aquel desagradable sonido.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Fisgonear?

Sin volver la cabeza para no hacer frente al horrible viejo, Richard se incorporó y contestó con algo más que un murmullo:

—Estaba buscando corderos extraviados y... —tosió a mitad de la frase— me he perdido — notó lo poco convincente que resultaba su mentira.

—¿Corderos aquí? —replicó el viejo—. Sabes tan bien como yo que nunca vienen por aquí. ¡Estabas espiando a la bruja! —esa afirmación sorprendió tanto a Richard, que volvió el rostro hasta encararse con su acompañante del bosque.

—¿Llama usted bruja a la señorita Crowe? ¡No creo que sea verdad!

—A tu madre la mató el fantasma de mi hermano —dijo Jeremiah—. Sin embargo, ésta vive allí sin que le pase nada. ¿Cómo te explicas eso?

Richard miró al encorvado minero y pensó en lo que acababa de decir. Era cierto que su padre había dicho muchas veces que Fanny debía estar embrujada para vivir en aquella casa. Eso mismo creía la mayoría del pueblo. Incluso él se lo había gritado a Patrick cuando se pelearon. No obstante, y por alguna razón, no parecía una bruja.

—Sé que mi madre murió allí, pero no veo que eso signifique que la señorita Crowe sea una bruja.

—¿Es que no quieres creerlo? Mi hermano está allí. Me ha dicho muchas veces que se vengaría del que fuera al hotel. Aún veo las heridas que destrozaron su cuerpo. Murió allí. Todos lo sabéis. Sólo tu madre fue lo bastante insensata para no hacer caso de su advertencia, y lo pagó

con su vida. ¿Cómo crees que esa mujer puede vivir en ese lugar? ¿Cómo puede sobrevivir donde nadie puede vivir?

—Pero ¡eso no quiere decir que sea una bruja! —Richard no se explicaba por qué defendía tan ardorosamente la reputación de Fanny.

—Está aliada con el diablo para mantenerse a salvo. Algún día te lo demostraré. Tu madre era una buena mujer, ¿no? Sin embargo, el espíritu maligno acabó con ella. Como acabará con cualquiera que vaya allí. Mi hermano era cristiano y murió sin tener la oportunidad de ponerse en paz con su conciencia. Anda por ahí perturbado. ¿Qué clase de mujer es ésa, que puede vivir así y estar tranquila? Piensa en tu madre, Richard, y en lo que puede ser esa maestra. Es mala. Deberían echarla de allí.

Jeremiah se había ido acercando a Richard mientras hablaba. Richard no le había oído nunca hablar tanto ni tan apasionadamente. Sus monstruosas palabras, la fealdad de su rostro y su proximidad atemorizaron al muchacho. Estaba horrorizado y paralizado.

El viejo solitario se acercó más. Olía pésimamente y su sonrisa socarrona dejaba ver unos dientes negros.

De repente, el muchacho huyó de su presencia. Echó a correr con todas sus fuerzas por los senderos arbolados. Ya no le preocupaba que lo vieran. Cualquier cosa era mejor que la compañía de aquel horrible viejo.



ESA noche, Richard se disponía a irse a la cama cuando comenzó a llover en el valle. Se quitó apresuradamente la camisa y los pantalones, los arrojó descuidadamente sobre una silla y se quedó quieto, escuchando el aguacero que caía con fuerza sobre los árboles. En la penumbra, se acercó a la ventana, se arrodilló en el mullido asiento que había junto a ella y miró afuera. El valle permanecía oculto por la niebla. Pegó su rostro al cristal, pero apenas divisó los árboles que se balanceaban por la fuerza de la lluvia. El agua los combaba hacia el suelo.

Le llamó la atención un gran insecto de color oscuro, parecido a una libélula, que hacía equilibrios contra el marco de la ventana. Su cuerpo se movía lentamente hacia arriba y hacia abajo, como si le tiraran de un hilo. Lo contempló, sugestionado por su rítmico movimiento, hasta que, al golpear la lluvia con más fuerza y furia, el animal perdió el equilibrio y desapareció de la vista. Richard permaneció mirando preocupadamente la noche pasada por agua. No podía quitarse de la cabeza el desagradable y amenazador rostro de Jeremiah. Cruzó nervioso la habitación y se metió en la cama.

Permaneció acostado. El aguacero caía sin parar sobre el tejado. El viento que rugía en el valle y el penetrante aullido de un animal en peligro eran como los gemidos del hermano muerto de Jeremiah. Oyó a su padre salir del despacho y subir las escaleras. Crujió el descansillo, se cerró la puerta del dormitorio de Henry y la casa quedó en silencio, sólo turbado por la furia de fuera. Mirando al techo, Richard se imaginó a Amos Johnson con el cuerpo herido y mutilado. Quizá deambulaba en aquellos momentos por el viejo hotel. Giró sobre sí mismo y enterró el rostro asustado en la almohada. Deseaba con todas sus fuerzas dormirse. Tenía la impresión de ser la única criatura que aún permanecía despierta. Cerró los ojos, haciendo un esfuerzo por dormirse, pero, en su lugar, vio el rostro color caoba del viejo minero. Le miraba fijamente con sus ojos de loco mientras hablaba de las apariciones de Amos en el hotel. Richard, tan asustado como si el fantasma estuviera con él en la habitación, temblaba sabiendo que no había nadie a quien pudiera dirigirse. Si contaba su historia, tendría que admitir que le habían pillado espiando a la maestra. Que le había pillado Jeremiah.

Sus pensamientos se concentraron en Fanny. ¿Sería realmente una bruja? Su padre decía que estaba embrujada. Era cierto que su madre había muerto en aquel viejo hotel; en cambio la maestra seguía viviendo allí sola. ¿No tenía nada que temer de los espíritus porque también ella era diabólica? ¿Cómo podría saber si era una bruja? No había visto nunca ninguna. Tenía que averiguar la verdad. Le habría gustado que su madre estuviera con él. Le daría las buenas noches,

le acariciaría la frente para que se durmiera y ahuyentaría sus temores. Ella lo habría entendido.

Se hizo una bola y se acurrucó aún más en la cama. Confiaba en que, si cerraba con fuerza los ojos, desaparecerían todos sus temores. No quería pensar más en esas cosas. Sólo quería dormir. Poco a poco, su deseo se hizo realidad. Se fue quedando dormido con los ojos fuertemente cerrados. Finalmente, se disiparon por esa noche todos los pensamientos de fantasmas y brujas, y el solitario y turbado muchacho se durmió pacíficamente.

EL ESTAMPIDO DE UN TRUENO distrajo la atención de Fanny. Cerró el libro y suspiró profundamente. Recostada en la almohada, escuchó la tormenta que se abatía fuera. Observó un pequeño hilillo de agua que se colaba por una rendija de la pequeña ventana cuadrada, bajaba por la parte de dentro del cristal, llegaba al estrecho alféizar y goteaba en el suelo.

—¡Esto me va a volver loca! —murmuró enojada, y saltó de la cama.

Miró con impaciencia por la pequeña habitación. Encontró unas enaguas blancas viejas y las colocó en el suelo, debajo de la ventana. Volvió a meterse en la cama y contempló el agua que caía sobre la tela blanca de percal.

Estaba enfadada consigo misma por su ridiculez; por haberse alejado de Joseph y haber olvidado el libro de Charles Dickens en la hierba. Cuando se dio cuenta de que se lo había dejado en la hondonada, ya había oscurecido mucho para volver por él. Además, el cielo estaba plomizo y con aspecto amenazador y ella se encontraba confortablemente sentada en su aula, tomando notas para las lecciones del día siguiente.

—Lo buscaré mañana —se prometió a sí misma.

Ahora, echada en la cama, con otro libro entre sus finas y delicadas manos, seguía reprochándose su ridículo comportamiento. El ruido de la lluvia, que caía en la colina de detrás de la escuela y formaba pequeños arroyuelos que corrían junto al edificio, comenzó a adormilarla. En aquel estado de somnolencia, oía de vez en cuando voces en el pueblo. Gente que corría apresuradamente hacia sus casas bajo la lluvia, después de haber bebido una copa en el almacén de Joshua Burnley.

De repente, la sacó de aquel estado de duermevela el sonido brusco de un ruido sordo. Se despertó sobresaltada y vio que sólo se trataba del libro, que había caído al suelo. Se inclinó sobre un lado de la cama y lo recogió. Al ponerlo en la mesita, se burló de su ridículo miedo.

—¡Por un momento creí que había sido un fantasma! —se dijo en broma—. ¡Estuve a punto de creer en ese viejo loco! —apagó la lámpara de petróleo, riéndose entre dientes, y se acomodó bajo las sábanas, dispuesta a dormir.

El silencio descendió sobre Moogaloo y las colinas y valles circundantes. La lluvia se convirtió en un repiqueteo constante que, lejos de molestar, era más bien un alivio. Todo el mundo dormía. Nada se movía y hasta los animales nocturnos permanecían escondidos, temerosos de otro estallido del cielo. En medio de la quietud del pueblo empapado, escuchó un ruido que provenía del propio edificio; no el ruido que producía el persistente golpeteo de la lluvia, ni el crujido aislado de las ramas que caían al suelo mojado, sino un ruido indefinido. Algo se movía en las

ruinas del viejo y maldito hotel.

Fanny se despertó sobresaltada. Había vuelto a oír algo y no era su libro. Permaneció en la cama, escuchando, sin atreverse apenas a respirar, demasiado asustada para encender la lámpara. Aguardó. La lluvia había amainado. Una lechuza ululó en la lejanía. A lo mejor lo había soñado. Su encuentro con Joseph la había intranquilizado y quizá eso había perturbado su sueño. Puede que hubiera algo o alguien moviéndose fuera del viejo edificio. ¿Qué era lo que la había despertado? ¿Por qué estaba tan asustada? En las noches que llevaba durmiendo allí, jamás había pensado en espíritus malignos. Siempre se burlaba de esas cosas. Sin embargo, esa noche era diferente... Por mucho que lo intentaba, no conseguía convencerse de que allí no había nada. Estaba segura de que algo se había movido. Quería levantarse, ir al aula, pero no se atrevía. Tenía los miembros paralizados.

—¿Después de todo este tiempo —se preguntó irritadamente— vas a caer en esa tontería? Fanny, si de verdad estás asustada, levántate de la cama inmediatamente y comprueba que lo que te ha despertado han sido tus sueños.

Respiró profundamente y apartó la colcha de ganchillo. Mientras alzaba de mala gana las piernas, oyó un ruido chirriante y como si se arrastrase algo en la otra habitación.

—Ahí hay algo —comenzó a temblar, y se llevó las manos a la parte superior del camisón—. ¡Oh, cómo me gustaría estar en Inglaterra!

Se sentó en el borde de la cama y se agarró decididamente a la mesa de madera. Lo hacía más para tomar fuerzas que para encender la lámpara. Dudaba entre dirigirse allí a oscuras o llevar la lámpara. Era una decisión insuperable. Finalmente, decidió mirar sin llevar la lámpara. Al incorporarse y dirigirse sigilosamente a la puerta del aula, cesó el ruido como de pies que se arrastraban.

—¡Sin embargo, vas a ir a ver de qué se trata, Fanny! —abrió la puerta del aula y cerró los ojos, horrorizada de lo que podía ver. Respiró otra vez profundamente y rezó una plegaria en silencio. Abrió cautelosamente un ojo, luego el otro y recorrió lentamente la habitación con la vista. Allí no había nada. Sólo pupitres y bancos vacíos, en espera del siguiente día de clase; algunos charcos en el suelo, donde caía el agua de las goteras del techo, y gotas de lluvia aferradas a las ventanas.

Fanny suspiró profundamente y regresó a la cama, dispuesta a dormir, para mayor seguridad, con la puerta abierta.

—Así podré ver si pasa algo —se dijo a sí misma de forma no muy convincente—. Debe de haber sido un wombat<sup>[2]</sup> o algún otro animal nocturno que quería resguardarse del aguacero. Sólo el cielo sabe qué criaturas viven bajo el edificio o en el tejado. ¡Fantasmas no, desde luego!

Se echó en la cama sin taparse. Se sentía ridícula por sus estúpidos pensamientos, pero deseaba que llegara la mañana. No tenía ninguna duda al respecto. Algo en el crujiente edificio la había puesto nerviosa.

ERA una cálida y soleada mañana de domingo en Moogalloo. Las colinas de los alrededores aparecían exuberantes de vegetación y color debido a las lluvias recientes. En el pueblo y en las granjas de las laderas, la gente se preparaba para ir a la iglesia. Tras peinarse y restregarse la cara y las uñas, vestían sus mejores trajes de domingo. Reinaba el acostumbrado ajeteo dominical. Las familias se ponían en marcha con tiempo suficiente. Atravesaban el valle o las zonas boscosas a pie, a caballo o en carromatos atestados. Este ritual semanal era, para muchos de los habitantes, una reunión social, una oportunidad para chismorrear o charlar despreocupadamente, contentos de haber completado el trabajo de otra semana y de haberse ganado otra comida dominical.

En el pueblo, Joshua Burnley, el calvo tendero, había terminado las cuentas de la semana. Dejó el mandil sobre el mostrador y se lavó alegremente las manos. Canturreaba en voz baja mientras se secaba enérgicamente las manos húmedas. Luego dejó la toalla sobre la mesa de madera, se dirigió a la ventana, levantó la vieja cortina de encaje y miró afuera. El solitario y viejo viudo era un animal de costumbres. Podía poner su reloj en hora por los hábitos que seguía. Todos los domingos atisbaba al reverendo Dalton cuando cruzaba apresuradamente la plaza, de regreso a la iglesia tras el paseo matinal que realizaba a buen paso. Siempre a la misma hora, veía pasar a toda prisa por la calle polvorienta al preocupado pastor de piernas arqueadas, que se sujetaba el sombrero con una mano.

Burnley se apartó de la ventana, riéndose entre dientes, y cogió la chaqueta de la silla.

—Deben de ser las diez y diez. Hora de ir a la iglesia —pensó con orgullo. Sacó amorosamente su preciado reloj de bolsillo de la chaqueta, lo alzó con su arrugada mano y miró la esfera blanca. Eran, exactamente, las diez y diez—. Supongo que el pastor estará otra vez preocupado por la hora —sonrió Burnley mientras limpiaba sus gafas con la toalla que acababa de dejar.

«¡Dios mío!», pensaba el reverendo Dalton. «¡Espero no llegar tarde!». Se dirigió a la iglesia, abrió la chirriante puerta de madera y, nervioso, cruzó a grades pasos la estrecha y silenciosa nave, para esperar tranquilamente a sus pocos y fieles parroquianos. A pesar de su preocupación, siempre era el primero en llegar, salvo que alguna mujer de la localidad se hubiera anticipado para quitar el polvo a los pesados bancos de madera o colocar un abigarrado ramo de flores. Dalton se inclinó reverentemente y dejó su sombrero negro en el suelo de piedra, junto al altar. Abrió la voluminosa Biblia de la iglesia y procedió a pasar sus páginas amarillentas en busca de las lecturas elegidas para esa mañana.

Las cosas sucedían de forma diferente en *Rosewood*. Desde la muerte de María, Henry no tenía ánimos para ir a la iglesia con su familia. Nunca había sido un asistente habitual a los servicios religiosos ni le gustaban los sermones, pero, en el pasado, lo había soportado por su mujer. Como católica, María había insistido en que su familia recibiera una formación religiosa esencial. De vez en cuando, hasta convencía a Henry para que los acompañara a ella y a sus hijos. Él accedía, considerando que la hacía feliz. Desde luego, a los niños les gustaba que fuera. Sus ojos brillaban de orgullo si su padre estaba a su lado. Después de todo, era muy respetado y temido en la comunidad.

Pero desde que murió María, ésa era otra costumbre que había desaparecido en *Rosewood*. Ahora Henry se obstinaba en que sus hijos le prepararan el desayuno los domingos, exactamente como hacía cualquier otro día de la semana. La única diferencia era que los domingos salía a trabajar más tarde. Disfrutaba de un buen desayuno a base de huevos, pan ácimo y, a veces, riñones sazonados; pero luego seguía ocupándose de sus propiedades. Había que cuidar las tierras y dar de comer a las ovejas, cualquiera que fuese el día de la semana. «Yo no tengo tiempo para domingos. Los animales que comen en mis tierras tienen hambre los siete días de la semana», era una máxima para la que vivía y que sacaba a relucir constantemente.

Richard y Clarissa terminaron de poner las tazas en la mesa y se sentaron. Vanessa llevó la bandeja repleta hasta la cocina familiar y colocó los platos en la mesa de madera de cedro. Se sentó al tiempo que la familia comenzaba a comer en silencio.

—¿Qué habéis hecho vosotras dos esta semana? —preguntó Henry Blackburn a sus hijas—. Os he visto poco por el campo.

Richard le ofreció a su padre un trozo de pan sin levadura que había horneado Liza Roundway el día anterior. Al hacerlo, miró atentamente a sus hermanas, sabiendo, como sabía, que habían pasado gran parte del tiempo con Fanny Crowe, la maestra. Esperaba la respuesta con interés.

Las dos hermanas se miraron, partícipes del secreto. Clarissa se removió inquieta en la silla.

—La señora Roundway nos ha explicado algunas cosas de cocina. Ha prometido enseñarme a hacer pan y a preparar conservas —respondió Vanessa.

Era una pequeña mentira, que pasó inadvertida para Henry. Ya era una aceptable cocinera. Cruzó los dedos por debajo de la mesa; temía que Clarissa se pusiera nerviosa y dijera algo de la verdad. Richard miró a Clarissa a los ojos, intrigado por lo que fuera a decir. La niña rubia bajó la vista al plato: se sentía culpable.

—Y tú, Clarissa, ¿qué has hecho?

Vanessa miró a su hermana valientemente. Sólo fue un segundo, pero la mirada animó a Clarissa. Richard lo captó, pero pasó inadvertido para su padre.

—Hemos salido juntas de paseo algunas veces —contestó la hermana menor, animada por el convincente ejemplo de su hermana.

—¡Ya! ¿Y por dónde habéis paseado? —preguntó displicentemente Henry, más ocupado en su desayuno.

—La mayoría de las veces hemos subido por el curso del riachuelo —contestó Clarissa, con bastante sinceridad para tranquilidad de Vanessa.

—¿Y qué hay de interés allí? Está bastante lejos de aquí —Henry comía concienzudamente sus riñones de cordero.

—Es agradable sentarse allí al fresco —contestó inmediatamente la hermana mayor.

—No tiene sentido andar todo ese camino a pleno sol para buscar un sitio donde sentarse al fresco. Es mejor quedarse aquí o que vengáis con Richard y conmigo. Algunos días estamos cerca del río. Podéis sentaros allí —siguió dando buena cuenta del desayuno, ajeno a la escena que se desarrollaba delante de él—. Tampoco te he visto mucho a ti esta semana, Richard. Al parecer, buscar los corderos extraviados te ha tenido muy ocupado —le acusó sarcásticamente Henry, al tiempo que volvía a atacar el plato que tenía delante.

Richard no dijo nada. Su padre no le había exigido una respuesta.

—Espero que no hayas vuelto a ver a la maestra, Richard. ¿Has vuelto a ver a estas dos con ella desde que se lo prohibí?

Las niñas se asustaron y miraron nerviosamente a su hermano. No estaban seguras de que él no se imaginara algo.

—No, papá. No las he visto desde que vinieron con ella al valle —odiaba tener que mentir a su padre, pero ¿qué otra alternativa le quedaba? Se había pasado muchas horas siguiendo a Fanny y la había visto con sus hermanas. Le gustaría saber lo que estaban aprendiendo. De momento, lo único que sabía era que estaban engañando a su padre. Pero también lo había engañado él. ¿Cómo iba a decir nada? No quería traicionarlas. Fanny le atraía y quería saber toda la verdad sobre ella.

En cuanto terminaron de desayunar y Henry se hubo ido en su carromato, Richard desapareció apresuradamente de la casa. Su mentira le hacía sentirse incómodo delante de la familia. Cuando estuvo suficientemente lejos, aminoró el paso y se dirigió tranquilamente hacia el pueblo. En otros tiempos habría ido a la iglesia. Luego, él y Patrick habrían ido a pescar o a cazar, pero aquello parecía lejano. La vida era diferente ahora.

Al aproximarse al pueblo, vio a Joseph y a Patrick que se dirigían charlando a la iglesia, con aspecto aseado y limpio. No había visto a su amigo últimamente, desde la pelea que tuvieron junto al almacén de Burnley. En su actual estado de ánimo no quería encontrarse con él. Torció rápidamente por uno de los estrechos senderos polvorientos que se alejaban del centro y esperó allí, oculto, durante un minuto o dos. Pensó que podría encaramarse a la pared lateral de la iglesia y escuchar los cánticos. Siempre le había gustado participar en ellos. Antes, en *Rosewood*, después de la cena, su madre tocaba algunas noches el piano y él y sus hermanas cantaban para su padre.

Cuando juzgó que había pasado tiempo suficiente para que los dos hermanos irlandeses hubieran llegado a la iglesia, dejó su escondite y volvió sobre sus pasos por el sendero. Un crujido en la ladera llamó su atención. Levantó la vista y vio a Jeremiah subiendo sospechosamente por el sendero. Richard se quedó atrás por precaución. El viejo llevaba algo, una especie de poste, pero desde donde estaba Richard le resultaba difícil saber exactamente lo que era.

¡Iba camino del viejo hotel! Eso sí que estaba claro.

El viejo y desaliñado buscador de oro se detuvo un momento junto a un helecho, observó cautelosamente a su alrededor y luego se dirigió al hotel. Miró en la parte de atrás del edificio. Richard supuso que estaría tratando de ver si estaba la maestra. El muchacho se preguntó qué sería

lo que llevaba. Hubiera querido acercarse más, pero no se atrevía. No quería que le descubrieran.

En ese momento, se abrió la puerta del aula y salió Fanny al porche. Iba atractivamente ataviada con su vestido de los domingos, dispuesta para ir a la iglesia. La atención de Richard se centró inmediatamente en ella. Casi se olvidó del viejo, que había oído los pasos y se había ocultado.

¡Qué guapa estaba! ¡Desde luego no parecía una bruja! Fanny llevaba un vestido verde ribeteado con una trencilla de color crema. A Richard le habría gustado acompañarla a la iglesia. La vio cerrar la puerta del aula y detenerse un momento en el porche. Se puso un sombrerito en la cabeza y se lo sujetó a sus rizos castaños. Luego, se puso unos guantes de color crema, descendió del porche y cruzó a buen paso la calle para no llegar tarde al servicio religioso.

Aquello le recordó a Richard otros domingos en que él y sus hermanas, acompañados de su madre y, a veces, también de su padre, iban juntos en el carromato a la iglesia. La añoranza de su pasada y placentera vida le causó tal desazón que se olvidó de los manejos de Jeremiah.

Se volvió y se alejó del pueblo sin rumbo fijo.

Anduvo durante un rato, sintiéndose desgraciado y resentido consigo mismo. A ratos corriendo, a ratos andando, se dirigió a la falda de la montaña hasta que, agotado y jadeante, se dejó caer junto al arroyo, bajo los mismos helechos donde había visto recientemente a Fanny con sus hermanas. Cansado y triste, se tumbó en la hierba y al poco rato se quedó dormido.

En la iglesia, los fieles acababan de entonar el último cántico. Se dirigieron hacia la nudosa puerta de madera y se despidieron del reverendo Dalton, agradeciéndole su espléndido oficio. Joshua Burnley le estrechó la mano y dijo, como todas las semanas:

—Muy inspirado, reverendo.

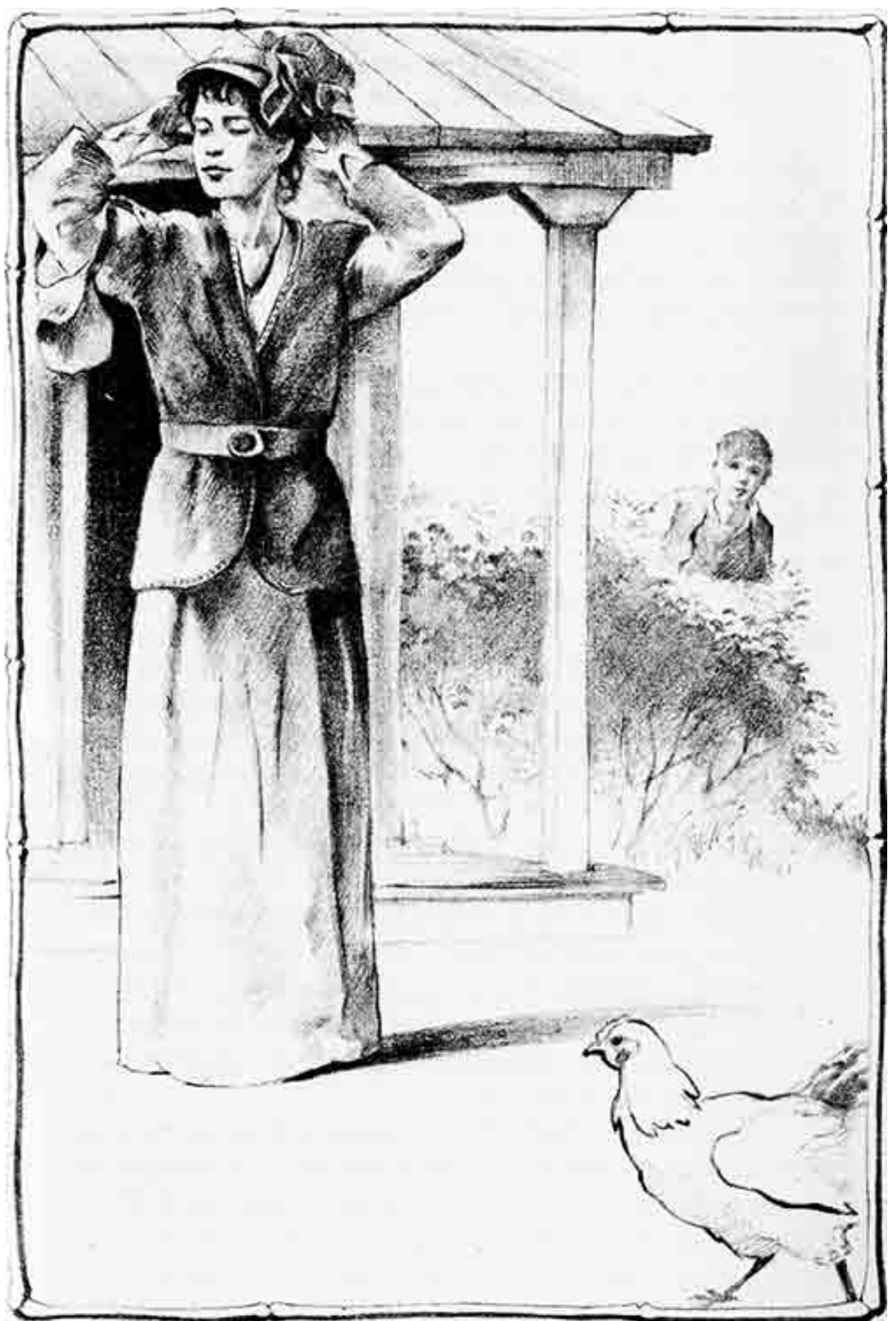
Saludó cortésmente con la cabeza a Fanny, que conversaba con Dalton, y se marchó a su almacén. La comunidad iniciaba, sin prisas, su paseo dominical por el pueblo hacia sus casas, o se reunía en grupos para conversar al cálido sol de última hora de la mañana. Fanny se despidió del pastor y salió a la luz resplandeciente del sol. Se quitó el sombrerito mientras saludaba de vez en cuando con la cabeza a algún rostro familiar o algún curioso.

—Fanny, pensé que podía ir a hacerte una visita esta mañana —dijo Joseph, primero yendo tras ella y luego a su lado. A Fanny, le sorprendió su solemnidad. Había olvidado momentáneamente la escena de unos días antes.

—Claro que puedes, Joseph —dijo riendo—. Me encantará verte. La verdad es que voy a ir a comer al campo y pensé que a lo mejor te apetecería ir conmigo. Podíamos ir los tres.

—Lo siento, Fanny, tengo que ir a Benningee. Sin embargo, quiero devolverte tu libro.

Fanny se detuvo y le miró, rebosante de alegría.





—Joseph, ¿lo encontraste tú? Estaba desolada cuando me di cuenta de que me lo había dejado olvidado. Cuando volví al día siguiente, no estaba. Pensé que nunca sabría el final de la historia — dio unas palmadas con sus manos enguantadas en señal de alegría—. Por favor, Joseph, tráemelo antes de irte a Benningee y así me lo podré llevar al campo.

Se volvió sonriente a Patrick, que aguardaba a su hermano a cierta distancia.

—¿Y tú, Patrick? ¿Te gustaría venir conmigo a comer?

—Prometí ver a Richard —mintió a la ligera. No quería ir con Fanny. Cinco mañanas de escuela eran más que suficientes para él. Le caía muy bien; pero desde que había insistido en que la llamara señorita Crowe se sentía menos a gusto con ella. Estaba hecho un lío. Ya no sabía cuándo la podía llamar Fanny y cuándo la tenía que llamar señorita Crowe.

Cuando llegaron a la escuela, Fanny se detuvo en el porche, a la sombra.

—¿Me prometes, entonces, venir antes de marcharte a Benningee?

—Claro que sí. Además, tengo una oferta de un nuevo alumno —dijo Joseph con un destello especial en sus ojos azules, mientras él y su hermano se volvían para dirigirse a su casa de madera.

Un poco más tarde, Joseph llamó alegremente a la puerta de la escuela.

—Aquí está tu preciado libro, sano y salvo —dijo, y se volvió para montar en su yegua alazana.

—¡Joseph, espera! No te vayas sin decirme quién es mi nuevo alumno —gritó Fanny, nerviosa.

—¿No te lo imaginas, Fanny? ¡Soy yo, por supuesto! —Joseph se rió de buena gana, con la cara resplandeciente de placer y, llevándose una mano al sombrero, hizo girar al caballo y salió a galope tendido hacia Benningee.

«¡Qué sorpresa!», pensó Fanny, mientras se dirigía a su lugar preferido junto al arroyo. Llevaba su preciado libro consigo. «No me imaginaba que Joseph quisiera aprender a leer y escribir». Había preparado apresuradamente un sencillo almuerzo y lo llevaba en una cesta. Deseaba ardientemente estar en la frondosa hondonada, sola durante unas horas, sin más compañía que los protagonistas de la novela. «¡Qué grupo más variado he reunido en mi escuela!». Estaba encantada de tener otro alumno y, más aún, de que fuera Joseph. Nunca se le había ocurrido pensar que a él le interesaba aprender.

Llegó a su querido y tranquilo refugio, oculto a los indiscretos ojos del pueblo, y se inclinó para eludir las ramas bajas de los helechos. Se detuvo asombrada al ver a Richard Blackburn dormido en la hierba, con la chaqueta bajo la cabeza como una almohada. Se acercó sigilosamente a su lado, preguntándose qué haría allí.

Observó atentamente su rostro dormido, dejó la cesta en la hierba, extendió con cuidado una manta y se sentó a su lado. Sacó su libro de la cesta, procurando no despertarle, buscó la página donde se había quedado y se puso a leer.

Al cabo de unas veinte páginas empezó a sentir hambre, pero decidió esperar a que Richard se despertara antes de sacar el almuerzo. De pronto, el muchacho comenzó a removerse. Le oyó gemir entre dientes y le observó mientras abría poco a poco sus ojos soñolientos y miraba a su alrededor intentando recordar dónde estaba. Encontró divertido observarle. Tras unos instantes

para recuperar la consciencia, Richard se incorporó sobre los codos y se quedó asombrado al verla sentada a su lado. Fanny introdujo uno de sus finos dedos en la página por donde iba, cerró el libro y le sonrió cordialmente.

—Ha sido una agradable sorpresa encontrarte aquí. Es mi lugar preferido. Llevo un rato leyendo y estoy hambrienta. Tú debes estarlo también. Pensé que te gustaría compartir mi almuerzo.

Richard no dijo nada. Se sentía un poco desconcertado.

—Hubiera sido una descortesía comerme todo mientras estabas dormido, así que decidí aguardar —sin esperar respuesta, Fanny cogió el mantel que cubría el contenido de la cesta. Ésa iba a ser la mesa para el almuerzo. Richard la observó mientras lo extendía sobre la hierba—. Coge un extremo, Richard. Ayúdame a extenderlo.

Él obedeció tan silenciosamente como uno de los corderos recién nacidos de su padre.

—Tenemos un trozo de pollo para cada uno, pero sólo hay un vaso. Lo siento, no esperaba invitados. Sin embargo, tenemos muchos plátanos. Es poca cosa, pero hay para los dos —desenvolvió el pollo frío y le dio un muslo al hambriento, silencioso y perplejo muchacho. Él lo cogió con precaución, pero una vez en la mano, comió de buena gana—. Me encanta tener esta oportunidad de pasar un rato contigo —dijo.

Fanny apenas probó bocado, más pendiente de observarle. Sentía curiosidad por los Blackburn. Se levantó con el vaso en la mano y se inclinó en el arroyo para llenarlo de agua.

Se volvió a él y le dijo sonriendo:

—Confiaba en que irías a la escuela. Estaba segura de que podrías haber convencido a tu padre para que te dejara ir —regresó a su sitio y le ofreció el vaso.

—Gracias —dijo él, desconfiadamente. Y volvió a morder el pollo, un poco más tímidamente esta vez—. Ya le dije que mi padre no quiere que vayamos a la escuela. Cree que usted está embrujada.

Fanny notó que su convencimiento no era ya tan fuerte como cuando ella fue a *Rosewood*.

—¿Ves lo estúpido que es decir que estoy embrujada? Lo puedes ver por ti mismo —bromeó—. ¿Qué motivos hay para pensarlo? —se rió entre dientes pensando en su supuesta perversidad y comenzó a quitarle la piel a su muslo de pollo. No esperaba que él respondiera, por lo que le pilló de sorpresa la acusación que le lanzó.

—¿De qué se ríe usted? A mi madre la mataron en su horrible escuela y usted vive allí con el espíritu de quien la mató. Todos dicen que usted ya se habría ido si no estuviera embrujada y si no hubiera algún espíritu maligno que la protege.

—¡Richard! —exclamó Fanny—. ¡Eso es absurdo! No hay ningún espíritu. En el hotel estoy segura. Eso es sólo superstición. Allí no hay nada que pueda hacerme daño.

—¿Cómo cree usted entonces que murió mi madre? ¡Yo la vi! —gritó. No esperó su respuesta, sino que se puso de pie y arrojó sobre el mantel el muslo de pollo a medio comer—. ¡La odio! —gritó y se alejó de la hondonada a todo correr.

Fanny se levantó y le llamó con todas sus fuerzas, pero ya era demasiado tarde. Su rabia le había dado alas para alejarse de allí. Fanny se sintió desolada. No había tenido la menor intención

de ofenderle con su ligereza y sus bromas. Volvió a sentarse y comenzó a recoger desanimadamente los restos del almuerzo. No hacía aún una hora, le había parecido una idea excelente comer allí.

Pasó la mayor parte de la tarde nerviosa, sentada bajo los helechos. De vez en cuando se enfrascaba en el libro, pero el estado de ánimo en que se encontraba no le permitía disfrutar. Cuando se disponía a marcharse, oyó el galope de un caballo en el sendero cercano. Intuyó que debía de ser Joseph. Deseaba inconscientemente y desesperadamente que fuera él. Al acercarse el caballo al matorral próximo, vio que era efectivamente la yegua alazana de Joseph. Se puso de pie y corrió apresuradamente a su encuentro.

—¡Joseph, me alegra verte! He tenido una tarde horrible.

Él desmontó inmediatamente, dejando caer las riendas para que el animal pudiera pastar a su gusto.

—¿Qué ha pasado? —dijo, abrazándola.

Fanny, sin pensar en las consecuencias de su acción, se estrechó contra su amigo y se echó a llorar. Le contó todo: que había bromeado con Richard y que el muchacho había pensado que se estaba burlando de él, que había fracasado en su intento de estrechar lazos con el chico, que detestaba la idea de que otros la juzgaran y la menospreciaran y, especialmente, que temía que ahora Richard la odiase.

Joseph dejó que se desahogara, sin decir palabra. Cuando paró de llorar, la estrechó contra sí y le dijo cariñosamente:

—Está bien, Fanny, superaremos sus prejuicios, te lo prometo. Lo que pasa es que lleva tiempo. Ahora, por favor, deja de llorar. Me ha ocurrido algo. Hoy no sólo me tienes a mí como nuevo alumno. Mientras estaba en Benningee, he convencido a un matrimonio de allí para que manden también a sus hijos a la escuela. No podrán ir todos los días, pero están de acuerdo en que siempre que ellos vayan al mercado a vender sus productos dejarán a los niños contigo. Mira, Fanny —prosiguió, antes de que ella pudiera interrumpirle—, ya sé que eso de dar clases a los alumnos de vez en cuando no es la idea que tú tienes de una verdadera escuela, pero es mejor que no tener alumnos; así que sécate los ojos.

Fanny, de forma impropia para una dama, se secó la cara con el encaje de una manga. Se sentía un poco avergonzada por su arrebató y deseaba que Joseph la soltara. Se desembarazó de sus brazos de la forma más delicada que pudo y volvió a su sitio en la hierba.

—Me he comportado estúpidamente, Joseph. Perdóname, por favor —metió el libro en la cesta.

—Fanny, intenta comprender que quiero ayudarte. Si al menos me dejaras —dijo, poniéndose en cuclillas a su lado—, si me lo permitieras, podríamos trabajar juntos, llevar entre los dos la escuela. ¿No... no te das cuenta... de lo que siento...?

Sin dejarle decir nada más, Fanny se volvió hacia él.

—Joseph, ya te lo he dicho antes.recio tu amabilidad, pero tu confianza está fuera de lugar. Somos dos personas muy diferentes. No es decoroso que una mujer de mi condición esté hablando de esta forma contigo —cogió la cesta y se puso de pie, mirándole de frente—. Te agradecería que

no me volvieras a hablar más de esa forma.

Durante un momento, él no dijo nada. Fanny vio la irritación reflejada en sus ojos azules, normalmente serenos.

—Como tú quieras, Fanny.

Él sostuvo su mirada durante un largo segundo. Ella lamentaba haberle hablado tan rudamente, pero no supo disculparse. Lo vio volverse y dirigirse enojado a su yegua; montó y se fue sin mirar atrás.

EN *Rosewood* las noches se habían vuelto tristes y aburridas. Cuando Henry Blackburn regresaba del trabajo, tomaba, en silencio y con gesto huraño, la comida que sus hijas le habían dejado sobre la mesa. Luego se encerraba en su despacho, donde buscaba alivio con los cuadernos en que llevaba cuenta de sus negocios. No mostraba ningún interés por sus hijos. El dolor que sentía y la pérdida que padecía, unidos a una torpeza innata para compartir sus sentimientos, le aprisionaban y le alejaban cada vez más de la compañía de su familia. *Rosewood*, desde la muerte prematura de su amada María, se había convertido en una tumba.

Últimamente, Richard sentía una sensación de agobio en su casa que le impedía dormir bien. Cada noche se desvelaba más que la anterior. Su mente era un verdadero caos, con recuerdos de su madre perdida, espantosas visiones de Amos Johnson deambulando por el viejo hotel e imágenes de Fanny, unas veces como una maestra amable y comprensiva, y otras, como una bruja.

Una noche, cuando todo el mundo dormía en *Rosewood*, le asaltó un irresistible deseo de escapar, de deslizarse silenciosamente fuera de la cama y salir de su casa en busca de la libertad de la noche. ¡Qué dulce y fragante era el aire que respiraba, mientras se dirigía por el camino con una alegre sensación de tranquilidad! Una vez lejos de su casa y de sus oscuros y crujientes pasillos, echó a correr por el camino polvoriento en dirección al pueblo, sin saber por qué. No había elegido conscientemente esa dirección.

Llegó por el camino de arriba de la colina y se detuvo un instante para contemplar, a sus pies, el pueblecito dormido. No había ninguna señal de vida en el solitario pueblo minero. Ni siquiera una chimenea humeante, ya que se acercaba el verano. Tras un momento de reflexión, se puso de nuevo en marcha. Corría y tropezaba mientras descendía al camino de abajo. Entraba y salía sigilosamente de las sombras que proyectaban las pocas granjas y graneros que había en su camino hacia el viejo hotel.

Una vez junto al edificio, se detuvo de nuevo, jadeante y excitado, sin saber qué hacer. Aguardó unos instantes, pegado a la pared lateral del cercano almacén general. No salía ningún ruido de la escuela. Permaneció quieto. Pensó en el poder de atracción que ejercía sobre él aquel edificio, deseaba compartir su secreto con él.

En ese momento, en medio de la quietud y el silencio, escuchó un ruido. Un ruido como de algo que se arrastraba. Parecía proceder de la parte trasera del edificio. Escuchó atentamente, pero no pudo averiguar de qué se trataba. Avanzó con sumo cuidado desde la esquina oscura en que se encontraba y se acercó al porche de la escuela. Se movía tan silenciosamente como un gato al

acecho. Al acercarse, vio una sombra.

En la oscuridad, sólo iluminada por la luz de las estrellas, no pudo identificar la sombra agazapada en la parte de atrás del edificio. Necesitaba acercarse más. Mientras se aproximaba, agachado, al lugar de donde procedía el ruido, notó que su corazón comenzaba a palpar alocadamente. Supuso que la pequeña ventana bajo la que pasaba debía de ser la del dormitorio de Fanny. Si hacía cualquier ruido, la despertaría. Pasó silenciosamente bajo ella y luego, con mucho cuidado, volvió a ponerse de pie. Dio los últimos pasos con la mayor cautela posible, con la espalda pegada a la pared, de forma que, al llegar a la esquina, podría asomarse sin que le descubrieran para ver qué era lo que se arrastraba por allí, fuese lo que fuese.

Anhelaba poder asomar la cabeza por aquella aterradora esquina, aunque le asustaba lo que podría revelar. Mientras recorría los últimos pasos, dudó de su valor. Había imaginado a menudo cómo sería ese ser, la figura del hombre muerto. Porque creía firmemente que lo que se movía cerca de él, al otro lado de la pared, era el fantasma de Amos Johnson. Pensaba lo horrible que sería. No estaba seguro de tener el valor suficiente para mirar al otro lado de la pared. Nada se interponía entre él y el descubrimiento de lo que se movía en la parte de atrás del edificio.

Fanny se despertó, sintiéndose pesada y desasosegada. Aunque sin darse cuenta, la había despertado, precisamente, el mismo ruido que había perturbado su sueño unas semanas antes. Se movió inquieta en la cama, lamentándose de lo que pensaría Joseph sobre su ingrato comportamiento. «¿Por qué he tenido que ofender a la única persona que se preocupa de mí?», se preguntó. Agobiada por su propia preocupación, se levantó y encendió la luz, a tientas, ignorante de lo que pasaba fuera.

Richard vio iluminarse el quicio de la ventana bajo la que había pasado agachado unos segundos antes. Se quedó helado y se aplastó contra la pared. Seguro que el ser que se movía tan cerca de él ignoraba lo que estaba ocurriendo dentro de la casa. O puede que ése fuera el verdadero objetivo de los ruidos que hacía el fantasma. ¡Quizá pretendía despertar a Fanny, asustarla e, incluso, matarla!

Fanny, completamente despierta ya, oyó el ruido que procedía de fuera del edificio. Pensó que eso debía ser lo que la había despertado. Era el mismo ruido que la había despertado la otra vez, así que lo alejó de su pensamiento. No sintió miedo alguno. Su mente estaba turbada por otro tema, molesta como estaba por su ruin comportamiento.

Richard oyó que Fanny se movía por la habitación. «¡Se está acercando a la ventana! ¡No debe verme!». Estaba pegado a la pared, a menos de dos metros de la ventana. Vio que la lámpara comenzaba a moverse de un lado a otro y se echó al suelo. Se quedó arrimado a la pared, rogando que, si ella se asomaba, mirara sólo a derecha e izquierda. ¡El corazón le estallaba en el pecho! «¡Por favor, que no mire abajo!», suplicó.

Fanny había cogido, en efecto, la lámpara, pero no se dirigía a la ventana, sino a la mesita. Había decidido escribirle una nota a Joseph, disculpándose.

Richard permaneció echado en el suelo, esperando que se abriera la ventana. Calculó el tiempo que tardaría Fanny en cruzar la pequeña habitación. Aún seguía cerrada. Y la oscilación de la lámpara había cesado. «Debe de haber cambiado de idea», pensó.

Juzgó que era el momento apropiado para marcharse. Con el ruido sordo aún resonándole en los oídos, se arrastró por el suelo polvoriento como una serpiente. Su destino era el almacén general. Si pudiera llegar sin que le vieran, estaría a salvo. Desde allí podría salir a todo correr por la parte trasera del edificio y subir al camino de arriba, desde donde llegaría a su casa a salvo.

Fanny arrojó la pluma sobre el papel. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a culparse a sí misma, si había dicho lo que honestamente pensaba? ¿No se había limitado a seguir las normas de conducta de cualquier joven decente? Había sido Joseph el que se había expresado de forma impropia. Si no le hubiera detenido, le habría declarado su amor. La gratitud que sentía por él no justificaba aquel tipo de conversaciones. Era él quien tenía que comprender su posición. Ella se había comportado correctamente.

Más tranquila consigo misma, cruzó la habitación y apagó la luz. Con su preciosa cabeza recostada en la almohada, sintió una voz interior que la recriminaba. ¿Era sólo gratitud? ¿No le resultaba difícil expresar sus sentimientos en presencia de Joseph?

Richard, que había emprendido a todo correr el sendero iluminado por la luz de las estrellas, se volvió para contemplar una vez más el pueblo dormido allí abajo. No se movía nada que alterara el silencio de la noche. Sus ojos escrutaron el viejo hotel. La luz de Fanny estaba apagada. Pero, de repente, en el momento en que la luna salía de detrás de una nube, vio, horrorizado, una figura que se movía en la parte de atrás del edificio. Estaba lejos y entre sombras. No pudo distinguir sus rasgos, pero estaba seguro de que era la figura de Amos Johnson. Efectivamente, el espíritu errante del viejo minero rondaba por el viejo hotel. El fantasma del que todos hablaban, pero que nadie, excepto él, había visto, ¡era real!

—NO pierdas más tiempo. Termina de desayunar y súbete al carro.

La seca orden retumbó en los oídos de Richard. Dejó la servilleta y se quedó con la vista fija en la mesa. Estaba demasiado cansado para comer nada. Había dormido muy mal. Cuando se había vuelto a meter en la cama, aterrorizado, estaba a punto de amanecer. Sus dos hermanas se fueron a la cocina para fregar y recoger la vajilla. Un momento después, echó cansadamente la silla hacia atrás, se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina. Mascullando una despedida a sus hermanas, se encaminó a la puerta trasera, cogió su gorra de un perchero contiguo al aparador y salió al patio.

Vio a su padre, a cierta distancia, dando órdenes a dos jóvenes mozos de cuadra, no mucho mayores que él, para que engancharan los caballos al carromato. Richard se recostó en el tocón de un árbol. Aún tardaría un poco. Al parecer, había algún problema con los cascos de los caballos. Observó abstraído a cuatro pollos que picoteaban en el suelo, indiferentes al perro pastor que ladraba incesantemente junto a ellos. En cualquier caso, hoy no quería trabajar. Había decidido ir a ver a Jeremiah, pero no sabía cómo podría escaparse.

¿Por qué habría hablado su padre tan duramente en el desayuno? Comían en silencio. Richard no podía apartar de su mente los sucesos de la noche anterior. Deseaba compartir con su padre su secreto temor de que la maestra estuviera realmente embrujada, puesto que vivía a salvo en un lugar endemoniado. Pero no podía decir que había estado allí.

—Padre —dijo mientras cogía un trozo de pan.

—¡Hum!

—Si alguien ve el fantasma del viejo hotel, ¿significará eso que la señorita Crowe está embrujada?

—¡Si alguien ve el fantasma! ¿Quién lo ha visto? Tómate el desayuno.

—¿Y si alguien lo ve? Supón que Patrick lo ha visto. Tú dijiste que ese lugar está maldito y que por eso no debemos ir allí.

—¡No quiero hablar del fantasma ni del viejo hotel! Hoy tengo mucho que hacer. ¡No pierdas más tiempo! Termina de desayunar y súbete al carro.

Henry se marchó. Los niños continuaron comiendo.

—¡Richard!

Su padre le despertó de su ensueño. Dio un respingo y cruzó apresuradamente el patio hasta el carromato, en el que tres desaliñados jornaleros aguardaban sentados en la parte trasera para ir al trabajo.



—¡Sube al carro! ¡Ya hemos perdido bastante tiempo! —ordenó él.

¿Por qué estaba su padre tan malhumorado hoy? No lo sabía. Obedeció sin rechistar y sonrió tímidamente a los tres jornaleros. Henry llamó impacientemente al perro, que seguía ladrando. Éste corrió hacia el carromato y se subió fielmente a su lado.

—Esta tarde te tendrás que ocupar de las ovejas, Richard. Yo tengo que ir a casa de McCormack. Hay que herrar a esos condenados caballos —dijo Henry con voz elevada mientras el carro salía del patio y emprendía el camino habitual de la dehesa.

Liza Roundway, llevando su cesta de la compra, se dirigía por la polvorienta calle principal de Moogaloo hasta el almacén general. Se vanagloriaba de lo poco frecuentes que eran sus visitas al almacén, diciéndose a sí misma, y a todos, que la mayor parte de lo que necesitaban ella y su familia salía de su propia cosecha.

—Buenas tardes, señor Burnley —dijo al entrar, sin siquiera mirar a Joshua.

Sus ojos recorrieron el almacén, fijándose en el surtido de productos expuestos. Vasijas de cristal con golosinas pegajosas se agrupaban junto a sacos de grano apilados. Un letrero amarillento por las esquinas y pegado a un barril de madera ofrecía limonada casera. En los estantes, ristras de cebollas entre botes y cacerolas. El queso estaba colocado sobre el mostrador, y las herramientas de trabajo, apoyadas en las paredes. Desde luego, Joshua hacía buenos negocios.

En un rincón en penumbra, Henry Blackburn pasaba harina y azúcar a grandes sacos de color castaño.

—¡Buenas tardes, señor Blackburn! —las palabras de Liza cayeron sobre él—. No esperaba encontrarle aquí, no he visto el carromato fuera.

De mala gana, Blackburn volvió la cara a la mujer que había reconocido por el tono penetrante e inquisitivo de su voz. Haciendo un esfuerzo, que no pasó desapercibido para Joshua Burnley, Henry se llevó la mano al sombrero negro de alas anchas que llevaba.

—Buenas tardes, señora Roundway —refunfuñó y volvió inmediatamente a sus sacos. Intuía que ella quería entablar conversación con él, ahora que prestaba servicio en su casa. Pero para él era una ofensa hablar con alguien que no fuera de su gusto. Aunque jamás se lo habría dicho a nadie, detestaba en su fuero interno a aquella mujer por lo entrometida que era. Sabía, sin embargo, que tenía que soportarla o, de lo contrario, buscar una criada en la ciudad. De ser así, la sirvienta tendría que vivir con la familia; lo que aún sería menos agradable.

—He venido por jabón —dijo Liza.

Incomodada por la frialdad de Henry, alzó la cesta; mientras, el serio tendero cortaba un trozo.

—He oído decir que la maestra está flirteando con el carpintero —dijo triunfalmente.

—¿Qué le hace pensar eso? —le preguntó Joshua mientras envolvía el trozo de jabón en papel de estraza.

Su pregunta no era más que un gesto cortés. En realidad no le interesaba la respuesta. Henry, por su parte, se detuvo asombrado. No sabía nada de aquello.

—El joven Patrick se lo dijo a mis hijos. Intentaba inútilmente que fueran a la escuela, supongo. De todas formas, dijo que creía que su hermano estaba enamorado de ella, pero que ella jugaba con él y lo invitaba a pasear.

Henry cerró los sacos y se dirigió bruscamente hacia el mostrador.

—¿Cuánto le debo, Josh?

—Son veinticinco chelines, si los sacos pesan lo acordado.

—El peso es correcto —dijo Henry fríamente, observando al tendero calvo que escrutaba con ojos de experto los dos sacos llenos.

—De acuerdo, señor Blackburn, le creo. Lo apuntaré entonces en su cuenta.

Henry asintió y se encaminó a la puerta. Deseaba dejar a aquellos odiosos mentecatos. En ese momento, Fanny abrió. Ambos se miraron cara a cara en el quicio de la puerta. Por un breve instante, ninguno de los dos se movió.

—Buenas tardes, señor Blackburn. Encantada de verle. Precisamente pensaba hacerle una visita un día de éstos.

—No tengo nada que hablar con usted, señorita Crowe. Sabe muy bien lo que pienso de su escuela. No malgaste su tiempo, por favor. Ni tampoco el mío —dicho esto, se adelantó descortésmente y salió, dejando a la pobre Fanny frente a los dos ocupantes del abarrotado almacén.

Liza la miró resplandeciente. El desaire que había sufrido al no haberse dignado Henry a despedirse de ella, quedaba ampliamente compensado por el placer de ver a Fanny menospreciada de aquella forma. Fanny se aproximó desenvueltamente al mostrador. Burnley, al que no le gustaba participar en los chismorreos del pueblo, se había ocultado tras unas vasijas, fingiendo no haber presenciado la escena.

Fuera, Henry dejó los dos pesados sacos en el porche. Pensó que no tenía objeto cargar con ellos. Se dispuso a recorrer apresuradamente la corta distancia que había hasta la casa de Joseph, ansioso de llegar a su destino sin toparse con nadie. Llevaba la cabeza erguida y miraba al frente. Al pasar por delante del viejo hotel, y de forma casi imperceptible, se puso rígido. Era raro que pasara por allí a pie. Si tenía que ir al pueblo por algún negocio, utilizaba el carromato. Esa tarde lo había dejado en la herrería de Joseph. Había que herrar a los dos caballos y decidió recoger las provisiones mientras realizaban el trabajo. Naturalmente, no iba a perder el tiempo explicárselo a Liza Roundway.

Pensaba en lo que acababa de ocurrir en el almacén. Lo que había dicho Liza y su breve encuentro con Fanny. Se preguntó si habría algo de cierto en la historia de Liza. Al aproximarse a la casa del carpintero, no había llegado aún a ninguna conclusión.

El lugar parecía desierto.

—¿Está usted ahí, señor McCormack? —gritó Blackburn, dirigiéndose a su carromato, que estaba al sol. Los dos caballos, ya herrados, aguardaban pacientemente, espantándose perezosamente las moscas con sus largas colas oscuras.

Joseph estaba en el patio trasero de la herrería. Allí Patrick y él solían dejar los caballos recién herrados en compañía del de su propiedad. Reconoció el acento escocés de Blackburn. Dejó el cubo rebosante de agua del arroyo que llevaba para su sediento caballo y dio la vuelta a la herrería, pasando por delante del ardiente hogar de la fragua. Vio a Blackburn que, inclinado junto al cuello de uno de sus caballos, observaba una de las nuevas herraduras.

—Parece que está bien —dijo Blackburn, y pasó por delante del caballo para comprobar el otro casco. Joseph, con la piel tostada y brillante por el sudor, le observaba. Henry se inclinó para comprobar el casco y miró subrepticamente al herrero. Se preguntó el motivo por el que la maestra, una mujer que se consideraba a sí misma de educación esmerada, querría flirtear con aquel tipo musculoso. Era la primera vez que pensaba en lo que hacía Fanny o en el porqué de sus sentimientos. «Es un buen trabajador», pensó, inclinándose para ver el casco trasero, «pero también un ignorante sin educación». Rechazó la historia de Liza como algo evidentemente ilógico.

Se incorporó, satisfecho del servicio realizado, y pagó a Joseph la suma requerida. Pensó que el precio era excesivo. Se llevó la mano al sombrero y se subió al carromato.

—¡Arre! —gritó a los animales, sujetando las riendas. Hizo girar a los caballos e inició el trote al almacén para recoger la compra. Al hacerlo, vio a Fanny que venía andando en su dirección. Llevaba la cesta llena, de regreso al viejo hotel.

Ninguno de los dos miró en dirección al otro, aunque los dos eran conscientes de la presencia del otro y de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

—Es una idea ridícula. ¡Ella y McCormack! —murmuró Blackburn para sus adentros. Rechazaba aquel pensamiento.

—SEÑORITA Crowe, no puedo hacer el ejercicio de escritura —dijo con mirada compungida un alumno pelirrojo.

—¿Y eso por qué, Thomas? —preguntó Fanny, levantando la vista hacia él al tiempo que recogía sus libros. Sonrió ligeramente a las dos filas de rostros que la miraban desde sus pupitres de madera. Había sido una mañana satisfactoria. Hoy, contando a Thomas y a su hermano, que habían venido de Benningee, tenía siete alumnos. Patrick, la tímida rubia Mary Rowe, los dos chicos Watkinson, Timmy Garrard —un niño delgado y zafio, miembro de una de las familias de buscadores de oro— y, ahora, Thomas y Barnaby.

Rogó por que fuera señal de que las cosas comenzaban a mejorar, de que la gente estaba cambiando con respecto a ella. Quizá ya aceptaban su escuela y no la consideraban una intrusa. Desde luego, había observado que la miraban menos cuando iba por las calles polvorientas del pueblo.

—Tengo que ir a la ciudad con mis padres y mi hermano, señorita.

—Está bien, Thomas. Puedes hacerlo en el carro, durante el trayecto. Si las letras están movidas, lo comprenderé —bromeó—. Siempre será mejor eso que no practicar nada.

El niño de nueve años se sentó, satisfecho de su primer día de escuela y contento de que los negocios de sus padres no le impidieran practicar el alfabeto.

—¡Ahora podéis iros! Mañana veré a los que podáis venir. Los demás venid en cuanto os sea posible.

Los siete niños se pusieron de pie.

—Buenos días, señorita Crowe —salmodiaron al unísono.

Fanny abrió la puerta y el sol entró en el aula oscura y mal ventilada. Los alumnos salieron en fila, dando educadamente las gracias, mientras la profesora mantenía la puerta abierta. Salió al porche tras el último alumno. Era Barnaby, hermano menor de Thomas y demasiado tímido para decir nada, a menos que lo incitaran.

—Adiós, Barnaby. Te veré dentro de dos semanas —el niño salió a la calle sin responder y corrió a los brazos de su madre, que aguardaba. Fanny saludó con la mano a los padres, que acababan de llegar para llevarse a sus dos hijos pequeños a la gran ciudad.

—Si fuera rica, montaría un internado. Ésa sería la solución —soñó Fanny, mientras veía a los dos niños salir con sus padres para Sidney en la carreta de bueyes. Su mirada se posó distraídamente en el almacén. Una pareja desconocida, probablemente mineros recién llegados,

discutían en el porche con Joshua Burnley el precio de una vieja mecedora de madera en la que ella se había fijado el día antes.

Cuando leyó el cartel de *en venta*, le habría gustado comprarla. Divisó a Richard Blackburn detrás de los tres. Estaba haciendo gestos con la mano a alguien. Le llamó, contenta de verle y de tener una oportunidad de hablar con él. Aún estaba disgustada por el encuentro de la hondonada. Él no la oyó, descendió del porche y se dirigió apresuradamente en dirección opuesta. Desilusionada, Fanny se volvió y entró en la escuela para recoger los libros y los cuadernos de ejercicios esparcidos por las mesas.

Patrick había sido el primero en salir de la escuela. Aunque lo pasaba bien, se sentía aliviado cuando terminaban las clases y podía irse a disfrutar del aire cálido y puro. Ese día pasó tan deprisa por delante del almacén que no vio a Richard que le esperaba, oculto tras los clientes de Joshua.

—¡Patrick! —le hizo señas con la mano y le llamó a gritos—. ¡Eh, Patrick! ¡Soy yo!

El muchacho irlandés reconoció inmediatamente la voz y se volvió para saludar a su amigo. Richard, al ver regresar a Patrick, descendió del porche del almacén y se dirigió, tímidamente pero sin dudarlo, a su encuentro. Dieron los últimos pasos con cierto embarazo, aunque ambos deseaban estar en compañía del otro. Patrick notó el cambio que había experimentado su amigo.

—¡Hola! ¿Te encuentras bien? —se detuvo y esperó a que Richard llegara hasta él. Los dos se fueron paseando en dirección a la herrería.

—Si no tienes nada que hacer esta tarde, me gustaría conversar contigo —propuso Richard con timidez. De su salud ya hablarían más tarde.

FANNY TERMINÓ DE ORDENAR sus cosas y se cambió el serio vestido azul marino, que utilizaba frecuentemente para sus clases, por una falda más ligera y fresca de color azul claro y una blusa de encaje crema. Una vez vestida, comenzó a preparar la cesta. Metió en ella unos ejercicios que tenía que corregir, una manta para sentarse en el suelo, un vaso y un pequeño pastel que le habían llevado los padres de Thomas. Un regalo para la maestra. Lo agradeció mucho. «La vida está mejorando aquí», se dijo a sí misma, envolviendo el pastel y el vaso en una servilleta. Pensó en las cercanas Navidades y eso le recordó que no había escrito a tía Alice. Nada de cartas hoy.

Mientras se sujetaba el sombrerito en la cabeza, llamaron a la puerta. Era Joseph. No se habían visto desde que ella le rechazó en la hondonada. Antes de que él hablara, hubo un momento de embarazoso silencio entre ellos.

—Prometiste enseñarme a leer y escribir. Hace una tarde tan estupenda que pensé que podíamos dar un paseo y sentarnos en algún sitio una hora o dos. Así podría empezar las clases.

—Pensaba que había terminado las clases por hoy —dijo ella, riéndose, y corrió a recoger la cesta—. Podemos compartir el pastel. Acabo de envolverlo y ya estoy vestida para el paseo. Bien —dijo, regresando a la puerta—, tu primera lección. Espero que seas tan listo como tu hermano menor —dicho esto, salieron juntos para pasar la tarde a la orilla del río.

Se marcharon felices bajo el sol de primera hora de la tarde, hasta que encontraron un lugar tranquilo a la sombra. Joseph se sentó en la hierba junto a una banksia<sup>[3]</sup>, escribiendo y volviendo a escribir trabajosamente los números, del uno al diez, mientras Fanny corregía los ejercicios de los niños de la escuela. El canto de las chicharras que abundaban por los alrededores los tenía medio ensordecidos. Era señal de que había llegado el verano. El calor de principios de diciembre y el aburrimiento de repetir una y otra vez el ejercicio acabaron con la paciencia del herrero. Arrojó el lápiz sobre la hierba y miró a Fanny, que seguía absorta en su trabajo.

—Ya es bastante por hoy, Fanny —dijo, sonriendo—. Estoy dispuesto a comerme ahora ese trozo de pastel —Fanny se rió y se inclinó sobre la cesta para desenvolver el pastel de la servilleta—. ¿Me darás alguna clase más después de hoy, o soy un caso perdido? —preguntó mientras ella le daba el trozo de pastel por encima de la hoja de papel donde él había garabateado los números.

—Bueno, no tienes la concentración de tu hermano, eso está claro; pero como todo el mundo necesita más de una clase, tendré que seguir contigo. Y aún no escribes correctamente el número ocho —dijo en broma.

—Creo que eres dura conmigo, Fanny —Joseph se dirigió a la orilla y se agachó para lavarse las manos—. ¿Dónde vas a pasar las Navidades? ¿Aquí en Moogalloo, o en otro sitio?

—Ya sabes que no tengo otro sitio donde ir, pero no me importa. Ahora soy feliz aquí.

Se volvió para sonreírle. Pensó que, desde luego, parecía más feliz que antes, más relajada.

—Me encantaría que pasaras ese día con Pat y conmigo. ¿O me vas a decir que es incorrecto que te lo ofrezca?

Fanny le miró, ligeramente turbada, sin saber a ciencia cierta si se estaba burlando de ella.

—No sé lo que quieres decir —dijo bruscamente, comiéndose una miga de pastel que recogió de su falda.



—Eres una mujer difícil, Fanny. Si quieres, puedes intentar detenerme, pero de todas formas voy a decirte algo —se sentó en la hierba junto a ella. Fanny, inconscientemente, se apartó de él—. A veces eres demasiado engreída. ¿No te das cuenta, Fanny, de que tu educación inglesa está fuera de lugar aquí? Puede que yo no te importe como tú a mí... —la joven se volvió hacia él tratando de interrumpirle—. Déjame seguir —prosiguió Joseph decididamente—. Como decía, puede que yo no te importe, eso es diferente, pero te apartas de mí porque estás asustada. No porque yo no sea lo bastante bueno, sino porque te dan miedo tus propios sentimientos, sean los que sean. Así que, cuando digo lo que pienso, no digas que me comporto mal. Eso es todo.

Fanny se puso a jugar nerviosamente con los papeles; trataba de ordenarlos. Habría preferido irse, pero sabía que no podía.

—No sé, puede que tengas razón. Creo que sí, que estoy un poco asustada; así que, por favor, hablemos de otra cosa.

—Bueno, ¿vas a pasar la Navidad conmigo, o no?

—Sí, gracias, Joseph. Será estupendo —respondió tímidamente.

—¡OTRA VEZ ERES EL ÚLTIMO! —gritó Patrick alegremente a Richard, que seguía luchando por llegar a lo alto de un eucalipto contiguo.

Richard, enrabiado, se agarró a la rama más alta y se subió a pulso en ella. Se sentó jadeando, recostado contra el tronco azulado.

—Estás desentrenado —le dijo en tono de reto el irlandés pelirrojo—. Puede que yo me pase toda la mañana en esa estúpida escuela, pero aún te puedo ganar. Sigo siendo más rápido que tú.

—Lo que pasa es que has elegido el árbol más fácil —protestó Richard.

Los dos permanecieron quietos un rato, disfrutando de la vista panorámica de los valles y montañas de los alrededores. Pensaron en lejanas ciudades, más allá de su vida sencilla en la montaña. En ellas se vivía de una forma que tampoco se imaginaban cómo era.

—Cuando haya aprendido, voy a ir a Sidney, para trabajar en la ciudad —dijo Patrick orgullosamente—. ¿Irás tú también?

—Quizá... —contestó Richard, mirando la brumosa lejanía. Se volvió a su amigo, subido en lo alto del árbol vecino—. ¿Cómo es ella?

—Oh, supongo que como cualquier otra maestra. Un poco mandona. Nos hace llamarla señorita Crowe todo el tiempo y levantarnos cada vez que entra y sale de la clase. Oye, si de verdad viste el fantasma, ¿por qué no volviste anoche? Si creyera en ellos, yo habría ido. Apuesto a que estabas demasiado asustado.

—¡No lo estaba! Lo que pasa es que quería que vinieras tú. ¿Vendrás conmigo esta noche? Patrick se echó a reír.

—¡No hay ningún fantasma! ¡Es una idea estúpida!

—Está bien; ven de todas formas.

—De acuerdo. Será una aventura.

Richard sabía que había pasado miedo. La pasada noche había dormido tan mal como tantas



otras en los últimos días. No volvería a la escuela solo. Jeremiah podría estar esperándole allí. Ahora se sentía más seguro con la compañía de su íntimo amigo. También quería tener la compañía de Patrick más tarde, cuando fueran juntos en busca del fantasma.

PATRICK seguía jadeando, tras su carrera por el pueblo, cuando se dejó caer junto a Richard, que le esperaba impaciente. El muchacho estaba agachado cerca de un zarzal negro de copa amarillenta que crecía próximo a la pared de la iglesia.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Richard en voz baja—. ¡Llevo aquí varias horas!

—Tuve que aguardar a que Joseph se fuera a la cama.

—¡Vamos! —dijo enfurruñado—. Espero que no nos lo perdamos.

Patrick soltó una risita.

—Claro que no nos lo vamos a perder. ¡No existe! ¡No hay ningún fantasma!

—Entonces ¿por qué vienes? —preguntó Richard, enfadado—. Vamos. Vámonos antes de que se despierte el viejo Dalton. He encontrado un buen sitio para escondernos.

Los dos muchachos se alejaron cautelosamente del zarzal y se dirigieron, medio en cuclillas, hacia su destino. Era una noche oscura y sin luna. A su alrededor, las casas de madera y las tiendas de los campamentos de mineros permanecían tranquilas y en silencio. No lucía una sola luz en el pueblo. Al llegar cerca de la escuela se detuvieron un momento para asegurarse de que podían acercarse más. Ninguno de los dos se atrevía a hablar, ni siquiera en voz baja, por miedo a despertar a alguien. Richard le dio un codazo a su amigo y le hizo señas de que le siguiera. Señaló hacia un grupo de rocas de farallón que había detrás de la escuela. Sigilosamente, marcando Richard el camino, se metieron en el bosquecillo de helechos que conducía hacia las grandes rocas que asomaban por encima de la escuela. Se encaramaron a la roca más plana y se dejaron caer detrás de su dentada parte posterior.

—Desde aquí podemos ver todo el edificio. Allí es donde lo vi. Exactamente allí —dijo Richard, señalando un sitio situado a unos treinta metros, directamente debajo de ellos. Estaba cerca de la parte posterior del dormitorio de Fanny. Los muchachos escudriñaron la noche oscura y se ocultaron detrás de la roca, sobre un lecho de hojas y ramillas caídas de los árboles, muy juntos para darse calor.

Pasó una hora, más o menos. Ninguno de los dos hablaba. Ambos sentían frío y tiritaban a causa del fresco aire de la montaña. No se les había ocurrido pensar que una manta les habría venido bien para protegerse del frío y de la humedad de la noche. Ni siquiera a Richard, que interpretaba el papel de experto en aquellas vigiliias nocturnas.

Apareció la luna, borrosa y confusa, pero suficiente para proporcionarles una fuente de luz. Pasaron tranquilamente las primeras horas, descubriendo y señalando estrellas, diciendo sus

nombres en silencio y escuchando el ulular de las lechuzas, los ladridos de un perro despierto y un chucho o dos huyendo precipitadamente por la maleza.

De repente, se oyó un crujido en las hojas cercanas. Los muchachos se quedaron helados de terror. Se acercaron más uno al otro, temerosos de descubrir lo que se estaba moviendo. Oyeron el chasquido producido por una rama al romperse. Cada vez se oía más cerca el sonido de unas fuertes pisadas sobre la tierra. Hasta Patrick se acobardó.

—¡Dios mío! ¡Debe de ser Amos Johnson! —murmuró. Los dos muchachos, nerviosos y atemorizados, esperaron la aparición del minero muerto. Pero no apareció nada ni nadie. El compañero nocturno de las fuertes pisadas resultó ser una falsa alarma.

—Debe de haber sido un oso —razonó Richard, chasqueado.

Con el paso de las horas y sin que ocurriera nada que llamara la atención de los muchachos, se fueron quedando dormidos.

Fue otro sonido muy distinto el que los despertó de su imprevisto sueño: el gorjeo de los pájaros y los ruidos del amanecer. El sol se elevaba lentamente por encima de las colinas lejanas y los valles recibían la luz de un nuevo día. La tierra húmeda y cálida sobre la que descansaban sus cuerpos entumecidos olía fragantemente. Miraron a su alrededor atontados, sin saber dónde estaban. Cuando cayeron en la cuenta de lo que había acontecido, se incorporaron, impacientes por llegar a sus casas y meterse en la cama antes de que se descubriera su escapada nocturna.

Mientras descendían de la colina, entumecidos y doloridos, Patrick se burló de su amigo y de su propia estupidez por hacerle caso.

—Te dije que no había ningún fantasma. Debo estar loco para haberte hecho caso.

—¿Cómo puedes saberlo? Nos quedamos dormidos.

—Yo apenas he dormido —mintió Patrick para justificarse—. Además, nos habrían despertado sus gemidos. Jeremiah dice que Amos gime por la noche y yo no he oído ningún gemido.

—No gime, yo lo sé.

Los dos desaliñados muchachos continuaron discutiendo todo el camino hasta el cruce, donde se separaron para irse a sus respectivas casas.

—Yo voy a vigilar otra vez esta noche. ¿Vendrás tú? —gritó Richard, volviéndose y sin dejar de correr. Estaba impaciente. Esos días, su padre se levantaba antes que nunca.

—¿Estás de broma? ¡Quiero dormir! ¡Si quieres cazar fantasmas, ve tú solo!

Patrick se alejó corriendo. Su desanimado amigo aún tenía que recorrer las dos millas que había hasta su hogar lo más deprisa que le permitiera su cansado y sudoroso cuerpo.

Cuando llegó a la puerta de su casa, Patrick decidió no arriesgarse a ir a la cama. Se fue tranquilamente a la diminuta cocina, puso a hervir un poco de agua en el hogar, preparó el té y se lavó. Sabía que si se acostaba a esas horas, no se despertaría para ir a la escuela.

Cuando Joseph se levantó, vio a su hermano menor esperándole.

—Te has levantado muy temprano —comentó sorprendido, y se bebió el té cargado que le había preparado Patrick.

FANNY, IRRITADA, dejó caer de golpe el libro de texto sobre la mesa.

—¡Patrick! ¿Quieres hacer el favor de despertarte? ¡Te has pasado durmiendo la mayor parte de la mañana!

El muchacho pecoso abrió los ojos inmediatamente, consciente de que alguien le había hablado. Escuchó también unas risitas a su lado. Sí, era una voz severa la que le hablaba.

—Te estoy hablando a ti, Patrick.

El adormilado muchacho cayó súbitamente en la cuenta de dónde estaba y de quién le hablaba. Frente a él estaba Fanny, con su vestido azul marino, sujetando severamente el libro y mirándole con gesto de enfado.

—Patrick, estoy esperando. No te lo voy a preguntar otra vez. Y, por favor, ponte de pie cuando te hable.

El pobre chico se levantó. No tenía ni idea de lo que esperaba la señorita Crowe y comprendió que no era el momento de pedirle que repitiera la pregunta. Pensó que su mejor defensa sería hacerse el distraído.

—Lo siento, señorita Crowe. No puedo... —pero se hizo un lío, incapaz de pensar una respuesta que pudiera satisfacerla.

—¿No puedes qué, Patrick? —La clase se echó a reír de nuevo—. ¿No puedes qué, Patrick? Y vosotros, esto no es cosa de risa.

No era fácil callar a los otros. Su único privilegio era reírse, con la cabeza agachada sobre el pupitre.

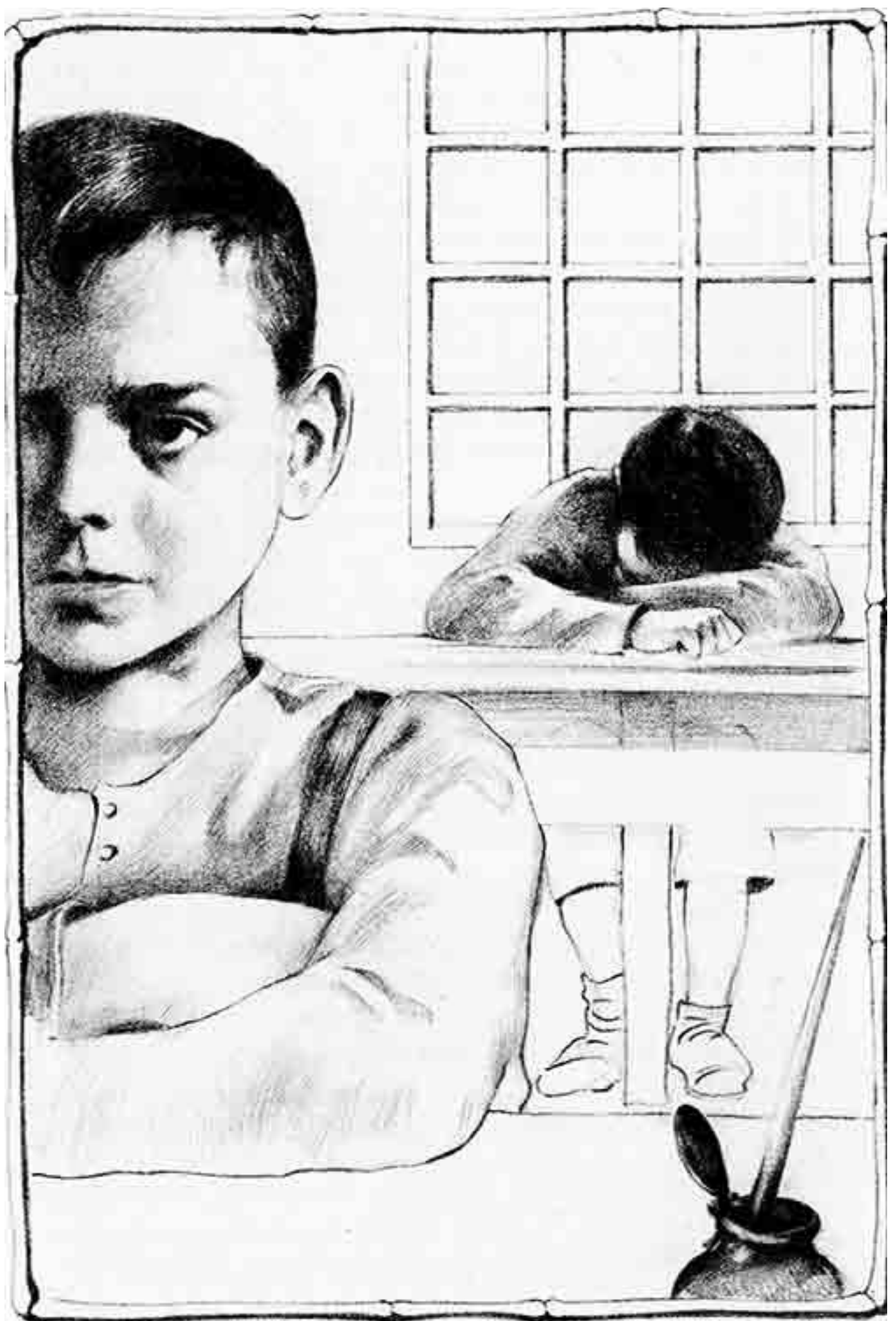
—No recuerdo la respuesta —prosiguió Patrick débilmente, dándose cuenta de que estaba completamente perdido—. Creo que he debido de dormirme.

La clase rompió a reír de nuevo.

—¡Ya sé que te has dormido, Patrick! Lo que te he preguntado es por qué te has dormido en mitad de la lección de historia.

El muchacho permaneció callado. Cualquier otra cosa habría empeorado el asunto.

—Siéntate, Patrick —Fanny suspiró y continuó leyendo una narración sobre la batalla de Waterloo.



Patrick notaba que Fanny le miraba de vez en cuando. Hizo todo lo que pudo por mantener los ojos abiertos y trató de dar la impresión de que estaba concentrado. Fue un gran esfuerzo. Al poco rato, Fanny se desinteresó de él. Por fin, terminó la clase, para alivio suyo. Salió del aula lo más deprisa que pudo, seguro de que Fanny volvería a llamarlo.

Mientras escapaba por el pueblo, vio a Richard que le hacía señas desde el sendero de arriba. Cambió su rumbo, esquivando a una vecina que parecía querer hablar con él. Subió, resbalando de vez en cuando sobre las piedras y la tierra seca, hasta que llegó al sitio donde le esperaba su amigo.

—¿Qué mañana he tenido por culpa de tus ideas, Richard! —se dejó caer en el suelo, a la sombra de un árbol, donde estaba sentado Richard indolentemente. Tallaba con un cuchillo un trozo de madera.

Estaba callado, más preocupado de su talla que de la conversación. Necesitaba la ayuda de su amigo. Temía la negativa que recibiría si le pedía que fueran otra vez a ver al fantasma, pero no se atrevía a esperar solo la aparición de Amos Johnson. Tenía que convencer a su amigo para que fueran a vigilar de nuevo esa noche. Estaba seguro de que el fantasma estaría allí.

—¿Quieres que vayamos a pescar? —preguntó Richard. Era la distracción favorita de Patrick y él lo sabía—. Padre ha ido a Benningee a vender sus ovejas —prosiguió—. Hoy llegará tarde. Pensaba que podíamos ir a la laguna de la cascada de Magongee.

Patrick apartó las manos de la cabeza y se incorporó un poco. Era una sorpresa que Richard le hiciera esa proposición. Normalmente, el más joven esperaba siempre la iniciativa de Pat. De todas formas, sabía que a Richard no le dejaban ir solo a la laguna de la cascada. Su padre la juzgaba demasiado peligrosa. Había mucha corriente.

—Claro —dijo el muchacho mayor, levantándose—. Iré a casa por mis cosas. ¿Y las tuyas?

—Tengo que ir por ellas. No pude ir antes. Padre estaba aún allí cargando el carro. No quería que supiera lo que iba a hacer. Ya estaba bastante enfadado por lo cansado que me sentía yo esta mañana.

—No te preocupes. Podemos coger la caña de Joseph. Ha ido no sé dónde. ¡Vamos antes de que me quede dormido!

Había una buena caminata hasta la laguna. Los dos sabían que era muy tarde y que hacía demasiado calor para una excursión así, pero la mayor parte del trayecto era cuesta abajo y el regreso lo harían con el fresco de la tarde, después de haberse dado un baño. Fueron casi dos horas de camino entre álamos y eucaliptos de corteza blanquecina. Durante la mayor parte del trayecto, Richard fue delante, pensando en la mejor forma de convencer a su amigo de que necesitaba su ayuda. Estaba decidido a conseguir la compañía de Patrick para su espionaje nocturno. Su instinto le decía que esa noche tenían que ir al viejo hotel. No podía explicar sus presentimientos, pero algo dentro de él le decía que no debía ir solo.

—¡Aquí no hay nadie! ¡Tenemos todo el sitio para nosotros! —gritó alegremente Patrick mientras dejaba en el suelo los aperos de pescar. Fue el primero en llegar a la orilla de guijarros. Richard llegó unos segundos después y dejó caer sus cosas. Contempló la gran laguna natural, mientras el sudor le corría por el rostro. Los árboles del bosque, que se elevaban a gran altura, y el

lejano sonido del agua cayendo en la laguna enfriaban el aire del verano. Respiró profundamente. Le encantaba aquel lugar, con su fresco olor a tierra, su alegre vegetación verde y su tierra oscura y húmeda.

—Creo que me voy a dar un baño ahora —dijo Richard—. ¿Y tú? —se despojó de sus ropas. Sintió alivio al quitarse la camisa sudorosa.

—No, me quedaré aquí preparando los anzuelos.

Richard se zambulló en el agua fría y tonificante. Era un nadador excelente y no tuvo problemas para llegar al centro de la laguna. Se detuvo para disfrutar del impresionante panorama, moviendo los pies para mantenerse a flote. No sabía cómo, pero esa tarde tenía que convencer a Patrick para que volviera a acompañarle al viejo hotel. Regresó a la orilla. Su amigo estaba ya lanzando el primer cordel al agua.

—¡Tu caña está preparada! Sal antes de que espantes a todos los peces.

Richard nadó rápidamente hacia la orilla, deslizándose garbosamente por el agua. Vadeó los últimos metros, notando el blando y pegajoso lodo bajo sus pies.

—¿Vas a haraganear toda la tarde o vas a pescar algo? —la voz de Patrick cortó el hilo de sus pensamientos y alejó los malos presagios. Salió ágilmente a la orilla y se inclinó para recoger su camisa y secarse con ella. Patrick le dio la caña. La cogió indolentemente y se sentó junto a su amigo a la espera de la primera captura.

—Vi antes a tu hermano —le dijo a Patrick—, camino de la escuela.

Patrick dio un mordisco a una manzana. Buscó en su bolsa y le dio otra a su amigo.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿Por qué está siempre con ella? Jeremiah dice que está embrujada.

—Está aprendiendo a leer y ella no está embrujada. Sólo es mandona —Patrick cortó la curiosidad de Richard. Le interesaba poco la atracción que sentía su hermano por Fanny. La verdad es que era bastante aburrido. En ese momento no le importaba nada su maestra. Le había humillado ante toda la clase. Volvió a morder la manzana, contento de tener ante sí toda la tarde.

—Oye, Pat, ¿vendrás otra vez conmigo esta noche? Sé que hay un fantasma y sé que estará allí esta noche. Te lo prometo.

—Escúchame. Ve tú. No quiero pasarme otra noche al fresco.

Richard se quedó callado, pensando de qué forma podría convencer a su reacio amigo.

—¡Ha picado algo! —los dos se pusieron inmediatamente en pie. Se olvidaron de su cansancio y del calor de la tarde—. ¡No dejes que se escape! —gritó Patrick.

Richard no estaba seguro de poder cobrar el pez. Era de gran tamaño. Pero las instrucciones que le daba su amigo impidieron que se escapara el nervioso y plateado animal. Tiró y aflojó el cordel tan desafiantemente como le permitieron sus brazos. Unos minutos después, el pez estaba en la orilla.

—¡Es un buen ejemplar! —exclamó Patrick orgullosamente, como si el pez fuera suyo. Los dos chicos contemplaban el boqueante y palpitante pez de agua dulce—. ¡Bien hecho, compañero! —dijo Patrick, y le dio una afectuosa palmadita en la espalda.

Richard soltó el anzuelo de la boca del pez y dejó el animal moribundo sobre la hierba. Se

puso a cebar de nuevo el anzuelo. Patrick le sonrió y volvió a su cordel.

—Por favor, Pat, ven conmigo esta noche. Me da miedo ir solo.



—¡Y A te dije que era una pérdida de tiempo! ¡Toma! Richard cogió la galleta que le ofrecía su malhumorado amigo y se arrebujó en su manta, feliz por haberse acordado de traer algo para abrigarse. Patrick había recordado las galletas. Para matar el hambre de toda la noche, había dicho. Y, ciertamente, había sido una noche larga.

—Gracias —dijo Richard, mordiendo huraño la última galleta.

Los dos muchachos estaban descorazonados. Se había esfumado cualquier sensación de aventura que hubieran podido experimentar tres horas antes, sustituida ahora por aburrimiento y calambres en los miembros. Se habían comido ya las galletas y la noche se volvía cada vez más fría.

—Espero que ésta no sea otra noche perdida. No sé por qué acepté a venir otra vez contigo — se lamentó Patrick.

Richard pensaba lo mismo. Estaba a punto de proponer que se olvidaran de todo y se fueran a casa.

—¿Qué ha sido eso? —dijo de pronto Patrick, que había oído un crujido en los arbustos cercanos del sendero de arriba. Escucharon atentamente. Se oía una especie de pisadas que se acercaban al lugar donde se encontraban ellos—. Creo que está bajando por la pendiente de la colina, en dirección al viejo hotel. Está vivo. Puedo oír su respiración —susurró Patrick con cara de terror.

Era cierto. Alguien se acercaba arrastrando los pies. Bajaba con seguridad la colina y jadeaba rítmicamente al mismo tiempo.

Richard se sintió mal y asustado. Sabía instintivamente que estaba a punto de ver lo que había aguardado durante tanto tiempo. De repente, sintió deseos de salir corriendo hasta su casa y resguardarse en la seguridad de su cálido lecho. Los dos muchachos permanecieron quietos, concentrándose en el sonido que se iba aproximando. No era nada que pudieran identificar, ningún animal que reconocieran. Asomaron con cuidado la cabeza por encima de la roca y miraron. En la oscuridad, sólo pudieron distinguir una forma que se acercaba. La silueta parecía casi humana y caminaba por el sendero que había debajo de ellos, en dirección al viejo hotel.

—¡Oh, no, mira allí! —gimió Patrick.

—¿Qué... qué es? —preguntó Richard, haciendo esfuerzos por no cerrar los ojos.

—No lo puedo ver bien. Hay demasiada bruma. No sé..., parece un fantasma.

Se encaramaron en la roca, lo más silenciosamente que pudieron. El espectro terminó de bajar

la colina y se detuvo junto a la parte de atrás del edificio.

—Es el mismo sitio donde vi el espíritu de Amos —susurró Richard, alborozado. Los dos atónitos muchachos observaron cómo aquel ser se agachaba y comenzaba a rebuscar en el suelo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Patrick.

—No lo sé —respondió Richard—. Creo que está enterrando algo. Voy a acercarme para averiguarlo.

—¡No! —Patrick sujetó a Richard por el brazo para retenerlo. Forcejearon un instante, intentando ambos imponer su criterio, hasta que, para sorpresa suya, el ser comenzó a desaparecer.

—¡Mira! ¡Está desapareciendo en el suelo!

Los muchachos se quedaron quietos. Se miraron un momento, respiraron profundamente y empezaron a acercarse. Cuanto más avanzaban, más perplejos estaban.

—¡De... debe ser un fantasma! —tartamudeó Richard—. ¡Ha desaparecido en el aire!

En el interior de la pequeña habitación, Fanny abrió los ojos y los volvió a cerrar con fuerza. ¡Allí estaba otra vez! ¡Algo moviéndose al otro lado de la pared!

—¡Sea lo que sea, no quiero verlo!

Era el mismo ruido que había escuchado otras veces. Tan pronto estaba detrás de ella, como abajo.

Fanny se sentó y prestó atención. Casi sin atreverse a respirar, se secó las manos sudorosas con la sábana. Confiaba en que, fuera lo que fuese, no se acercaría a ella.

—Sé que es un ser vivo. ¡Dios mío, que sea sólo un animal...! —no se atrevía a encender la lámpara. Ni siquiera se atrevía a moverse, atenazada como estaba por el miedo. Oyó un golpe en el suelo, debajo de su cama—. ¡Oh! —gimió—. Suena demasiado fuerte para ser un animal. Y se está acercando —se pellizcó, deseaba que todo fuera un sueño. Su corazón latía con tal fuerza que creyó que le iba a estallar. Temerosa, se llevó la mano húmeda al pecho y la apretó firmemente contra su camisa de algodón blanco. Quería tranquilizarse.

Fuera, los dos muchachos aguardaban a que volviera a aparecer el fantasma.

—Creo que deberíamos acercarnos más —decidió finalmente Patrick—. Baja de espaldas.

Los dos muchachos se encaramaron a la parte plana superior de la roca, se dejaron caer sobre la espesa maleza y comenzaron a descender la pendiente, lenta e incómodamente, sobre sus traseros. Había unos veinte metros hasta el lugar donde pensaban que habían visto esfumarse al fantasma, y Richard quería llegar allí cuanto antes. Impaciente, comenzó a bajar más rápidamente. La curiosidad le hizo descuidarse. Con el pie tropezó con una roca pequeña, que bajó rodando la colina y se estrelló contra la pared trasera del edificio.

—¡Estúpido! ¡La vas a despertar!

Fanny escuchó el golpetazo de la piedra contra la pared del dormitorio y dio un brinco como un gato asustado.

—Desde luego, ¡eso no es un animal! ¡Está dando golpes en la pared! ¡Está intentando entrar! —aunque lo intentó, no pudo salir de la cama, incluso para demostrarse que no había motivo para asustarse. Le temblaba todo el cuerpo. En lo más profundo de su ser, sabía que esta vez había algo de lo que tener miedo.

El ruido producido por la piedra había asustado a alguien más. De los cimientos del edificio volvió a surgir lentamente la figura del fantasma. Cuando vieron salir su cabeza, los dos muchachos se quedaron helados. No había ninguna roca donde ocultarse, ni podían salir corriendo. Instintivamente, pegaron el cuerpo al suelo, sin atreverse a moverse ni un palmo. Lo único que podían hacer era asirse uno a otro o a algún matorral y procurar no resbalar ni hacer ningún ruido. No podían aventurarse a llamar la atención del fantasma.

Ya estaban lo bastante cerca para ver bien la figura informe que reaparecía. Lo que vieron resultó más asombroso que cualquier fantasma. Ni en sus peores pesadillas se habrían imaginado una cosa así. El que deambulaba por la noche para vengar su muerte no era Amos Johnson, muerto y enterrado. Era Jeremiah Johnson, su horrible, viviente y jadeante hermano.

Los muchachos permanecieron tumbados, mirando al viejo chiflado que estaba recogiendo su piqueta de minero y su andrajoso saco. Por la rapidez de sus movimientos, adivinaron que estaba asustado. Se inclinó y volvió a colocar precipitadamente algunos tablones movidos de su sitio. Miró luego, nerviosamente, a su alrededor y salió a toda prisa hacia el sendero. El descubrimiento fue tan inesperado que los muchachos no supieron qué hacer.

—¿Qué diablos estaba haciendo?

—Sólo hay una forma de saberlo —dijo Patrick—, y es bajar y ver lo que hay ahí.

Esa idea no le hizo ni pizca de gracia a Richard.

—¿Por qué no esperamos y le preguntamos mañana? Le decimos que le hemos visto.

—No seas ridículo. Vamos. Tenemos que darnos prisa. Pronto se hará de día.

Los muchachos comenzaron a descender hacia la casa, confiando en que el alboroto no hubiera despertado a Fanny.

—Bajemos gateando —Patrick recalcó las palabras en voz baja, sin atreverse a hablar más alto. Como si fueran ratones, recorrieron silenciosamente el trecho que les quedaba. Sólo unos pasos más y descubrirían el secreto. Patrick le hizo una seña a Richard para que tanteara con cuidado la base del edificio de madera—. Creo que le vi reemplazar algunos tablones —susurró. Sigilosamente, tantearon con sus manos jóvenes y sucias, pero no encontraron nada.

—¿Estamos en el lugar preciso? —preguntó Richard.

Su amigo asintió y se llevó un dedo a los labios.

—¡Chiss...!

Richard se puso de rodillas. De repente, tuvo miedo de que Jeremiah volviera a presentarse.

Patrick le dio una palmada en la espalda y le indicó que debían intentarlo de nuevo. Esta vez utilizaron ambas manos, tanteando y haciendo presión sobre los tablones de la pared y del bordillo. En algún sitio tenía que haber una abertura.

—Tiene que haber uno suelto —murmuró Patrick, enfadado.

—¡Maldita sea!

—¡Chiss...!

La mano de Richard había topado con un clavo. Notó el pinchazo y la sintió húmeda.

—Creo que me está sangrando la mano.

Impaciente, Patrick cogió la mano de su amigo y escupió en ella. Luego le indicó por señas

que prosiguiera la búsqueda. El tiempo volaba.

¿Qué habían visto hacer al viejo? Richard siguió tanteando los tablones; mientras, Patrick se arrastró por el bordillo de madera.

«Puede que esté confundido», pensó Patrick para sus adentros. «Quizá estaba en algún otro sitio y no en la trasera del edificio». Se volvió y miró hacia la colina, intentando recordar lo que había visto hacer a Jeremiah. Al hacerlo, su pie movió una piedra arrimada a la base del edificio. La levantó con cuidado y, debajo de ella, encontró lo que estaba buscando: una diminuta anilla de hierro, fijada a uno de los tablones del bordillo. Levantó el pulgar en señal de triunfo y metió un dedo en la anilla de hierro.

—¡Es una trampilla! —Subió con cuidado la estrecha trampilla de madera y miró dentro—. ¡Eh, es profundo! Parece un pozo o un túnel —Patrick tomó aire y miró de nuevo—. Es muy estrecho y oscuro. Creo que pasa por debajo del edificio —se sentó y se volvió a Richard, que había estado intentando mirar por encima del hombro de su amigo—. Tienes que entrar tú, Richard.

—¿Quién, yo? —preguntó Richard, horrorizado.

—Yo soy demasiado grande.

—¡Jeremiah pudo entrar!

—Cállate. Pronto se hará de día. Tienes que apresurarte.

Richard se volvió, reacio, e introdujo las piernas en el túnel. Ninguno de los dos había comprobado su profundidad. Richard notó que no tocaba fondo y que comenzaba a resbalar.

—¡Socorro, me hundo! —presa del pánico, se agarró a uno de los puntales del bordillo, ahora por encima de su cabeza, pero éste comenzó a crujir y luego cedió. En cuestión de segundos, se vinieron abajo todos los tablones. No había posibilidad alguna de que Patrick pudiera sujetar a Richard. Al desmoronarse el bordillo, comenzó a derrumbarse la contigua pared de la escuela y tuvo que retirar los brazos con los que sujetaba a su amigo, que desapareció rápidamente. Se sintió impotente. Oyó a su amigo pidiendo ayuda, pero ya era demasiado tarde...

Fanny, desde luego, no estaba durmiendo. Estaba acostada, paralizada por el terror. Fuese lo que fuese, lo que se movía fuera no era un animal nocturno; es decir, no lo era en el sentido habitual del término. Se lamentó de su locura. ¿Por qué se había burlado del pueblo, que hablaba en voz baja del fantasma? Jeremiah le había pronosticado que un día sería castigada. La había amenazado con la venganza del fantasma y ella se había reído de él. Allí estaba su premio por haberse burlado de la superstición. ¿No podría hacer algo para salvarse? ¿Podría enfrentarse a él! Desde luego, debía enfrentarse a él. Pero, de repente, comprendió que ya era demasiado tarde para ello. En el mismo momento en que tomaba una decisión, comenzó a desmoronarse la pared.

—¡Como le ocurrió a María Blackburn! —gimió. ¡El edificio se estaba hundiendo y ella iba a morir! ¡Y ahora el fantasma gemía! Todo el edificio repetía el eco de sus gemidos. Saltó de la cama, cruzó corriendo el aula y salió gritando al porche—: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡El fantasma! —presa del pánico como estaba, no oyó los gritos de Patrick pidiendo ayuda. Nadie podía oír a Patrick. Los gritos incesantes de Fanny y su llanto histérico ahogaban cualquier otro sonido.

Pocos segundos después comenzaron a encenderse lámparas en la pequeña aldea, al tiempo

que los adormilados habitantes se levantaban y se dirigían al viejo hotel con camisón y botas o calcetines. El primero en llegar, corriendo frenéticamente los pocos metros que separaban las dos casas, fue Joseph. Sujetó a Fanny y la zarandeó violentamente.

—¡Cállate! ¡Cállate! —le gritó brutalmente. Ella no se calmó. Desesperado, mientras una nerviosa multitud se iba congregando a su alrededor, la abofeteó. El golpe la hizo reaccionar. Cuando las lágrimas y los sollozos iban remitiendo, se tranquilizó lo suficiente para empezar a contar lo que había sucedido.

—¡El fantasma! —dijo lloriqueando—. ¡Intentó... intentó matarme! —gritó respirando profundamente.

Llegaron más vecinos a medio vestir; madres con bebés que lloraban, perros que ladraban y niños que querían enterarse de lo que había pasado. La palabra «fantasma» corrió entre ellos como una descarga eléctrica.

Patrick comprendió que no podía ayudar a su amigo. Así que corrió desde la parte trasera del edificio, gritando a todo pulmón. Estaba agitado y desesperado por que le hicieran caso.

—¡Escuchen! ¡Richard Blackburn está sepultado allí!

La noticia calmó inmediatamente a Fanny. Su histeria desapareció milagrosamente ante el horror de la nueva situación. La mayoría de la gente se precipitó a la parte de atrás del edificio, mientras que otros, que aguardaban ansiosamente a que les contaran lo que había pasado, aprovecharon la oportunidad para chismorrear.

—¡Es culpa suya! ¡Ya os dije que estaba embrujada! ¡Esa casa está de verdad embrujada! —murmuraban maliciosamente.

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó Joseph a su hermano; pero antes de que el muchacho le pudiera contar todo lo que había sucedido, le ordenó que fuera a *Rosewood*. Patrick salió a todo correr hacia el sendero de arriba—. ¡Avisa a Blackburn y vente con él en el carromato! —le gritó.

Mientras tanto, Jeremiah subía la colina resoplando y jadeando. El empinado sendero que llevaba desde el pueblo hasta su choza era bien conocido y trillado para el viejo minero. Sin embargo, los años y la escasa luz del amanecer le impedían escalar la colina rápidamente. Había comenzado a subir la segunda parte del trayecto cuando le detuvo el sonido de una mujer que gritaba histéricamente allá abajo, en el pueblo. Se paró un momento para tomar aliento y escuchar... A lo lejos oía gente corriendo, gritando y abriendo y cerrando puertas. Era demasiado temprano para tanta actividad.

¿Qué demonios estaba pasando allá abajo? La curiosidad pudo más que él, y el cansado buscador de oro decidió de mala gana regresar por el sendero y enterarse de lo que sucedía. Descendió trabajosamente hasta que estuvo lo bastante cerca para escuchar retazos de conversación. Alguien iba gritando por la poblada y polvorienta plaza: «¡El fantasma ha reaparecido!». Eso le sorprendió. Descendió un poco más para oír mejor. No pudo adivinar lo que sucedía. Luego, otro hombre gritó: «¡Richard Blackburn ha muerto! ¡Lo ha matado el fantasma! ¡Igual que a su madre!».

A Jeremiah se le heló la sangre. Empezó a sentir pánico. ¿Qué habría pasado? Todo lo que podía deducir era que había habido un accidente y que el muchacho había resultado muerto. La

venganza de su hermano, desde luego.

—¡Vaya! ¡Otro maldito accidente! —se sintió mal. No sabía qué hacer. Tenía que pensar rápidamente—. ¿Qué estaría buscando allí ese condenado muchacho? ¡Espiondo otra vez, enredando! Le dije que nada bueno conseguiría entrometiéndose de esa forma —aunque intentaba echarle la culpa al curioso muchacho, no dejaba de temblar. Cayó entonces en la cuenta de que llevaba consigo su viejo saco y la piqueta—. ¿Y si me han visto? ¿Y si ese condenado chico me ha visto? ¿Y si se lo ha contado a alguien? —el pánico se iba apoderando de él. No podía pensar con claridad—. ¡Tengo que marcharme!

El aturdido buscador de oro giró sobre sus talones y reemprendió la ascensión de la colina, camino de su abominable choza, para recoger un hatillo de ropas desastradas, un poco de pan y agua y su valioso saco de oro, largo tiempo atesorado. Luego, lo más rápidamente que le permitió su cansado cuerpo, se lanzó a las colinas en busca de un lugar donde ocultarse hasta que hubiera pasado aquel barullo.

«Quizá no pueda regresar nunca», pensó tristemente, y le angustió tener que olvidar el valioso plano dibujado a mano, enterrado y sin descubrir en algún lugar debajo del viejo hotel. «Bueno, por lo menos tengo mi saco de oro». Y palpó afectuosamente el pesado saco mientras se dirigía a un lugar escondido en la montaña.

—¿QUÉ demonios quieres a estas horas? —gritó enfadado Blackburn desde la ventana de su dormitorio.

—Soy Patrick McCormack, señor. Ha habido un pequeño accidente.

Blackburn intuyó el peligro inmediatamente.

—¿Qué entiendes por un pequeño accidente?

—Se ha desplomado la pared del viejo hotel, señor, y Richard ha quedado atrapado debajo de ella —Patrick pudo percibir, incluso a la escasa luz que había, el trastorno que le producía la noticia. Vio el miedo reflejado en su rostro. Henry cerró la ventana y desapareció. Patrick se quedó tiritando al relente del amanecer. La espera fue breve. Al cabo de unos segundos, Blackburn apareció en la puerta. Estaba lívido, desgredado y desaliñado.

—¿Está muy mal? —los dos estaban frente a frente.

—No estoy seguro, señor. Dijo Joseph que llevara el carromato —fue todo lo que pudo decir el muchacho. No tardarían en conocer el resto.

Henry Blackburn saltó ansiosamente del carromato en cuanto llegaron al pueblo y se abrió paso entre la multitud. Estaba ojeroso y desgredado.

—¡Quítense de en medio! —gritó a los espectadores. Los que no estaban ocupados en retirar los escombros permanecían discretamente a un lado. Vio a Fanny sola, envuelta en un chal, con el rostro pálido—. ¡Todo esto es culpa suya! —dijo, señalándola acusadoramente—. ¡Siempre he dicho que usted no era más que una bruja!

La multitud se volvió a Fanny. Ésta vio los rostros, iluminados por las lámparas, que la miraban acusadoramente. Blackburn había dicho lo que todos pensaban. Fanny comprendió que era inútil tratar de defenderse.

Joseph, que estaba organizando el rescate, se enfrentó a Blackburn:

—¡No voy a consentir aquí su grosero carácter, Blackburn! Su hijo está ahí abajo y todo lo que debemos hacer es intentar salvarlo.

Los dos hombres se miraron. Los dos sabían que ése no era el momento de mostrar su mutuo desprecio. Fanny observó a Henry, que empezó abatidamente a separar maderas y piedras, como si cada cosa que quitaba fuera culpable del accidente. A pesar de su ruin comentario, sintió cierta simpatía por él.

—¡Voy a bajar! —gritó Joseph a la media docena de hombres que formaban el grupo de rescate—. Hemos excavado todo lo que podíamos. Si procuran que no se derrumbe este entablado,

podré bajar hasta donde está.

Henry, como los demás, obedeció la orden de Joseph sin decir nada. Adam Roundway sujetó la pared, diciéndole a otro que le ayudara.

—Este viejo bordillo está totalmente podrido. Procuremos que no se derrumbe más la pared — Blackburn sujetó con fuerza mirando la boca del túnel.

—¿Está vivo aún el muchacho? —preguntó una voz entre los espectadores.

—No creo —fue la abatida respuesta de Joshua Burnley. Richard siempre le había caído bien.

Patrick, que había permanecido detrás del grupo de espectadores desde que descendió del carromato de Blackburn, seguía tiritando a causa del miedo y de la larga y fría noche de vigilancia. Se acercó a Fanny. Ambos vieron la expresión desolada reflejada en el cansado rostro de Henry, que permanecía junto a la trampilla esperando un milagro.

—Si pudiera hacer algo... —murmuró ella. Le pasó un brazo a Pat por los hombros. Parecía que no había esperanzas.

Los vecinos permanecían inquietos, aunque silenciosos, haciendo de vez en cuando algún que otro comentario entre ellos. El calor de la mañana empezó a hacerse sentir. No salía ningún sonido del túnel. Pasaban los minutos sin señales de vida.

Entonces, de repente, se oyó la voz lejana de Joseph.

—¡Le estoy oyendo!

Fanny miró a Blackburn. Sólo ella vio el alivio, las lágrimas de alivio, correr por el rostro del padre del muchacho.

—¡Voy a subirlo! Que alguien me eche un par de cuerdas y estad preparados para izarlo — gritó Joseph.

Pocos minutos después apareció la cabeza ensangrentada del muchacho. Henry no podía hacer nada. Sujetaba la pared con las manos y la espalda, por miedo a que se derrumbara otro trozo. Patrick se acercó, junto con Dalton y otro hombre, para ayudar a sacar el cuerpo inconsciente.

—Necesito ayuda para salir —dijo Joseph.

Dos musculosos mineros se adelantaron para ayudarle. Tiraron de la gruesa cuerda amarrada a la cintura de McCormack. Unos segundos después, mientras depositaban el cuerpo del muchacho en el suelo, a unos metros de distancia, apareció Joseph, sudoroso y sangriento.

Henry extendió una mano para ayudar a salir al carpintero.

—Gracias, McCormack —los dos hombres se estrecharon la mano. Mientras tanto, Fanny se había arrodillado junto a Richard, que yacía inconsciente en el suelo. Le pidió su manta a una de las espectadoras. La mujer, joven y vulgar, se quitó la manta gris que llevaba sobre los hombros y se la entregó a regañadientes a la maestra. Fanny la dobló y la puso bajo la cabeza del muchacho, y luego acercó un oído a su pecho.

—Respira aún, pero está gravemente herido. Creo que debemos trasladarlo a otro sitio. Que vaya alguien a Benningee a buscar al médico. Vamos a llevarlo a mi dormitorio y colocarlo en la cama —se quitó el chal y lo puso sobre el pecho del muchacho. Liza Roundway se adelantó.

—Adam puede ir a Benningee si alguien le deja un caballo. ¿No es así, Adam?

—Coja el mío —dijo el reverendo Dalton.



Liza miró a Fanny, que seguía arrodillada al lado del muchacho.

—Este chico no debe ir a su casa. Ya ha provocado usted bastantes problemas. Está usted tan maldita como el hotel.

Todos se volvieron hacia Fanny. Ella se incorporó, enfadada. A su alrededor se oyeron voces llamándola bruja.

—¡Es cierto! —gritó otro—. ¡Usted ha traído la desgracia!

Patrick se apartó del lado de su amigo.

—¡No es verdad! —gritó apasionadamente—. ¡Ella no es una bruja! ¡No hay ningún fantasma! ¡Todo son mentiras!

—¿Y tú qué sabes? —dijo alguien—. Tú y tu hermano sois iguales que ella.

—¡Sí..., vais a esa escuela!

Patrick intentó calmarlos.

—¡Por favor, es Jeremiah! Él tiene la culpa de todo. Lo hemos visto esta noche. Por eso quedó atrapado Richard. Estaba siguiendo al viejo. Ahí abajo hay una cueva o algo así.

La pequeña comunidad se alborotó. Algunos gritaron que había que linchar a Jeremiah.

—¡Nos ha engañado! ¡Nos ha mentido!

Otros pedían el linchamiento de Fanny por bruja.

—¡Animaba a nuestros hijos a que la siguieran!

Momentáneamente todo el mundo se había olvidado del muchacho malherido, excepto Blackburn, que se abrió paso entre la gente para estar al lado de su hijo.

—¡Quítense de en medio! ¡Dejen que pueda respirar! —ordenó a la histérica multitud que rodeaba a Richard.

La gente se apartó, permitiendo que Henry cogiera al desvanecido muchacho en sus brazos y lo transportara a la escuela. Los demás le siguieron en procesión.

—No sé mucho de medicina —dijo Fanny por encima del hombro, entrando delante—, pero mi padre era médico. Richard ha resultado gravemente herido por los escombros que han caído sobre él y me temo que tiene una pierna rota.

Fuera, en el porche, Joseph, con la camisa desgarrada y sucio de polvo, intentaba por todos los medios calmar a los vecinos.

—Escuchen, aquí no podemos hacer nada ahora. Yo voy a ir en busca de Jeremiah. Si vamos todos, nos descubriría y se iría; así que váyanse a la cama y procuren dormir un poco.

Condujo a Patrick dentro del aula y cerró la puerta. A través de la ventana veían a los vecinos. Unos seguían aún enfadados, otros miraban con curiosidad de papanatas hacia el interior del aula y otros discutían sobre la veracidad de lo que habían visto y oído. Todos ellos parecían reacios a regresar a sus casas.

Sereno, el forzado carpintero y herrero irlandés condujo a su tembloroso hermano menor al fondo de la clase.

—¿Qué estabais haciendo aquí?

—Estábamos esperando a que apareciera el fantasma. Richard sospechaba algo. Me dijo que temía que ocurriera algo terrible. Yo no le creí. Yo... yo... —y contó toda la historia.

Joseph escuchó pacientemente mientras habló Patrick, tembloroso y lloroso. Cuando terminó de contar lo sucedido, abrazó al muchacho y lo retuvo firmemente entre sus fuertes brazos durante un momento.

—Has sido un loco, Pat. Habéis arriesgado vuestras vidas. Pero ahora no puedes hacer nada aquí. Vete a casa y duerme un poco. Yo iré en busca de ese maldito viejo.

Patrick asintió. Estaba muy cansado y a punto de llorar. Al dirigirse a la puerta, echó un rápido vistazo a la habitación contigua y vio a Fanny inclinada sobre su amigo, limpiándole la cabeza ensangrentada. Henry estaba sentado en la cama, y sujetaba la mano de su hijo. Al fondo, el reverendo Dalton observaba la escena. Patrick abrió la puerta y salió de la escuela sin decir nada más. Los murmullos del exterior aumentaron cuando el chico cruzó la calle.

—¿Cómo está el hijo de Blackburn? —le preguntaron—. ¿Se salvará después de haber estado en ese sitio embrujado?

—Fanny —dijo Joseph en voz baja, acercándose a la puerta. Ella levantó la vista, pero continuó curando las heridas de Richard—. Voy a ir en busca de Jeremiah. ¿Podrás arreglártelas tú sola hasta que llegue el médico? —ella asintió y volvió a ocuparse de Richard.

Blackburn permanecía sentado inmóvil en la cama. Ni siquiera oyó a McCormack, sumido como estaba en su propia tristeza. Se daba cuenta de lo cerca que se encontraba de perder a su hijo. Se culpó a sí mismo por el poco tiempo que le había dedicado últimamente y la poca paciencia que había tenido con él. Prometió que, si el chico se salvaba, encontraría la forma de acercarse más a él. El sombrero negro descansaba en sus rodillas.

—No estoy segura de si tiene algo roto. Tendremos que esperar a que llegue el médico —susurró Fanny, mientras se dirigía al hogar para poner a hervir otra olla de agua—. Parece más tranquilo ahora.

Joseph recorrió a caballo la mayor parte del camino hasta la choza de Jeremiah. Galopó en su yegua sin parar por la ladera de la colina. Al acercarse a la cima, el sol de la mañana le dio en la espalda. Antes de llegar ya vio que el lugar estaba desierto. La desvencijada puerta de madera de la choza se balanceaba hacia delante y hacia atrás a impulsos de la inesperada brisa matutina.

«¡Maldita sea!», pensó Joseph, enojado. «El viejo zorro se ha largado». No obstante, miró por los alrededores; pero no encontró más que restos de comida, infectados de moscas.

Se acercó a la puerta de la choza que colgaba de la bisagra y miró dentro. Se le revolvió el estómago. El lugar olía a podrido. Cogió una piel de conejo que se secaba en un poste cercano a la puerta y la examinó con disgusto. Estaba perdiendo el tiempo. No había dejado nada. El viejo se había fugado llevándose sus cosas consigo. Miró a su alrededor en busca de alguna pista. Nada. Dejó la piel de conejo y regresó chasqueado a su caballo, dando un puntapié en el camino a un bote de hojalata oxidado.

—El viejo zorro tiene que estar aún cerca —se dijo a sí mismo—. No permitiré que se escape. Mientras tanto, en la escuela, Richard movía inquieto la cabeza a un lado y a otro, murmurando ininteligiblemente entre dientes.

—Está recuperando el sentido —susurró Fanny.

—Gracias a Dios —respondió débilmente Blackburn, dirigiéndose más al chico que a otra

persona.

—Esperemos que sea el médico —dijo Fanny, que se levantó para responder a una llamada a la puerta.

Al levantarse, Blackburn la tocó casi imperceptiblemente en el brazo.

—Gracias por su ayuda, señorita Crowe. Le agradezco su amabilidad.

Se sonrieron embarazosamente y Fanny se dirigió a la clase para abrir la puerta. Era Liza Roundway, ya vestida. Las dos mujeres se miraron fijamente.

—¿Qué sucede, señora Roundway? —preguntó Fanny con sequedad.

—¿Hay noticias de mi marido y el médico?

—Aún no. Ya no deben tardar mucho.

—Vine a causa de las niñas. Están solas en aquella casa tan grande.

Fanny se había olvidado por completo de Vanessa y Clarissa. Supuso que a Henry le había pasado lo mismo.

—Un minuto, por favor, señora Roundway.

Dejó la puerta entornada y volvió al dormitorio.

—Era la señora Roundway. Está preocupada por las niñas.

—¡Dios mío! ¡Me había olvidado completamente de ellas! —dijo Henry, incorporándose rápidamente y dirigiéndose a la puerta. No sabía qué hacer.

—¿Por qué no voy yo? —propuso servicialmente el reverendo Dalton. Recogió su sombrero y salió para reunirse con Liza.

Mientras cruzaban apresuradamente la calle, Fanny miró afuera antes de cerrar la puerta. Quería ver si llegaba el médico. Algunos vecinos aún rondaban por allí. Al verla, comenzaron a cuchichear entre sí. Volvió rápidamente adentro. Oyó voces que preguntaban si el muchacho seguía vivo. Se volvió a Henry. Parecía totalmente abatido, medio recostado sobre la mesa.

—¿Por qué no se va un rato a casa, señor Blackburn? Yo me quedaré con Richard hasta que llegue el médico. Ahora está durmiendo tranquilamente.

Él asintió tristemente.

—Sería mejor que me ocupara de mis hijas —dijo, pero no hizo ningún movimiento para irse—. Señorita Crowe —dijo inesperadamente—, creo que debo disculparme —hablaba bajo y con la mirada posada en el suelo. A Fanny le costó trabajo oírle—. Estaba equivocado —continuó. Fanny vio que tenía resacas la garganta y la boca y que luchaba con sus sentimientos—. Al parecer no hay ningún fantasma y tampoco maldición alguna. Prohibí que mis hijos vinieran aquí porque... —su voz se hizo más apagada. Arañó la mesa de madera con las uñas.

—¿Sí, señor Blackburn? —le animó amablemente Fanny.

—Si Richard se salva, Dios lo quiera, deseo que mis hijos vengan a la escuela. Si aún son bienvenidos.

Fanny se ruborizó.

—Siempre han sido bienvenidos, señor Blackburn. Para ser sincera, debo decirle que llevo varias semanas dando clases a sus hijas —vio cruzar un destello de enojo por su rostro, que desapareció inmediatamente.

—Está bien, entonces también lo apruebo yo.

Fanny creyó percibir un asomo de sonrisa.

—Señor Blackburn, si puedo hacer algo más, no dude en decírmelo.

Hubo un largo silencio.

—Señorita Crowe, mis hijos tienen necesidades que yo no puedo satisfacer. Me he dado cuenta esta noche de que necesito una esposa. No por mí. Sé que no podré reemplazar nunca a María, pero tengo que pensar en mis hijos. Yo no puedo ocuparme debidamente de ellos. Necesitan una madre. Creo que ellos la quieren, y usted está aquí sola... —se calló durante un momento.

Fanny estaba totalmente asombrada. Aquel hombre, que hasta hacía unas horas parecía odiarla, le estaba proponiendo que se casara con él. No daba crédito a lo que sucedía.

En ese momento, se abrió la puerta de la clase y llegó el primer alumno de Fanny.

—No responda ahora, por favor —dijo Henry, abotonándose la chaqueta—. Contésteme cuando lo haya meditado —dicho esto, salió de la escuela y dejó a Fanny con su alumna.

Mary Rowe se dirigió hacia su pupitre.

—¿Has venido a clase, Mary? —la niña asintió—. No, Mary, hoy no habrá clase. Puedes irte a tu casa.

La diminuta niña rubia salió alegremente de la clase.

—Gracias, señorita —dijo, cerrando de golpe la puerta.

Fanny se volvió para ir junto a Richard. Confiaba en que el portazo no le hubiera molestado. Entonces oyó barullo en la calle. Se oían insultos y pedradas. Se asomó rápidamente a la ventana. Un hombre a caballo, que no era Joseph, traía a Jeremiah al pueblo. La gente que los rodeaba iba aumentando poco a poco.

—¡Que cuelguen a ese loco embustero! —gritó alguien.

Jeremiah llevaba las manos atadas por una cuerda, amarrada a la montura del jinete. Lo conducía al almacén general, seguido de una multitud que no cesaba de increparle.

Aparecieron otros tres hombres del pueblo a caballo, por detrás de ellos. La multitud desvió la atención del asustado minero.

—¡Le encontramos cuando intentaba huir! ¡Llevaba un saco de oro! ¡Nunca existió el fantasma! ¡Se inventó toda esa maldita historia! —gritó uno de los jinetes, incitando a la ya excitada multitud. Todo el mundo gritaba e increpaba al pobre viejo, que permanecía acobardado en la calle.

—¿Dónde estará Joseph? —Fanny salió precipitadamente al porche—. ¡Por amor de Dios, deténganse! —gritó a todo el que pudiera oírle.

Jeremiah permanecía en medio de la gente, temblando de miedo. Algunos de los presentes comenzaron a darle empujones, a lanzarlo de un lado a otro.

—¡Por favor, déjenle que hable! —gritó Fanny.

—¿A usted qué le importa, maestra?

En ese momento llegó Joseph. Parecía cansado e iba sin afeitar. Fanny le llamó. La multitud, cada vez más violenta, golpeaba brutalmente a Jeremiah.

—¡Joseph! —gritó—. ¡Detenlos, por favor, Joseph!

Joseph se abrió paso a caballo entre la chusma y se encaró con el granjero que llevaba atado a Jeremiah a su montura.

—¡Suéltalo, Warton!

El jinete desató la cuerda. Los vecinos se calmaron un poco, dominados por la autoridad con que hablaba Joseph.

—Dejémosle que hable —prosiguió el carpintero.

Jeremiah miraba los rostros, que despedían odio.

—Yo no quería hacer daño. Él me engañó. Mi propio hermano. Me robó todo una noche. Llevábamos muchos años excavando juntos. Encontramos un mapa. Hay una fortuna enterrada por aquí en algún sitio. Estábamos en la montaña, buscando con la ayuda del mapa. Lo robó mientras yo dormía y se largó con nuestro oro. Yo no quería matarle. Eché a rodar la roca cuesta abajo para asustarle y que se fuera y poder recuperar el oro. Se estrelló contra la pared de atrás, mientras estaba durmiendo, y lo mató, sí... —su desesperada confesión se interrumpió al ver los rostros incrédulos de la gente.

—El lugar está lleno de oro —dijo uno.

—Durante muchos años le hemos creído y no nos hemos acercado al hotel —dijo otro.

—Nos ha engañado a todos —dijo un tercero—. Si hubiéramos tenido el mapa, podríamos haber sido ricos.

Crecía de nuevo el odio. Fanny, observándolos, no pudo contenerse más.

—¿Qué importa el oro o los años que no se han atrevido a entrar en el edificio? ¡Eran ustedes los que tenían demasiado miedo para ir allí! ¡Ahora intentan echarle la culpa a él, por la cobardía de ustedes y su ciega superstición! ¡No pueden colgarle a causa de su propia estupidez! —Se volvió a Jeremiah, que temblaba un poco menos, sorprendido de que, entre toda aquella gente, fuera ella la que se pusiera de su lado—. Y, ahora, Jeremiah, debo preguntarle, ya que no se le ha ocurrido a nadie, qué pasó con María Blackburn. Olvídense del oro. ¿Qué le pasó a ella?

Hubo un terrible silencio en el pueblo. Era cierto. Nadie había pensado en María. Jeremiah se volvió a ella, lleno de pánico.

—¡Eso fue un accidente! ¡Lo juro! Igual que el de anoche. Yo había estado excavando en los túneles, buscando el mapa. Ella fue por allí al día siguiente. No había nada seguro en la casa. Debió de tratarse de un tablón suelto o que se soltó entonces. Se desplomó toda la pared. Lo mismo que pasó con el chico.

La gente, más calmada ahora, comenzó a discutir sobre lo que iban a hacer con él.

—¡Sigo creyendo que debemos lincharle! ¡Lo que yo quiero saber es dónde está el oro!

Fanny se alejó y volvió al refugio de lo que ya era auténticamente su escuela. Se sentó a la mesa. Se sentía extrañamente vacía. Su ensimismamiento lo rompió la débil voz de Richard, que la llamaba desde el dormitorio. Se acercó y se sentó a su lado.



—¿Te encuentras un poco mejor? Te has dado un buen golpe —dijo ella, acariciándole la frente.

—Hemos descubierto al fantasma —el chico hablaba con cierta dificultad.

—Sí, lo sé. Procura dormir. El médico está en camino.

—Creo que es Jeremiah.

—Tienes que descansar —dijo ella suavemente.

—La oí hablando con mi padre.

—¿De verdad? —Fanny estaba sorprendida. No imaginaba que sus voces fueran audibles.

—Yo también pensaba que usted era mala. Lo dijo Jeremiah. Siento haberme portado tan repugnantemente.

—Chiss..., no te preocupes. Ahora tienes que intentar dormir —dijo cariñosamente en voz baja—. Ya hablaremos de eso más tarde, cuando estés bien —sonrió, se incorporó y se dirigió a la puerta.

—Señorita Crowe...

—¿Sí? —dijo ella, volviéndose.

—Si se casa usted con padre, ¿qué será de Joseph?

—¿Joseph? —repitió ella, sin poder contener su sorpresa.

—Los he visto juntos muchas veces. Patrick dice que quiere casarse con usted.

—Estás diciendo bobadas. Duérmete, jovencito.

Al entrar en el aula notó que se sentía mejor, bastante contenta y feliz. Había sido una noche sonada. La escuela por la que tanto había luchado ya era verdaderamente suya. Hasta los hijos de Blackburn iban a ser sus alumnos. Eso era una auténtica hazaña. Pero ¿qué iba a pasar con Blackburn?

«Cuando venga a recoger a Richard, le explicaré que mi corazón pertenece a la escuela. Estoy segura de que lo comprenderá».

# Epílogo

—¡JEREMIAH! ¡Jeremiah! —gritó Fanny desde la habitación de atrás—. ¡Ya es hora de salir para Benningee!

—Sí, señorita Crowe —el antiguo buscador de oro dejó su pluma, se olvidó de las cuentas y salió de la clase. Fanny observó, a través de la puerta abierta, cómo limpiaba orgullosamente el asiento del nuevo carromato con la manga de su elegante camisa limpia. Un minero que pasaba por allí le saludó. Jeremiah le devolvió el saludo.

«¡Qué cambio!», pensó. «¡Y lo limpio que parece!».

En ese momento llegó Joseph al porche. Se detuvo para hablar un momento con Jeremiah, el nuevo celador.

—Fanny —dijo al entrar en la fresca habitación. Llevaba puesto su único traje. Fue una sorpresa para Fanny. No le había visto nunca vestido tan elegantemente—. Buenos días, Fanny. He decidido no trabajar más por hoy. Si me lo permites, iré contigo a Benningee —dijo, riéndose entre dientes.

—¡Bobo! —contestó ella, riéndose también—. Claro que puedes venir conmigo. Vamos, súbete al carromato.

—¿Cómo te va con Jeremiah, Fanny? —le preguntó Joseph cuando salieron del pueblo.

—Lo creas o no, es un trabajador estupendo. Y es bueno para las cuentas. Creo que espera con ansia la nueva escuela, aunque aún no ha visto nada del edificio. Dice que prefiere esperar a que esté terminado.

—Y a ti, Fanny, ¿te apetece vivir en Benningee?

—No podía haber soñado nada mejor —dijo ella, animada—. Un colegio con internado para todo el distrito. Apenas me lo puedo creer. Es lo que he querido siempre. Aunque echaré de menos Moogaloo.

Permanecieron un rato en silencio, disfrutando de la brisa de la tarde.

—¿Y yo, Fanny? ¿No me echarás de menos a mí?

—No me hables de eso otra vez, Joseph, por favor. No quiero casarme. Y en lo de echarte de menos —dijo, acariciándole suavemente el brazo con su mano enguantada—, probablemente no me libraré nunca de ti, que me irás a ver todos los fines de semana —dijo mientras sonreía afectuosamente—. Tú me enseñaste a luchar por lo que quería, Joseph. Si no hubiera sido por ti, habría regresado a Sidney. El oro de Jeremiah ha hecho posible un sueño. ¿Cómo esperas que me quede ahora en Moogaloo?



Joseph tiró de las riendas y los dos caballos negros se detuvieron.

—Pero ¿me quieres, Fanny?

—Sí, te quiero. Lo sabes —se rió suavemente y volvió la vista a las hermosas colinas que los rodeaban. Vio dos loros multicolores que pasaron revoloteando por encima de ellos y se posaron graznando en la rama de un eucalipto cercano—. Pero quiero mi independencia.

Joseph la observó un momento y luego le cogió la barbilla con la mano. Acercando su cara a la suya, la besó suavemente en la boca.

—Eres una persona muy testaruda, querida Fanny.

FANNY LLAMÓ CON FUERZA a la puerta principal de *Rosewood*. Poco después, abrió Liza Roundway.

—¡Oh, señorita Crowe! ¿Viene a ver a Richard?

—Sí. ¿Está durmiendo? —preguntó mientras entraba en el elegante y ahora familiar vestíbulo. Se volvió a Liza, antes de dirigirse a la escalera—. ¿Cómo está? —preguntó amablemente.

—El médico estuvo aquí temprano. Dice que estará perfectamente para las lluvias de finales de enero.

—Eso espero —dijo Fanny subiendo las escaleras—. Su hijo Tom lo está haciendo bien en la escuela. Se encuentra como pez en el agua —añadió afectuosamente.

Liza siguió con su trabajo de quitar el polvo.

—Sí, eso dice él. Dice que le habría gustado empezar antes. Bueno, para eso está usted.

Las dos mujeres sonrieron, poco seguras una de otra, y Fanny subió rápidamente las escaleras. Abrió lentamente la puerta y vio que Richard la miraba expectante.

—¿Estabas mirando por la ventana? —le preguntó, acercándose a la cama. Le besó ligeramente en la mejilla y se sentó en una silla a su lado—. Feliz Año Nuevo —dijo en voz baja.

—¿Por qué no ha venido a verme? —preguntó él.

—Vine el lunes pasado —objetó ella—, pero estabas dormido. Le dije a tu padre que no te molestara. Desde entonces, he estado en Sidney comprando telas para hacerme vestidos nuevos y algunos muebles para nuestra maravillosa escuela —notó que estaba un poco incómodo y se inclinó para arreglarle las almohadas—. ¿Te duele?

Él movió la cabeza, temeroso de que se fuera, y se incorporó un poco en la cama.

—Señorita Crowe, ¿podré volver a andar? Padre dice que sí, pero no le creo.

—¡No seas bobo, Richard! ¡Por supuesto que sí! Te has roto una pierna, eso es todo. Muy pronto estarás andando de nuevo y seguro que podrás retar a Patrick a subir a todos los eucaliptos de Benningee.

—Patrick vino a verme ayer. Dice que somos unos héroes.

Fanny se rió ante el orgullo del muchacho.

—Estoy segura de que lo sois. Desde luego, tú eres mi héroe. Un héroe muy valiente e insensato —dijo con énfasis.

—¿Es verdad que ese horrible Jeremiah va a ir también a Benningee?

—Sí. Va a ser el celador y vigilará la escuela, así que debes ser amable con él. Después de todo, ha pagado por lo que hizo.

—Pero ¿por qué tuvo que pagar? Pensaba que era un viejo avaro.

Fanny se rió.

—Porque no quería ir a la cárcel. La gente estaba enfadada con él porque los había mentido y engañado; así que cuando tu padre propuso que como castigo diera todo su dinero para construir una nueva escuela, aceptó inmediatamente.

—¿Le pidió usted que trabajara allí?

—Sí. Era justo y creo que es feliz.

—Hábleme de la escuela. ¿Cómo es? —preguntó ansioso.

A ella le gustó su interés.

—Bueno, aún no está terminada, pero va a ser bastante espaciosa. Podré dar clase a unos sesenta alumnos de los alrededores. Habrá dos aulas y dos dormitorios para los niños que no puedan regresar a sus casas todos los días. Y yo tendré mi propio cuarto de estar. También —prosiguió orgullosamente— va a ir una institutriz joven de Sidney para dar clases.

—¿Me quedaré yo allí?

—Claro que sí.

—¿Y vendré alguna vez a ver a padre?

—Naturalmente. Vendrás todos los fines de semana, lo mismo que Tom Roundway y algunos otros. Pero Patrick se quedará conmigo, porque Joseph irá a verme a Benningee los fines de semana —ella vio que bajaba los ojos—. ¿Quieres dormir o prefieres que te lea un poco?

—Léame algo, por favor.

Richard sacó el libro de debajo de la almohada y se lo dio. Fanny lo abrió por la señal y comenzó a leer.

De vez en cuando hacía una pausa para hablar. Poco a poco comenzó a caer el crepúsculo de la tarde. Cuando, finalmente, Fanny cerró el libro y miró al muchacho, éste estaba ya dormido. Siguió sentada un rato junto a la cama, observándole.

«Sesenta alumnos y un internado», pensó orgullosamente. «Bien, querida tía Alice, al fin he encontrado mi lugar».

Se inclinó, besó en la frente al muchacho dormido y salió silenciosamente de la habitación.

# Notas

[1] Female Middle Class Emigration Society: Sociedad para la Emigración de Mujeres inglesas de Clase Media. (N. T.) <<

[2] Mamífero australiano, parecido a un oso de pequeño tamaño. (N. T.) <<

[3] Arbusto australiano que también se cultiva en Europa. (N. T.) <<